

Y
ON
AS
TES

ANCIA
A

V.

48

3500-

CV/14818

PAGINAS

EDIFICANTES

FOR

DON MANUEL POLO Y PEYROLON



VALENCIA

IMPRENTA DE MANUEL ALUFRE

Plaza de Pellicers, 6.

1891

Es propiedad del Autor.

AL QUE LEYERE.

CON el título de *Borriones Ejemplares* publiqué en 1883 cierto librote de miscelánea literaria, al frente del cual figuraban las siguientes censura, licencia y dedicatoria:

CENSURA Y LICENCIA

EXCMO. É ILMO. SR.:

Cumpliendo el honroso encargo de V. E. I. de censurar las obras del ilustrado catedrático de este Instituto, D. Manuel Polo y Peyrolón, he leído la última que ha escrito y quiere dar á luz, titulada Borriones Ejemplares. Bajo tan modesto título encierra el autor una serie de cuadros interesantes, en los cuales propone muchos ejemplos de virtud y honradez, impugna algunos errores, y ridiculiza ciertas costumbres y defectos sociales, frecuentes por desgracia en nuestra época. No he encontrado en ella cosa alguna contraria á nuestra santa fe católica ó á las buenas costumbres, sino que por el contrario juzgo su lectura muy útil: por todo lo cual es mi parecer, salvo el

superior de V. E. I. que puede concederse la licencia que solicita para imprimirla.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Valencia 26 de Marzo de 1883.—Excmo. Sr.—Niceto A. Perujo.—Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Arzobispo de esta Diócesis.

Valencia 5 de Abril de 1883.

De conformidad con el dictamen del Censor que suscribe la presente comunicaci3n; en cuya virtud, imprimase la obra á que el mismo se refiere.

† EL ARZOBISPO.

CARTA-DEDICATORIA.

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

ILUSTRE AMIGO MÍO Y DUEÑO:

Cuando en 1879 me dispensó V. el obsequio grande de escribir un prólogo para mi cuento *Los Mayos*, prometí dedicar á V. mi primer trabajo literario. Esta mal cortada pluma no ha permanecido ociosa en el tintero, durante los cuatro años últimos; pero no me han parecido dignas de V., ni de nadie, las muchas cuartillas emborronadas, unas por razón de oficio y otras con el fin único de propagar la buena doctrina. Tampoco lo son las que componen este libraco, que rotulo *Borriones Ejemplares*, miscelánea de artículos viejos y recientes, inéditos unos y publicados otros en revistas y periódicos, sobre materias inconexas y mezcladas, que con temor saco á la vergüenza pública. Adopto el título supradicho, porque

borrones ó borradores son siempre mis escritos, por más que los lime y ponga en limpio, y porque ejemplar es la doctrina que contienen, esto es, moral y moralizadora, directa ó indirectamente, según los casos y parecer del eximio Censor eclesiástico.

Dice Trueba en su reciente libro *De flor en flor*: «Lo que se designa con el nombre de miscelánea literaria, goza de poca estimación en la república de las letras, y generalmente no merece mucha, porque de cada cien recopilaciones de esta especie, las noventa y cinco apenas tienen más recomendación que el nombre que sus autores han adquirido con obras de verdadero empeño y mérito. Se dan á luz en forma de libro las misceláneas literarias, por una de estas dos razones: ó porque un editor ha creído que, aunque el mérito del libro no sea garantía de lucro, lo es el nombre del autor, ó porque el escritor gusta de reunir en forma de libro todos sus ensayos literarios y sus trabajos de compromiso, encargo ó circunstancias, no porque crea que han de acrecentar su gloria, sino porque al fin son hijos suyos, y no hay padre que no dedique alguna parte de su cariño al hijo que menos lo merece.»

Bien pensado y perfectamente dicho; pero ninguna de las dos razones apuntadas por el cantor insigne de las costumbres vascónicas, me induce á publicar esta colección. Al imprimirla me propongo únicamente moralizar deleitando, corregir no hiriendo al corregido; contribuir, en una palabra, con mi granito de arena, á la restauración en Cristo del edificio social, que se cuartea. La moralización indirecta ha sido y será siempre la más seductora y ejemplar.

Lo dicho no basta, sin embargo, para que mi libreo circule: sólo un nombre preclaro en la república de las

letras puede servirle de salvo-conducto; y puesto que usted, el más joven de los sabios académicos y catedráticos, y el más sabio de los jóvenes, me autoriza bondadosamente para ello, á V. se lo dedico, y el glorioso nombre de V. estampo en la primera página, cumpliendo, aunque tarde y pobremente mi promesa, y quedando de usted siempre admirador y amigo devotísimo, q. b. s. m.,

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Durante los ocho años transcurridos se ha agotado aquella edición y antójaseme ahora reimprimir, completándolos con otros nuevos, nada más los cuadros y artículos en que, como dice el Censor y ya difunto Doctoral de Valencia Sr. Perujo, propuse «muchos ejemplos de virtud y de honradez» que imitar, razón por la que titulo *edificantes* estas pobres páginas, con tan pudibunda escrupulosidad expurgadas, que puedan servir de provechosa lectura tanto á los hombres de mundo, como á los niños, doncellas y personas timoratas. Entiendo igualmente, que quizás sean tan oportunas como útiles para premiar la buena conducta y aplicación de los escolares de uno y otro sexo en los establecimientos de enseñanza.



DOS CLASES DE LIMOSNA

Semper enim pauperes habetis vobiscum.

S. Marcos, cap. XIV, v. 7.

I.



SIEMPRE, efectivamente, habrá pobres entre nosotros, y nunca ha de faltarle materia para ejercer la caridad al corazón compasivo.

El pauperismo es una llaga social, que en ciertas comarcas y populosas ciudades presenta aterrador aspecto y preocupa las inteligencias de los más hábiles estadistas.

¡Cosa admirable! El sabio es impotente para la resolución de tan árduo negocio, y cualquier Cura de aldea lo mira hace siglos resuelto. «Contra pobreza, caridad,» dice su fórmula, y refie-

re la historia y acredita la experiencia, que cuantas veces se ha puesto en práctica este aforismo, otras tantas ha sido ultimado satisfactoriamente el asunto.

La verdadera caridad, esto es, la benevolencia y beneficencia por Dios y para con el prójimo, no hay lágrima que no enjugue, dolor que no alivie, ni miseria que no haga desaparecer. Sin embargo, para que sea verdaderamente fructífera, conviene ejercerla con oportunidad y discreción grandes.

Recuerdo á este propósito dos escenas, que presento frente á frente á fin de que resalte mi pensamiento.

II.

Ciertas familias, piadosas y acomodadas, de capitales de segundo y tercer orden, tienen la loable costumbre de dar limosna una ó dos veces á la semana. Los mendigos de la ciudad y del contorno lo saben perfectamente, y, horas antes de la señalada al efecto, van acudiendo de uno en uno y agrupándose junto á la puerta de la casa. La calle se llena poco á poco de portoseros de todas edades y tipos. Curioso é ins-

tructivo es observarlos al través de alguna celosía y oírles antes y después de repartirse la limosna.

Empiezan por murmurar, que es una bendición, de todo el mundo; pero especialmente de la familia y criados que los socorren. Refunfuñan, discuten, disputan, se acaloran, riñen, se insultan y mueven á veces algarabía infernal, llenándose unos á otros de improperios. El menor ruido que de la casa caritativa parte, apacigua el gallinero; se agrupan todos en la puerta y hacen pasar las penas del purgatorio al infeliz que ha tenido la malhadada ocurrencia de entrar ó salir en aquellos momentos. Si no es el que habitualmente reparte la limosna, vuelta á separarse, á murmurar de nuevo, á reñir y á gritar.

Tan poco edificante espectáculo cesa con la aparición del limosnero, cargo que de derecho corresponde al mayordomo ó criado más antiguo de la casa. Lleva en la mano un capacito lleno de calderilla, se planta en la puerta, obliga á los pobres todos á que ocupen su derecha y de uno en uno van pasando á la izquierda, recibiendo una moneda y marchándose calle abajo. No falta quien á todo correr da la vuelta á la manzana y llega todavía á tiempo para tomar segunda limosna.

Aquella caritativa familia administra perfectamente sus riquezas, distribuyendo parte entre los pobres. En el fondo, la acción es en alto grado meritoria y digna de aplausos, mas ¿y los resultados? Algunos pobres hacen digno empleo de las monedas recibidas; pero muchos, la mayor parte quizás, prescindiendo de sus más apremiantes necesidades naturales, las invierten en satisfacer sus vicios. No exagero: hablo con perfecto conocimiento de causa. Pocos segundos después, aquellos ochavos se han convertido en cigarros, vino, aguardiente, azúcar y chocolate.

¿De qué manera evitarlo?

III.

Seguidme y cambiemos de escena y de escenario.

No se trata de una ciudad: estamos en cierto lugarejo insignificante de la Sierra de Albaracín.

También hay pobres entre sus moradores, y tampoco faltan ricos caritativos. Las relaciones entre aquéllos y éstos son allí más íntimas, pues no separa á unos de otros, como en las

grandes ciudades, esa barrera ficticia de consideraciones, orgullo, fausto y etiquetas mundanas que sólo borra la caridad.

Momentos antes de medio día, la plazuela de la mejor casa del pueblo presenta original aspecto. Muchos pobres hormiguean bajo el añejo olmo, que dá sombra á la puerta. ¡Contraste notable el de miseria tanta frente á la más rica casa del lugar!

La primera campanada de las doce suena en las alturas del viejo y erguido campanario. Aparece en el umbral de la puerta la dueña de casa, señora entrada en años, de tan distinguido porte como sencillo traje y modesto aspecto. Tras ella viene la criada con una cesta, de las allí llamadas de *horno*, llena de grandes pedazos de pan.

Al ver á su señora, los pobres se descubren con respeto y la rodean solícitos, dándola entre dientes los buenos días.

Tocan á la oración en la vecina torre, y la señora recita el *Angelus*, contestando religiosamente los menesterosos.

—Vamos, hijos (dice al concluir la primera), cada día venís en mayor número.

—¿Sabe usted qué es, doña Casilda? Que acuden forasteros como moscas—contesta una muchacha pizpireta, á cuyas faldas van asidos dos

pequeñuelos hermanos suyos, mientras otros dos, más pequeños todavía, pesan el uno sobre sus espaldas y el otro sobre su brazo.

—¡Habladora!—murmura una anciana.

—Calla, mujer, calla, que tan pobres son los forasteros como los del lugar, y aunque ellos pidan no faltará lo tuyo (advierde doña Casilda). Me parece que eres envidiosa: pues sábeta que Dios castiga también á los pobres de malos sentimientos.

—Yo no lo dije...

—Ya lo sé, mujer, ya; pero es preciso que dentro de vuestra pobreza os ayudéis los unos á los otros, á lo menos queriéndoos como hermanos. Ea, entrad, y el que necesite otra cosa que espere.

La turba se precipita en el zaguán, y colocándose doña Casilda en la puerta, les hace salir de uno en uno, dando á todos, sin excluir á los niños de pecho, su mendrugo correspondiente. Espectáculo edificante y encantador era ver la caridad con que aquella anciana repartía por su mano el pan de la limosna. Gustosa se había impuesto la obligación de desempeñar diariamente y á la hora dicha tan impertinente tarea; pero lo hacía con tan ardoroso espíritu evangélico, que difícilmente puede darse de ello idea exacta: lo intentaré, no obstante.

—¿Cómo sigue tu madre, Cayetano?

—Mejorcica, señora; me ha dicho que ya puede comer y que si quería usted darme su cantero de pan... Como ella no puede venir...

—Vamos, toma dos, uno para tí y otro para tu madre. Dile que se cuide mucho y que no salga de casa hasta que esté buena del todo, que luego pasaré yo á ver lo que necesita.—Pues, hija, no traes tú pocos: ¿todos son hermanos tuyos?

—Sí, señora, y cinco más que se han muerto.

—¡Qué bendicion de Dios! ¿Van á escuela? Y tú, ¿vas á costura?

—Estos sí, señora; pero yo, como tengo que quedarme á cuidar de los críos...

—Válgame Dios, de seguro ni siquiera sabes el Padre nuestro.

—Algo hay de eso, señora; pero como no puedo ir...

—Pues mira, ven aquí alguna tarde con los pequeños y, mientras hago labor, te iré enseñando el Catecismo poquito á poco.

—Bien está, señora, y Dios se lo pague á usted.

—¿De dónde es usted, buen viejo?

—De un pueblo del reino que le dicen Benirráfol.

—Pues entonces ¿conocerá usted al Secretario?

—Sí, señora, demasiado que le conozco... ¡Ya es buena pieza...!

—Vamos, no murmure usted, que es pecado feo.—Mira, qué sucio llevan á este angelito: ven que te limpie esa cara. (Y haciéndole mil caricias, lo limpia con su propio pañuelo y lo besa). ¿Qué es lo que quieres, hijito, qué es lo que quieres?

—Tengo hambre.

—¿Tienes hambre? Toma, toma pan y este caramelo: cómetelo, hijo mío, cómetelo.

Y conversando con todos ellos, salen del zaguán á la calle, de uno en uno, en tanto que el pan deja también la cesta, reemplazada inmediatamente con otra prevenida al efecto.

Terminada la generosa distribución, muchos de los socorridos continúan en la plazuela y empieza entonces interrogatorio diferente y pordioseo de otro género.

Éste pide unos zapaticos viejos, aquél una camisa, el de más allá *unto* para hacerle unas sopicas á su madre desganá; el uno saín de gallina ó vino dulce para remedio, el otro un huesecico rancio para puchero de enfermo y cien cosas más que omito para no importunar al lector.

Doña Casilda, con caridad tan entusiasta como discreta y prudente, dá á unos, niega á otros, promete á éste, reprende á aquél y reparte, en fin, tan amorosa y sabiamente la limosna, que los pobres quedan todos contentos y la limosnera tranquila con la seguridad de que ninguno de los socorridos ha de emplear malamente el socorro.

IV.

No todos pueden hacer lo que doña Casilda; pero si los ricos no hubiesen abandonado el campo, trasladándose en busca de materiales goces á las grandes poblaciones, donde malgastan miserablemente sus riquezas; y si el sacro fuego de la caridad cristiana ardiese todavía en sus pechos, el pauperismo no sería para las sociedades modernas enfermedad tan aterradora como incurable.



LA QUIETUD DEL ESPÍRITU.

MINUTOS hace nada más, alzábanse los manteles en la casa contigua á la parroquial iglesia de Vallehermoso. Con ellos dejé la mesa, tomé la capa y dos libros, y sin haber perdido el pueblo de vista, me encuentro en el monte. La tarde es magnífica; el sol, sin quemar, calienta; cuatro ó cinco nubecillas, blancas como vellones finísimos, se presentan en el claro azul del firmamento. Mi butaca es una montañuela, desde la que diviso el valle todo, el plateado río que lo fertiliza, los oscuros pinares de enfrente, la humareda y negros montones de la forja, el molino y, á lo lejos, en su occidental extremo, la aldea veci-

na. Descansan mis espaldas en el tronco de un pino, cuya armoniosa copa no deja pasar otros rayos de sol que los necesarios para conservar cálido el ambiente que me rodea. Dos amigos me acompañan: *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha* y el *Genio del Cristianismo*. Gracias á sus primores literarios, no decaerá la conversación, que hijos son aquél del ingenio español más grande, y del mejor prosista francés éste. Abro la inmortal concepción de Cervantes y en su primera página encuentro lo que sigue: «El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, *la quietud del espíritu*, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y contento.»

Verdad será, dije suspendiendo la lectura y cerrando el libro para dar tiempo á la reflexión. Musa más estéril que la mía, añadí, no es dable; sosiego mayor que el que en este monte se disfruta, lugar más apacible, valle más ameno, cielo más hermoso y fuentes que mejor murmuren, es difícil encontrarlos. ¿Qué me falta, pues? ¿Acaso la quietud del espíritu? ¡Ah! lector amigo, sábeta que mi ignorada existencia se desliza sin grandes pasiones ni deseos ambiciosos que la inquieten; y nadie pudo apropiarse

mejor aquellos hermosos versos de Fr. Luís de León:

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño,
Vanamente severo,
De á quien la sangre ensalza ó el dinero,
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves,
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

¿No ves en ellos retratada la paz, la tranquilidad absoluta del alma que los compuso? Leyendo versos tan delicados, imagínome al poeta su autor semejante á lago de pintorescas riberas, cuyas tranquilas ondas no embravece jamás tempestad alguna. Ciertamente tampoco le supongo inmóvil, como sólida superficie de congelado estanque; el céfiro riza frecuentemente sus aguas y el lago se sonríe sin agitarse, que si es señal el movimiento de felicidad y vida, también lo es el desorden de dolor y muerte.

Y hé aquí cómo, sin quererlo, acabo de apuntar la causa de la quietud del espíritu.

A veces, cuando tengo la dicha de sorprenderme en tal estado, me pregunto: ¿De dónde proviene este bienestar general que experimento? ¿De dónde esta paz inalterable, este contento y satisfacción que el alma goza? Y si, para contestar con acierto, me recojo por breves instantes dentro de mi conciencia, advierto que se deriva siempre de un bien realizado, de un deber cumplido, de la ausencia, en suma, del remordimiento. Ríanse enhorabuena los hombres sin fe: sus carcajadas no han de impedir que la inteligencia conozca y proclame uno de los hechos más claros del mundo moral. *Conduce la ciencia sólida á la religión; y la religión y la ciencia son condiciones necesarias de toda dicha.*

Sí, no se concibe la quietud del espíritu cuando el entendimiento, la más noble de sus facultades, no está sobre inamovibles bases asentado. Anhela la posesión de la verdad, como el ojo la de la luz y, en tanto su anhelo satisface, se agita sin descanso, ahogándose á la vez en el piélago insondable de la duda. Por el contrario, para el hombre de fe todo es fijo y grato. Conoce su origen, su fin y la senda que á éste conduce. Elevado sobre las terrestres miserias, contempla impassible el curso de su vida, ende-

rezándola por el camino del bien. Hierve la humanidad que le rodea, se agita sordamente, estalla al fin, y el estampido del cañón no le conmueve, ni la desaforada gritería le amedrenta, ni el derramamiento de sangre le aterra, ni el reparto del botín le excita. Para quien la mirada tiene fija en esa Providencia adorable que sobre los mundos vela, todo es baladí é inane. Y no es esto fatalismo, nó; es, por el contrario, sumisión respetuosa á las leyes morales, que el universo rigen. La *fe religiosa*, ó sea la creencia fija, es pues circunstancia necesaria para la tranquilidad del espíritu.

Pero no basta: preciso es, además, que el bien concebido por la inteligencia lo realice la voluntad. Fuente la más abundante de inquietud y desasosiego es el remordimiento, hijo á su vez del bien omitido, ó del mal realizado. Nunca olvidaré las enérgicas frases de cierto ilustre publicista católico: «Alrededor del malvado, dice, me parece que veo sin cesar todo el infierno de los poetas, *terribilis visu formae*, las zozobras devorantes, las pálidas enfermedades, la innoble y precoz vejez, el miedo, la indigencia (triste consejera), la falsa alegría del espíritu, la guerra intestina, las furias vengadoras, la negra melancolía, el ensueño de la conciencia y de la muerte. Los más grandes escri-

tores se han dedicado á escribir el inevitable suplicio de los remordimientos; pero Perseo me ha sorprendido sobre todo cuando su pluma mágica nos hace oír, durante el horror de una obscura noche, la voz de un culpable atormentado por ensueños espantosos, arrastrado por su conciencia á la orilla movediza de un precipicio sin fondo, exclamando consigo mismo: *¡Estoy perdido! ¡estoy perdido!...* mientras, para concluir el cuadro, nos enseña el poeta á la inocencia durmiendo en paz al lado del perverso atormentado.» ¡Qué escena, lector amigo, y á qué de reflexiones se presta! Mas no quiero abusar de tu bondad y me limito á señalarte otra de las condiciones necesarias á la quietud del espíritu y es el *cumplimiento del deber*.

Sacrificios impone esta condición que á la carnal naturaleza humana cuestan heróicos esfuerzos. Descomunal es la batalla que en la arena de la moral libran frecuentemente el corazón y la cabeza; pero no todo afecto le ha sido vedado al hombre. Pasiones hay santas, hijas unas veces de la satisfacción de las necesidades y completamente facticias y de mayor mérito otras. Con todo, la palabra pasión es por lo común, sinónima de padecimiento ó perturbación moral y cuando el desorden invade las regiones del sentimiento, desaparece la quietud

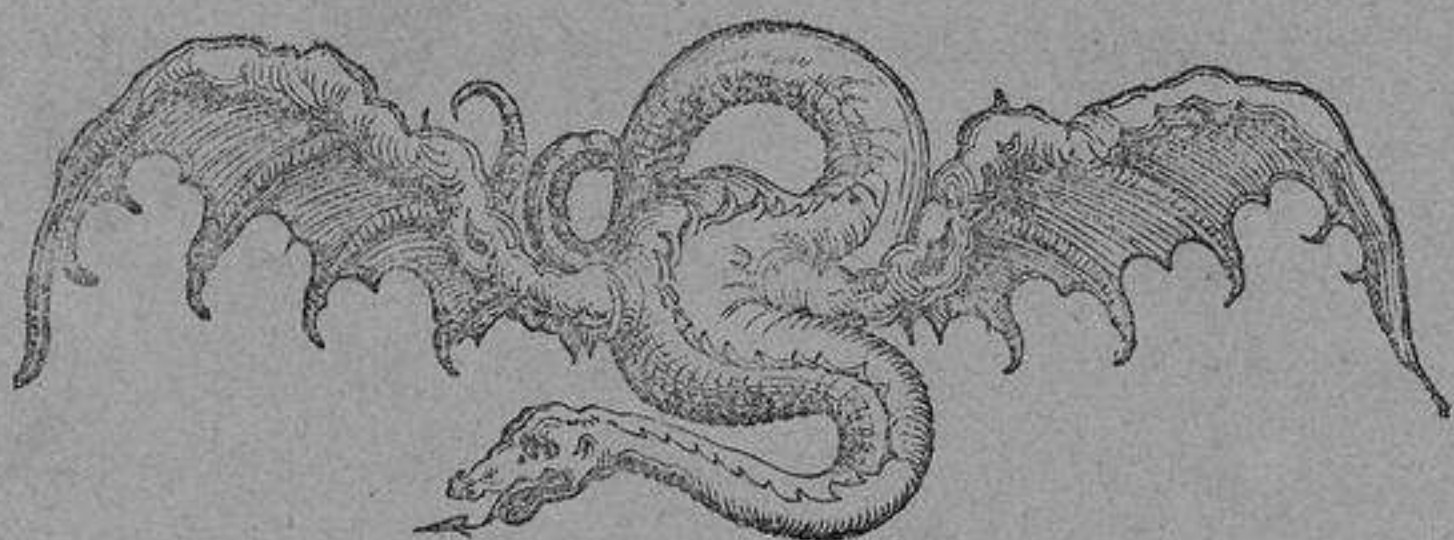
en la del espíritu. Dulce es la vida del corazón y sublimes los amorosos transportes, cuando digno de ellos es el objeto amado; mas sé cauto, amigo mío, y no des entrada en tu pecho al precursor de la borrasca, que el naufragio es fácil en los bajíos del corazón. Devore enhorabuena la ambición, el odio, la sensualidad, la venganza y esas mil y mil furias de entrañas insaciables al mundano, sumergido en el revuelto mar de las *pasiones*, que el hombre sensato prefiera á todo goce de relumbrón la calma de su conciencia.

Sueñen otros á su vez en fantásticas quimeras, bienes imaginarios y combinaciones cabalísticas, que el espíritu modesto y práctico, en paz con Dios y consigo mismo, gozar quiere del bien que debe al cielo, pues nada hay semejante á *una fe ciega, al cumplimiento del deber y á la carencia de destructoras pasiones y deseos irrealizables.*

Bramen alrededor de quien tales joyas posee las furias todas, derrúmbense con estrépito las sociedades, niegue la evidencia misma el escepticismo, conculque el orden moral el satánico espíritu de rebeldía, suicídense en aras de su egoísmo las pasiones y trastorne, por último, el mundo físico, intelectual y moral el deseo más quimérico y ambicioso, siempre, por encima de

confusión tanta, vivirá feliz é inalterable el espíritu, que sabe conservar su *quietud* y calma en medio de caos tan espantoso.

Según, pues, el Manco de Lepanto, ninguna gran parte le falta á mi estéril musa para ser fecunda, y aunque yo imagino que mi parto no puede causar á nadie ni maravilla, ni contento sin el *mens divinius*, que requiere Horacio, puesto que en mi bolsillo había papel y lápiz, preparé aquél, agucé éste y para hacer la prueba, puse inteligencia y manos á la obra. Si tu aprobación lograre, dará por bien perdido el paseo y lectura sabrosa el autor de estas líneas, tu amigo devotísimo.





EL TÍO MARISANTA.

NIGNORO si siempre ha sucedido lo mismo y no me atrevo á preguntárselo á la Historia, conspiración permanente contra la verdad en opinión de personas graves y fidedignas. No obstante, parece averiguado (pues lo pregona á voz en grito el mundo todo) que la humanidad continúa siendo doliente; en otros términos, que la felicidad no es patrimonio del hombre. Y sin embargo, aunque rara vez y donde menos se piensa, el curioso observador tropieza con personas verdaderamente felices, felices, se entiende, en cuanto lo permite este mundo sublunar nuestra morada. Prueba lo anteriormente dicho el tío Marisanta, vecino de cierto lugar, honrado y teme-

roso de Dios, que con su permiso y el de mis leyentes benévolos, por primera vez sale hoy á la escena pública.

Miradle: corto de estatura, ancho y cargado de espaldas, de buenas carnes sin ser obeso, faz sonrosada, piel curtida y de pocas arrugas, encías no desprovistas por completo de dientes, ojos rasgados y vivos, frente espaciosa, que orlada de cabellos blancos reluce y se prolonga hasta el occipucio; viste alpargata abierta, faja y medias azules, chaleco negro de pana, camisa de estopilla y calzones, chaqueta y capote con mangas y capucha de cordellate pardo. El conjunto choca y atrae.

Pocos rasgos son suficientes para dibujar su fisonomía moral. Cristiano viejo á la antigua usanza, vive constantemente en paz con sus prójimos y consigo mismo; no le asusta el trabajo, ni le aguijonean deseos irrealizables, ni le cansa la vida, que pasa siempre satisfecho y contento, ni le aterra la muerte, que considera próxima á visitarle. Habla mucho y éste es su defecto único; pero en cambio lleva siempre el corazón en la mano. Para acabar de conocerle, lo mejor es salirle al encuentro.

—¿Qué tal, tío Blas, cómo andamos?

—Pitico, D. Manuel, pitico; áun estoy tal cual para mis años.

—¿Cuántos tiene usted?

—No me acuerdo; pero usted sacará la cuenta. Cuando la guerra del francés ya era yo mozo... Como que me casé apenas me dejaron en paz.

—¿Y cuántos tenía usted al casarse?

—Me paice que veintidos ó veintitres.

—Entonces está usted cerca de los noventa¹.

—¡Caspitina! ¡Si paice que era ayer cuando vinieron aquellos renegaos!

—¿Hizo usted la guerra?

—Sí señor, y á mucha honra. Aún me bailan los piés y me retoza la sangre en el cuerpo pensando en la corrida en pelo que les dimos á los franchutes.

—¿Y quién le puso á usted el mote de Marisanta?

—¡Palleta! don Manuel, eso es muy largo de contar y de seguro le hará dormir á usted mi charla.

—Al contrario: precisamente tengo curiosidad por conocer sus desventuras.

—Pero, ¿de veras quiere usted que le cuente mi historia?

—De veras.

—Atención, pues, y mano al botón. ¿Se acuerda usted de mi padre?

1 Este artículo se escribió en octubre de 1877.

—No señor.

—Pues era el más pobre del lugar, y, entre chicos y chicas, tuvo nueve hijos. Yo nací el tercero y mientras mamé no tuve hambre; pero apenas me destetaron empecé á no comer siempre que tenía ganas. Hacían mis delicias los mendrugos de pan que por caridad me daban los vecinos, y que comía yo escondiéndome para que no me los quitasen mis hermanos mayores. Si lograba algún rosigón de pan blanco, me sabía á gloria. Así que me fuí solo, me enviaron á la escuela y á la Doctrina. Aprendí el Catecismo de corrido; pero en los estudios no pasé de la Jesús. Descalzo de pié y pierna, y sin más ropa que la camisa en verano y unos calzones con mil remiendos en invierno, ¡con qué gusto corríamos por el lugar, hacíamos molinos en los regajos y nos peleábamos en las eras á pedrada seca! A los cinco años me sacaron de la escuela, me dieron una cesta y una escoba y me dedicaron á recojer estiércol por calles y caminos. ¿Pues querrá usted creer que áun me quedaba tiempo para apedrear perros en compañía de otros pilletes como yo?

—Malo era usted por lo visto.

—Malo, no señor, travieso, pues aunque me vé usted tan chafao, yo siempre he sido hombre de chispa y de buen humor.

—Vamos, que algo queda.

—Pues, sí señor, que el que tuvo retuvo y guardó para la vejez, como dice el dicho; pero buena diferencia vá... ¡quién me ha visto y quién me vé!... Luego, de mozalbete, me dedicaron á la rueda y á la carda. Hilaba estopa y cardaba lana, y cuando no había otra cosa que hacer y me salía jornal iba al campo. Siempre trabajando mucho, comiendo poco y vistiendo peor, hasta que quiso Dios que me tocó ir á servir al rey y se cambió la tortilla.

—¿Mejóro usted de fortuna en el servicio?

—¿Quién habla de mejorar, santo varón? Nunca he llevado vida más aperreada, pero tampoco tan alegre. En fin... usté, que es muy leído, sabe mejor que yo lo que pasó en la guerra del francés. Cuando se acabó, me vine al pueblo y me casé.

—¿Tendría usted algún ahorriillo?

—Sí señor, cinco dedos en cada mano, otros tantos mi mujer y la Providencia Divina, que es un manto que todo lo tapa. Apenas salimos de la iglesia nos pusimos ella á hilar estopa y yo á cardar lana. Entre los dos ganábamos para no morirnos de hambre y este fué el pan nuestro de cada día, durante los ocho años que nos concedió el Señor de matrimonio.

—¿Y los hijos?

—Tuvimos seis y por lo visto cada uno traía un pan debajo del brazo al venir al mundo, pues nunca nos faltó que comer. Se nos llevó uno el sarampión y, cuando mi pobre Mónica bajó al hoyo, me quedaron cinco renacuajos como cinco polluelos sin clueca: los cinco cabían bajo un pandero. ¡Válgame Dios! Al principio me apuré mucho; pero luégo me fuí acostumbrando á todo y robando algunos ratos al jornal, lavaba, vestía, peinaba y daba de comer á mis hijos como lo hacía su difunta madre. Los domingos barría la casa y, cuando no tenía otra cosa que hacer, tomaba mi cesta ó mi cántaro debajo del brazo y me marchaba muy serio al río por agua y á lavar la ropa sucia. Pues, créame usté, áun me quedaba tiempo para ir todos los días á misa de alba y al rosario. ¡Pobrecico de mí! Porque me veían hacer de mujer y frecuentar la iglesia como Dios manda, me sacaron el mote... que usté sabe.

—¿Tío Marisanta?

—El mismo. ¡Cómo ha de ser! ¡El Señor me lo tome en cuenta y me perdone! Mucho se han burlado de mí en esta vida; pero es lo cierto que yo saqué adelante á mis hijos. Nunca les faltó un mendrugo de pan, que llevarse á la boca, no han echado de menos á su madre, los he criado en el santo temor de Dios y ahí

los tiene usted hoy día, colocados y con un decente pasar.

—¿Y por qué no vive usted con alguna hija?

—Eso me dicen ellas á todas horas; pero mientras me pueda ganar la vida, no quiero cansar á nadie, ni siquiera á mis hijos.

—Pues qué, ¿trabaja usted aún?

—Sí, señor; paso el día derecho, apartando lanas en la fábrica de bayetas, y gano ocho reales de jornal.

—Pero, hombre, ¿y puede usted resistir?

—Perfectamente, y como el Señor no me envíe algún ramo de perlesía, aún puedo tirar algunos años. Mire usted, yo como de todo, nada, nada me hace daño, duermo como un bendito y me gasto únicamente medio real en el cuarto, donde tengo mi jergoncico para dormir; otro medio en vino, que es la leche de los viejos, y dos reales en comer. Algún cigarrillo me fumo también de cuando en cuando, excepto en Cuaresma, que ayuno de tabaco; pero el día que menos ahorro una peseta.

—¿Y para qué se impone usted tantas privaciones?

—Por un por si acaso, don Manuel, por un por si acaso. Mañana caeré enfermo, y ahí tienen unos dinerillos para asistirme; si me muero, para bien de mi alma y para enterrarme; y

si algún hijo ó nieto tiene alguna desgracia, para sacarle del ahogo.

—Por lo visto, no reniega usted de su suerte.

—¿Quién piensa en semejante cosa, don Manuel? No me canso de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado y me dispensa.

—Pocos imitan la conducta de usted: la mayor parte de los braceros del lugar maldicen su estrella y viven hechos unos miserables.

—¿Y sabe usted por qué? Yo se les digo cantao y rezao, á todas horas, en la fábrica. Porque no tienen honra ni temor de Dios, y donde no hay religión no busque usted resignación para conformarse con los trabajos, ni privaciones para con el ahorro ir reuniendo poco á poco un capital que nos saque de apuros el día que sea menester, ni paz, ni buen humor.

—Habla usted como un Santo Padre.

—Al menos me ha ido tan bien con esta manera de pensar y he pasado tan alegremente la vida, que hace tiempo le dije á un alfarero compadre mío: «Mira, chico, si Dios no lo remedia, el día menos pensao estiraré la garra, y quisiera me hicieses un ladrillo para ponerlo en mi sepultura, que diga lo siguiente:

«Alegre mi nacimiento,
alegre mi mocedad,

alegre mi casamiento
y alegre en la eternidad.»

—Muy bien (contesté riéndome): falta sólo
que se sepa quién es el muerto.

—Tiene usted razón; pero se remedia ponien-
do encima.

«Sepultura del tío Marisanta.»





SANTA MARÍA DE LA PLANTA.



ocuparme voy en cosas de Roma, capital de la cristianidad, antesala del cielo; y no quiero hablaros de las basílicas grandiosas, ni de las soberbias ruínas de la antigüedad, ni del Coliseo asombroso, ni de los museos deslumbradores, ni de las reliquias venerandas. Nó: sin remontar tanto el vuelo, quisiera impresionaros santamente con el solo recuerdo de una pobre ermita. No os extrañe que os hable de una ermita en la ciudad de los cuatrocientos suntuosos templos; el caso más grande de los siglos acaeció en un pesebre.

Si vais á Roma, y, como es consiguiente, hacéis alguna excursión hacia las antiguas *tumbas* ó

sepulturas, esto es, visitáis las catacumbas de San Calixto y San Sebastián, saldréis por la antigua puerta Capena ó Appia, que hoy lleva el nombre del mártir de las saetas, y os encontraréis en un mal camino carretero, tan lleno de baches como de polvo, por donde antiguamente corría la celebérrima vía Appia. Sin dejar este camino, á un kilómetro poco más ó menos de la puerta dicha y á la izquierda yendo, encontraréis una pequeña y pobre iglesia dedicada á Santa María de la *Planta*, y llamada vulgarmente: *Domine, ¿quo vadis?* No paséis de largo; entrad en la ermita, y medita un poco.

Ocupaba Nerón el trono imperial. Rugía feroz, en torno de la naciente Iglesia, la primera persecución. La casa del senador Pudens no era ya asilo seguro para el primer Papa. Ponían en práctica los fieles aquel consejo del divino Maestro: *Si persequuntur vos in civitate una, fugite in alia*; y con el santo fin de que se salvase su preciosa vida, aconsejaron al Príncipe de los Apóstoles que hiciese lo mismo. Se decidió San Pedro á complacerles; pero al huir por la vía Appia, en el mismo lugar que hoy ocupa la modesta ermita, se le apareció Jesús con la cruz á cuestas y caminando hacia Roma. Reconocióle San Pedro, y le preguntó asombrado:

—*Domine, ¿quo vadis?* ¿A dónde vais, Señor?

—A Roma, á ser crucificado de nuevo—contestó el Redentor del mundo.

Desapareció Jesús, dejando grabadas sus plantas sacratísimas en la piedra sobre la cual se apareció. Comprendió la lección San Pedro y tornó á Roma, en donde, poco después, aunque cabeza abajo, tuvo la dicha de ser crucificado como su divino Maestro.

La piedra de las sacrosantas huellas la podréis ver entre las reliquias que se veneran en la basílica de San Sebastián. La que hay en Santa María de la *Planta* es un fac-símile.

Fué San Pedro el Apóstol de los grandes arrepenimientos. La noche de la Pasión negó tres veces á Jesús, pero lloró con amargura (*flevit amare*) su pecado: huyó de la persecución neroniana; pero murió en una cruz. ¡Desdichados nosotros que negamos continuamente, con nuestras malas obras, á Jesucristo y abandonamos nuestro puesto al pié de la cruz, sin que lágrimas de arrepentimiento, ni la más pequeña mortificación borren después nuestros pecados!

Jesucristo, nuestro Dios y Señor, nos sale frecuentemente al encuentro como á San Pedro, y mostrándonos la pesada cruz, nos dice que vá á ser de nuevo, en tal ó cual punto, crucificado. Y nosotros, desagradecidos é insensibles, le dejamos marchar en busca del moderno Gólgota,

é impávidos, seguimos huyendo, huyendo, para no presenciar ni oír siquiera el ruido de la persecución. Nó: esta conducta ni es caballerosa ni cristiana. Si la tempestad arrecia, debemos armarnos del valor necesario y de la serenidad indispensable para hacerla frente. En esos supremos momentos de peligro es precisamente cuando se conoce al buen soldado y al hombre de fe: todo, hasta la vida, lo pospone al cumplimiento de su deber, á la defensa de su santa causa. Abroquelémonos, pues, con la oración y la penitencia contra las modernas persecuciones fieras ó mansas que la Iglesia, nuestra común madre, sufra; imitemos la conducta del primer Papa, que si tuvo la debilidad de retirarse por la vía Appia hasta la ermita *Domine*, ¿*quo vadis?* corrió, en cambio, valeroso, al lugar donde hoy se levanta San Pedro *in Montorio* y supo morir en una cruz; y tomemos, últimamente, por modelo al Papa actual, que desde la soledad en que hace morada, desde esa moderna cárcel Mamertina llamada Vaticano, está dando al mundo ejemplo insigne de paciencia y valor.



EL ZAPATERO REMENDÓN.

No vayas á pensar, lector amigo, que intento endosarte un artículo de costumbres, cuyo protagonista sea el zapatero de viejo ó remendón, nada de eso. Mal pudiera, por otra parte, llevar á cabo aquel propósito quien nada entiende de remontas, tacones y medias suelas. Mero narrador me limito á referirte una historieta.

No siempre los proverbios son verdades inconcusas y á veces la excepción confirma la regla. *Nadie está contento con su suerte*, dijo el Sabio, y repetimos cuando se nos antoja los ignorantes, y lo repetimos en latín para que mejor nos entiendan. Pues bien, un zapatero remen-

dón de cierta ciudad antiquísima, cuyo nombre no quiero escribir, desmintió con su conducta al Sabio y el proverbio.

Es el caso, y va de cuento, que nuestro zapatero y su mujer habitaban un sotabanco en cierto callejón de mala muerte, al que caían algunas ventanas del palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros como observador y caritativo el señor Obispo su vecino; pero no fué la extremada pobreza, sino la imperturbable conformidad y buen humor del matrimonio zapateril, lo que chocó al señor Obispo.

Levantábanse los zapateros al romper el alba, abrían la puerta de su choza, y en tanto que el marido recojía y ordenaba para el trabajo las herramientas de su oficio, la mujer barría y regaba el trozo de calle fronterizo á su morada. Sentábanse después sobre el umbral de la puerta, y machaca que te machacarás él, y cose que te coserás ella, con tachuelas y cáñamo encera-do remendaban botas y zapatos, que á su dueño llevaba la zapatera presurosa, para con el producto del remiendo cubrir después los nada blancos manteles. Inútil es advertir que continuas canciones entonadas á dúo, con el monótono repiqueteo del martillo por acompañamiento, y conversaciones animadas y picantes, sazonzaban el trabajo del día. Apenas el toque de

oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral la hora de comer, recogían sus bártulos y sin pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus cebollas ó sardinas asadas, que, con un pan moreno de á libra, repartían entre los dos amigablemente y devoraban en pocos segundos, con tanto placer como provecho. Levantados los manteles del banquete opíparo, repetíanse las canciones, la charla, el martilleteo y las idas y venidas de la zapatera para el buen servicio de sus parroquianos. La cena, semejante á la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochuelo regresaba á su olivo, recogíanse los zapateros á su choza, durmiendo en ella á pierna suelta el sueño de los felices.

El señor Obispo, que desde las ventanas de su palacio espiaba á sus vecinos, al ver tanta resignación unida á pobreza tanta, se compadeció del matrimonio, y llamando al zapatero, le dijo:

—Me han dicho que es usted maestro en el oficio; ¿por qué, pues, no pone zapatería de nuevo?

—Señor, contestó el zapatero, si no tenemos para comer, ¿cómo quiere su ilustrísima que compre los materiales necesarios?

—No hay que apurarse por tan poca cosa.

Tome usted cien duros y empléelos en lo que tenga por conveniente.

—Pero, señor, ¿cómo he de pagar yo?...

—Ya están pagados. Con que á trabajar, continuando tan hombre de bien como hasta el presente, y á ver si logra usted reunir un capitalillo para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro, dió torpemente las gracias á su ilustrísima, bajó de cuatro en cuatro las escaleras de palacio, y voló en busca de su mujer, la cual medio perdió el juicio al ver tanto dinero en sus manos.

Recogieron las herramientas y las botas y zapatos á medio remendar, y entraron en la casa á resolver el árduo problema.

¿Qué iban á hacer con aquellos cien duros?

Por de pronto concluyó el trabajo, dejaron el umbral de la puerta, callaron sus gargantas y huyeron las conversaciones picantes de sus labios. Verdad es que aquel día no comieron sardinas y cebollas asadas, según inveterada costumbre; pero también es cierto que desveláronse de tal manera pensando en que podían robarles durante la noche su tesoro, pues no había llave ni cerradura alguna en la casa, que á la postre se coló la aurora, no por las rosadas puertas del Oriente, sino por la lóbrega de la habitación zapateril, sorprendiendo al matrimo-

nio con algunos reales más que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

Transcurrieron varios días en situación tan angustiosa y sin que ninguno de los cónyuges se atreviese á tomar una resolución definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta y obtenido el beneplácito de su mujer, tomó el dinero y se lo devolvió al señor Obispo diciéndole:

—Señor: cuando éramos más pobres que las ratas, sobraban en mi casa tranquilidad, alegría y buen humor. Desde que su ilustrísima nos dió estos dos mil reales, no hemos vuelto á ver hora buena. Con que aquí los tiene su ilustrísima, y Dios premie en la gloria su caridad.

Suspenseo el Sr. Obispo, tomó el dinero instintivamente, y por primera vez en su vida dudó de la exactitud del proverbio salomónico arriba dicho: *Nadie está contento con su suerte.*





LA CARIDAD.

Sine caritate opus externum nihil prodest.

De imitatione Christi,
lib. I, c. XV, n. 1.

I

EL vulgo llama caritativo al que dá limosna; el cristiano al que misericordioso practica el bien; el místico al que se abrasa en divino amor; y el filósofo al compasivo, benévolo, beneficioso, etc.

Estas apreciaciones diversas coinciden en un fondo común, y para el vulgo, para el cristiano, para el místico y para el filósofo el *amor* es elemento esencial de la caridad.

Ama el que dá limosna; ama quien el bien practica; quien arde en amor divino ama también; y por último, compadecerse, querer el bien y obrarlo ¿qué es sino amar?

Mas según San Agustín, Bossuet y el Padre Senault, los afectos del hombre (pasiones, cuando son exagerados) todos pueden reducirse al amor.

«El odio que se profesa á un objeto, no viene sino del amor que se tiene á otro; el deseo no es mas que un amor que se extiende al bien que no se tiene, como la alegría es un amor que se aplica al bien que ya se posee; el atrevimiento es un amor que acomete lo más difícil para poseer el objeto amado; la esperanza es un amor que se lisonjea de poseer el mismo objeto, y la desesperación un amor sin consuelo al verse privado de él para siempre; la cólera es un amor irritado, porque nos quieren quitar un bien que nos esforzamos en defender, etc. Por último, quitad el amor y ya no hay pasiones; poned el amor y las veréis nacer todas como por encanto¹.»

«El deseo es la carrera del amor, el temor es su fuga, el dolor es su tormento y la alegría es su reposo².»

«La razón nos obliga á creer que no hay mas que una pasión, y que la esperanza y el

¹ Bossuet.—*De la connaissance de Dieu et de soi meme.*

² San Agustín.

temor, el dolor y la alegría son los movimientos ó propiedades del amor¹.»

Si, pues, hasta los afectos malévolos pueden referirse al amor, la simpatía, amistad, cariño, compasión, gratitud, beneficencia, patriotismo, etcétera, afectos todos benévolos, necesariamente tienen que ser elementos constitutivos del amor mismo, sentimiento tan natural al hombre como el canto á los pájaros, complejo es verdad, pero susceptible de escrupuloso análisis. ¿Podremos definirle? No es fácil comprender en una sola fórmula elementos tan distintos, aunque análogos. Leibnitz dice que amar es deleitarse en la contemplación de la felicidad ajena.

Caridad será, pues, ese sentimiento inferior que nos induce á amar el bien en todo orden y á practicarlo. El *bien*, hé aquí el objetivo de la caridad; *amarle*, su elemento teórico; *realizarle*, su elemento práctico.

Santa Teresa de Jesús, que ponderaba el horrible estado de Lucifer diciendo: «¡el sin-ventura *no ama!*» es el tipo más perfecto de la caridad teórica; San Vicente de Paúl el más acabado modelo de la caridad práctica.

No obstante, *sine caritate opus externum nihil*

¹ P. Senault.—*De l'usage des passions.*

prodest, es decir, no hay verdadera caridad donde sólo existen buenas obras: ambos elementos se completan mutuamente. Por consiguiente, no socorre al menesteroso la mano que le arroja una moneda, sino el corazón que determina el movimiento.

II

Considerada la caridad en el orden filosófico es un hábito del alma; en el orden religioso una virtud, estrecho lazo de unión entre la fe y la esperanza, y en el orden social una necesidad práctica.

Tanto por ser acto anímico y natural al hombre, cuanto porque su práctica es necesaria á las sociedades, la caridad es un deber.

Los deberes de caridad son, por consiguiente, naturales, y grabados fueron al principio en todo corazón humano, para traducirlos después en el primero y más importante precepto del Decálogo: *Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo.*

Si los deberes de caridad son naturales, obligan á la humanidad entera; y el hombre, por sólo serlo, tenido está á ser caritativo con sus semejantes, esto es, benévolo y beneficioso,

que tanto la *benevolencia* como la *beneficencia* son componentes del todo sublime llamado caridad.

Si purificamos nuestro corazón de todo sentimiento que pueda ofender á otro hombre, seremos *benévolos*. Si realizamos el bien, practicando obras de misericordia, seremos *beneficiosos*.

Se oponen á la benevolencia el odio, la venganza, la envidia, la cólera, la ingratitude, el orgullo, el egoísmo, la desatención, y, en suma, todo afecto malévolos que implica falta de amor á nuestros semejantes.

Opónense á la beneficencia la práctica del mal (estado positivo) y la omisión del bien (estado negativo).

En tesis general y absoluta los malos son en sociedad los menos. No por esto puede afirmarse, que los buenos sean los más. Por desgracia, moralmente hablando, en las sociedades modernas predomina el *indiferentismo*, enemigo el más terrible de la beneficencia.

Otro adalid semejante, mónstruo compuesto de cien perversas pasiones, pretende concluir con la benevolencia, que es el más hermoso elemento de la caridad. ¿Qué nombre darle? Fernán Caballero, el primero de los *costumbristas* españoles, le llamó *malevolencia*; y á la verdad que ni áun etimológicamente considerado, puede hallarse nombre más propio. aitat Valenciana

A la malevolencia pues y al indiferentismo práctico ó inacción, podemos reducir los enemigos capitales de la caridad.

III

Tan general y hondo es el escepticismo que se ha apoderado de las inteligencias y corazones, que no hay verdad, por evidente que sea, ni virtud, por elevada que esté, que nuestro pirronismo práctico moderno no pongá en tela de juicio; y tan connaturalizados estamos todos con la calumnia, la injuria, la murmuración y el juicio temerario, que el que no se encenaga en este lodazal inmundo, cuando menos oye impasible al calumniador y presencia impávido cómo de palabra y obra, delante y detrás, se pisotea la honra de sus semejantes.

Nuestra refinada malicia no perdona la acción más inofensiva é indiferente.

¿No causa verdadero pasmo la ligereza con que esa turba de Tenorios imbéciles, hastiados del mundo, según aparentan, antes de haber llevado á sus labios la copa de la vida, hacen y deshacen reputaciones?

¿Hay autoridad, hombre público, sabio, lite-

rato, ministro del altar, ni persona privada siquiera, á quien no alcancen los tiros de la maledicencia?

La caridad es incompatible con semejante gangrena social.

Razón tenía el venerable desterrado de Patmos para sintetizar la doctrina evangélica en su tan repetida frase: «Hijitos míos, amaos los unos á los otros.»

Si, amémonos mutuamente, es decir, seamos todos benévolos, practiquemos el bien en todo orden, esto es, seamos beneficiosos, y el indiferentismo y la malevolencia desaparecerán de la sociedad.





LA JOYA DE RODENAS.



UANTO paso á referir es histórico hasta en sus más pequeños detalles.

Entre un *menaquero* (conductor de mineral de hierro, allí llamado *mena* ó vena) y yo, se trabó en cierta ocasión el siguiente diálogo:

—¿Qué hay de bueno por Rodenas, Deodato.

—Nada de particular, D. Manuel.

—¿Y la cosecha?

—Buena.

—Oí decir que se había apedreado.

—Fué en Tordesilos.

—Pues mucho es que no os tocó también á vosotros algún ramalazo.

—¡Quiá!... nosotros estamos libres de granizadas y pedriscos.

—¿Sin duda porque sois más bonitos que los de Tordesilos?

—No, señor... porque enseguida que asoma la mala nube, sacamos en procesión la reliquia de San Deodato.

—No lo sabía.

—Pues sí, señor; desde que la tenemos no hay ejemplo de que se haya vuelto á apedrear en Rodenas.

El acento de sinceridad y convicción con que aseguró lo dicho el menaquero, me hizo tomar la pluma; escribí al señor Cura párroco de Rodenas, D. Ramón Mínguez, y á la vista tengo su ilustrada contestación, en la cual voy á inspirarme, copiando á veces sus mismas palabras, para referir hechos, más ó menos extraordinarios, pero siempre rigurosamente exactos é históricos.

En el antiguo reino de Aragón, provincia de Teruel, partido de Albarracín, hay un pueblecito, *Rodenas* llamado, quizá por lo mucho que abunda la arenisca roja ó *rodeno* en aquellos contornos. Es lugar tan humilde como antiquísimo, pues ya figura su iglesia parroquial durante la

dominación goda. Así se desprende de la Bula de Alejandro III, fechada en Frascati á 22 de Enero, año de 1172, dirigida á don Pedro de Tarroxa, obispo de Zaragoza, en la cual, queriendo el Sumo Pontífice que se respeten las demarcaciones eclesiásticas aprobadas por los concilios de Toledo durante el reinado de Wamba, designa por su propio nombre la parroquia de Rodenas como límite de la diócesis de Zaragoza. Más tarde se incorporó á la diócesis de Albarracín, creada posteriormente.

Entre las sierras de Albarracín y Molina, al pié de una cordillera con cerros como el de San Ginés, que mide 1.567 metros de altura sobre el nivel del mar, dominando la cuenca y ribera del rio Giloca, sobre un torrente surcado en todas direcciones por venas y bolsadas de mineral de hierro, Rodenas y su término ocupan la situación topográfica más á propósito para que naturalmente descarguen sobre aquel país frecuentes y temerosas tormentas. En efecto, no parece sino que todo está sabiamente combinado para que sobre el término de Rodenas se citen y reúnan las nubes que, por Orihuela del Tremedal y Bronchales, descienden de la Sierra de Albarracín á los Santos de la Piedra, y por Alustante y el cerro Laurero de la Sierra de Molina; y las que ascienden de la

cuenca del Giloca por Sierra Menera, unas, y cruzándose otras desde Peña Palomera á San Ginés. Nada de particular tiene, por lo tanto, que las cosechas se apedreasen con frecuencia suma en el término de Rodenas, y que la miseria hiciese emigrar á sus habitantes. De esta manera se explica que, á pesar de su antigüedad remotísima, la población de Rodenas no excediese nunca de 50 vecinos. A tal extremo llegaron las cosas que, según tradición no interrumpida y por los ancianos del lugar atestiguada, durante diez y seis años seguidos se perdió la cosecha, arrasada por la piedra y el granizo.

En tal desolación y á principios del siglo pasado, por conducto del Rmo. P. Timoteo Martínez Rubio, natural de Rodenas y Visitador general de los Capuchinos, que iba á Roma para otras urgencias, pidió el pueblo al Sumo Pontífice una reliquia de algún Santo que del azote de la piedra lo librase; y Su Santidad, bondadoso, regaló á Rodenas una canilla de San Deusdedit, Diosdado ó Deodato (que con los tres nombres dichos se le designa), abad que fué del celeberrimo monasterio de Monte Casino (donde está depositado su cuerpo), encarcelado por orden del tirano Sicardo, y muerto de hambre y de miseria en su prisión el día

9 de octubre del año 834. Graves fundamentos hay para creer que la solicitada reliquia llegó á Rodenas en 1709.

*
* *

El preciado hueso que me ocupa parece ser el radio del brazo derecho de San Deodato; mide 19 centímetros de largo, y á pesar de tener más de mil años está admirablemente conservado, sin que se hayan desprendido de él hasta la fecha mas que alguna que otra pequeña esquirla. El relicario, que lo contiene, figura un brazo, con su correspondiente mano de plomo, perfectamente modelada y encarnada, y mide unos 50 centímetros de alto por 20 de base. El pedestal es de madera sobredorada, y el brazo está revestido por una gruesa chapa de plata que imita la tela de la manga, sembrada de grandes flores cinceladas y con ocho piedras (del tamaño de un guisante grueso), cuatro esmeraldas y cuatro topacios en la bocamanga. En el centro del brazo hay un cristal por donde se ve y adora la reliquia.

*
* *

Público y notorio es lo acaecido en Rodenas y su término desde que esta parroquia tiene en su poder joya tan preciosa. No hay noticia de que haya vuelto á apedrearse la cosecha una sola vez, si cuando la tempestad se aproxima al pueblo ó se cierne sobre aquellos campos acude Rodenas á la poderosa intercesión de San Deodato, sacando procesionalmente su reliquia. El señor Cura párroco actual ya nombrado asegura que durante los catorce años que lleva al frente de aquella parroquia no ha recurrido en vano una sola vez á San Deodato, acaeciendo no pocas que, á la vista de la santa reliquia, instantánea y milagrosamente se ha convertido en lluvia inofensiva y abundante la desoladora piedra que había empezado á caer en seco. Entre los actuales habitantes del pueblo no hay memoria de que, por piedra ó granizo, haya vuelto á perderse la cosecha mas que en 4 de Junio de 1856, día en que, por hallarse el difunto señor Cura auxiliando á un enfermo, no pudo acudir á la iglesia y sacar la reliquia. Hay más: ocurre en ocasiones (y este año ha acontecido dos veces), que nubes de piedra ó granizo descargan sobre los pueblos limítrofes, y si son impelidas por el viento hacia Rodenas, al llegar al mojón divisorio la piedra se convierte en agua y las nubes se desatan

en benéficas lluvias sobre el privilegiado término.

San Deodato no sólo preserva á Rodenas de la calamidad de la piedra y granizo, sino que ha libertado también á sus moradores de otros males contagiosos. Tal aconteció la primera vez que llevaron procesionalmente la efigie y reliquia del santo Abad, quedando curados de repente Sebastián García y toda su familia de unas tifoideas pertinaces que venían padeciendo.

Así como intercede solícito con el Señor para que premie á los que le invocan, le es sin duda desagradable que hagan burla de sus restos. Buena prueba de ello es lo ocurrido á los naturales de Villar del Salz, que habiendo acudido en rogativa, como tienen de costumbre, á la ermita de N. S. de los Poyales, hicieron burla de la efigie de San Deodato, que veían por primera vez. Una mula, de las que con comestibles suben á la rogación, mataba entre tanto á dos niños de los burladores, y antes de que la procesión regresase á Villar del Salz, descomunal pedrisco había ya barrido las cosechas de aquellos temerarios.

Terminemos, pues, este verídico relato rogando al Señor que por la intercesión poderosa del bienaventurado Deusdedit guarde nuestros campos y cosechas de granizadas y pedriscos.

La carta autógrafa de D. Ramón Mínguez, actual Rector de la parroquial Iglesia de Rode-
nas, que contiene los pormenores referidos,
queda en mi poder á disposición del que guste
leerla.





SOMOS CENIZA.



UANDO aún dura para muchos el Carnaval diabólico con sus desenfrenos y locuras, vosotros, mis piadosos lectores, regresáis de vuestras respectivas parroquias, compungido el corazón, la cerviz humillada y con la *ceniza* en la frente. Vuestra actitud ejemplar me demuestra que habéis comprendido la importancia grande de la sagrada ceremonia, y para vosotros sería inútil todo recuerdo y comentario acerca del asunto; pero es el triste caso que el Miércoles de Ceniza, y precisamente á la misma hora que vosotros, se retiran también á sus casas, en busca del descanso que su disi-

pación no les ha proporcionado durante la noche, algunos desventurados, grotescamente vestidos, cubierta la faz con una máscara y llena la conciencia de negros remordimientos. Difícil es que estas páginas caigan en sus manos; pero, por si acaece lo contrario, quiero recordar á estos tales y á cuantos lo necesiten, que *somos polvo ó ceniza y en polvo nos hemos de convertir*.

No há mucho leí en la puerta de un cementerio la siguiente inscripción latina: *Fui, non sum; estis, non eritis*, que en romance significa: *Fuí, no soy; sois, no seréis*, gran verdad de todos sabida y por la mayor parte olvidada. Todo nos grita en torno nuestro que en un plazo brevísimo, tal vez en el momento mismo de pensarlo, dejaremos de existir; bajaremos al sepulcro á hacer compañía al cadáver de aquel que desde la puerta del camposanto nos dice: También yo era como vosotros, formando parte de ese mundo que absorbe vuestros sentidos y potencias; tampoco yo pensaba nunca en este inmenso osario, á donde al fin y en la flor de mi vida han venido á parar mis restos mortales; y sin embargo aquí me tenéis convertido en polvo y gusanos, cuando yo me prometía aún largos años de goces y de existencia. Todo pasó cual verdura de las eras, como ave voladora y sombra fugitiva, y pasó para nunca más volver, sin que me quede otro con-

suelo que el de gritaros desde el fondo de mi sepulcro: *¡Estis, non eritis; sois, no seréis!*

Y efectivamente, nada más fugaz que esta vida, en cuya posesión vivimos tan tranquilos y ufanos. Corre veloz á su término, y para todos corre, lo mismo pobres que ricos, sin que dicha regla tenga excepción posible. Acertadamente decía el poeta Jorge Manrique:

Nuestra vida son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allá van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir:
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

Todos por naturaleza somos iguales ante la muerte, porque todos somos hijos de Dios; y todos por consiguiente estamos sometidos á las mismas miserias y trabajos. ¡Igualdad sublime que la Iglesia nuestra cariñosa Madre recuerda frecuentemente á los cristianos todos por

medio de sus ceremonias, para que ninguno se ensoberbezca y todos caminen con pié firme por la senda de la salvación! A todos pone la *ceniza* en la frente, desde el más poderoso monarca hasta el vasallo más humilde, desde el Papa hasta el último acólito, para recordar á todos que somos polvo, podredumbre y miseria, y en miseria, podredumbre y polvo nos hemos de convertir. No hay remedio. Estos ojos, que con tanto esmero cuido y guardo hasta entre cristales, y en los cuales, al mirar provocativamente á los demás, me miro, no tardarán mucho en perder su brillo natural vidriándose y siendo pasto de gusanos. Estas manos delicadas, cuya piel constantemente guardo entre finas pieles y suavizo con jabones preciosos y perfumes, descarnadas y roídas hallaránse luego, entre tierra y lombrices, sepultadas. Este olfato, para el cual sólo busco aromas; este oído, que sólo con armonías se deleita; este paladar, que corre desalado tras manjares exquisitos; este cuerpo, en fin, tan mimado y atendido en sus más pequeños caprichos y necesidades, día llegará, ciertamente no lejano, en que vuelva al barro de que procede, y donde todo sea silencio nunca interrumpido, malos olores, sabores detestables, miseria y podredumbre.

Sí, lectores míos, sí; somos polvo y polvo

deleznable, y en polvo necesariamente nos hemos de convertir. Si dedicásemos siquiera un minuto diario á esta consideración, seguramente ni pecaríamos tanto, ni absorberían nuestras potencias y sentidos, como los absorben, las cosas mundanas.

Pero es que no sólo es polvo nuestro cuerpo. También nuestra alma, aunque inmortal, está llena de miserias é imperfecciones. Esa inteligencia tan penetrante con que tuvo á bien adornarla el Criador, frecuentemente la empleamos en disfrazar la verdad, convirtiéndola en sacerdote del error, al servicio exclusivo de nuestros vicios y pasiones. Esa voluntad, que debiera ser roca inquebrantable contra el mal, se ablanda y doblega á veces llenándole de caricias y estrechándole ardientemente entre los brazos. Y esa sensibilidad, por último, dada al hombre para que goce santamente en la contemplación de las bellezas de la naturaleza y del arte, la embotamos por el contrario con goces inmundos, que nos acercan al bruto tanto cuanto nos separan del ángel y del mismo Dios, á cuya imagen y semejanza fuimos criados. ¡Cuánto polvo moral! ¡Cuánta miseria!

¿Y hay algún medio de regeneración? Indudablemente. Limpios ya del pecado de origen en las aguas del Bautismo, lavemos nues-

tros demás pecados por medio de la penitencia. Para eso se nos ha hecho con *ceniza* la señal de la cruz en la frente, para que aprendamos á hacer penitencia en público, sin avergonzarnos, sin temor á la sonrisa del indiferente, ni á la blasfemia del impío, y sólo por amor y á imitación de Nuestro Señor, el Justo por excelencia, y sin embargo el gran penitente del mundo.





PROPINA PARA EL POBRE.

DXIGE la moda, que se gratifiquen con propinas hasta los servicios más insignificantes. Tan generalizado está este abuso, que contra él son ineficaces las prohibiciones y los propósitos. Establecimientos existen, en cuyos anuncios ó reglamentos se previene que todo mozo que reciba propina, será despedido en el acto. Esto no obstante, si no se da espontáneamente, la piden. Desgraciado del que, en un café, al pagar el gasto, no suelte los consabidos diez céntimos para el mozo. Que no vuelva á poner en él los pies, porque más fácil le será hacer saltar la piel de sus manos á fuerza de palmadas, que conseguir ser atendido. Y luego

¿qué dirían los circunstantes? Ese hombre es un miserable avaro, sería la frase más benévola que pronunciaran sus labios, apenas el enemigo de las propinas volviese la espalda. Pero ¿que más? Hasta los carteros se niegan á repartir á domicilio los impresos, si no se les abona, contra lo terminantemente preceptuado, la consabida pieza de cinco céntimos.

Confesemos, pues, que no hay poder humano que desarraigue la costumbre y suprima las propinas. Contra ellas, no cabe otra cosa mas que resignarse á ir á todas horas con el bolsillo en la mano gratificando á medio mundo.

Todo esto será más ó menos abusivo, pero al fin, cada cual puede hacer de su dinero lo que se le antoje, y no seré yo el loco que se oponga á corriente tan general como irresistible.

Pero me ocurre preguntar: todos los que con tanta generosidad y con profusión tanta reparten propinas por esos mundos, ¿se acuerdan una vez al día, á la semana ó al mes, de dar limosna? Libreme el cielo de afirmar en absoluto que las propinas están en razón inversa de las limosnas. Habrá quien, por respetos humanos, invierta su dinero en aquéllas, y en cumplimiento de sus deberes de cristiano tampoco lo escatime en éstas; pero no es esto lo común y ordinario. Por lo general, el que frecuenta mucho los cafés, res-

taurants, fondas, pastelerías, casinos, casas de juego, teatros, etcétera, que es donde principalmente se abusa de las propinas, rara vez se acuerda del menesteroso. Satisfechas hasta la saciedad todas sus necesidades, no es fácil se le ocurra que, encontrándose él ahito de manjares delicados y succulentos, haya pocos pasos más allá quien casi perezca de hambre; que habiendo apurado varias botellas de añejos y caros vinos, viva no muy lejos quien no pudo comprar una tisana que, tomada á tiempo, quizás le librase de la muerte; que estando perfectamente vestido, entre alfombras y caloríferos, no falta quien tiritita de frío hasta dar diente con diente, por falta del abrigo necesario; que siendo él rico, en una palabra, hay muchos, muchísimos pobres en el mundo.

Y nótese que las propinas son remuneraciones voluntarias de servicios, muchas veces imaginarios y siempre satisfechos previamente ó que debían estarlo por el dueño del establecimiento, mientras que, dando limosna, no se hace mas que cumplir aquellos preceptos ineludibles contenidos en las obras de misericordia, cuando nos mandan «dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, etc.»

No es fácil que estas líneas caigan en manos de esos hombres perezosos, que tan malos ad-

ministradores son de los bienes de los pobres; pero, por si sucediese lo contrario, quiero darles un saludable consejo. Para quien da tantas, debe ser indiferente propina más ó menos. Depositen, pues, diariamente en una alcancía la cantidad más pequeña, que se acostumbra á dar de propina, medio real por ejemplo, y al cabo del año se encontrarán con un capitalillo de 182 1/2 reales, esto es, más de media onza, que pueden repartir por sí mismos á los pobres ó remitir á un establecimiento de beneficencia, ó entregar á una empresa caritativa, ó hacer, en suma, una obra beneficosa cualquiera en pro del menesteroso.

Cuando vemos que son tantos y tantos los que derrochan sus caudales neciamente, sin destinar ni siquiera un céntimo al alivio de la miseria del prójimo, el ánimo se contrista y el corazón desfallece.

¿Y no ha de generalizarse entre estos tales la propina para el pobre?

¡Quiera Dios que estas indicaciones no sean una gota más de tinta perdida en el océano de la publicidad, sino que, por el contrario, generalicen la propina para el pobre, con la cual, acumulada, pueden realizarse muchas é importantes obras caritativas!



LA TIA MARIMAMO.



QUÉ quiere decir Marimamo? me preguntará tal vez el lector maligno ó benévolo. Es pregunta á la que yo no puedo contestar, con harto sentimiento mío, pues nadie me gana á galantería para con los que tienen la paciencia de leer mis escritos. Es el uso el árbitro y supremo legislador del lenguaje, y no seré yo quien vaya á pedirle á éste la razón de su existencia. Lo cierto es que la tía Marimamo vive y comercia en trapos por las calles de la más fea capital de provincia que hay en España; y no sólo se gana la vida pregonando á voz en grito su mercancía, sino que tiempo atrás nos sorprendió agradablemente con algo más que una de sus ordinarias transaccio-

nes mercantiles. Hay gentes que, acostumbradas á no penetrar nunca más allá de la corteza de las cosas, juzgan por las apariencias, y como no puede menos de suceder, frecuentemente se engañan. Tal aconteció en la capital aludida con algunos que, al observar en la tía Marimamo aspecto hombruno, estatura gigante, formas angulosas y rostro picado de viruelas, creyéronla incapaz de afecciones femeniles, y por ende, de sentimientos amorosos y tiernos. El tiempo, sin embargo, vino á desmentir á estos tales y á sorprendernos á todos.

Hallábame yo en la puerta de un comercio con cierta señora amiga mía, cuando hirió nuestros oídos la tan conocida voz de la tía Marimamo, que gritaba:

—Mantones y moqueros, ¿quién compra?

Momentos después la vimos subir calle arriba, erguida como un pino, risueña como el que no puede ocultar la satisfacción que siente, con la siniestra mano apoyada sobre la cadera, el brazo en jarras, un fardo de ropa sobre el hombro, y asiendo con la diestra á una hermosa niña de ocho á diez años, que la seguía retozona y saltando sin cesar.

—¿De dónde ha sacado usted esa niña?—la preguntó á la vendedora ambulante, mi amiga.

—Calle usté, señora, que el gozo me retoza

en el cuerpo, porque esto no es niña, es un ángel que me ha enviado el Señor para que dulcifique los últimos días de una solterona.

Y arrojando el fardo sobre el umbral, abrazó á la niña chillando, y la llamó sol, lucero, reina y otras mil maternales lindezas por el estilo, dicho lo cual se sentó sobre su mercancía.

—¿Cómo es que no se ha casado usted?—le pregunté yo.

—Señor mío (me contestó), no ha sido por falta de vocación, que la tenía, y grande, para el matrimonio; pero no he querido pasar en vida las penas del purgatorio.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Doce matrimonios de mi cuerda, poco más ó menos, hay en mi calle. Pues ¿querrán ustedes creer que unos por borrachos y por brutos otros, no hay día que los maridos no muelan á palos á sus mujeres?

—Vamos, no será tanto, tanto (replicó mi amiga). Pero á todo esto aún no nos ha dicho usted de quién es esa niña.

—Mía, señora mía. ¿De quién había de ser este pimpollo?

—¿Pues no es usted soltera?

—Mucho que sí, sí señora; pero ¿no sabe usted lo que me pasó hará unos quince días en la ermita del Carmen, junto á la Beneficencia?

—No, señora.

—Pues venía yo del puente con mis mantones al hombro, cuando al pasar por la ermita oí los lamentos y gemidos de una muchacha que, entre dos mujeres, lloraba amargamente abrazándolas sin cesar. La niña era hermosa como un serafín; las mujeres lloraban también en silencio, y levantaban las manos al cielo como implorando misericordia. Me acerqué y les dije:

—¿Qué ocurre, buenas mujeres, para desconsolarse de ese modo?

—¡Qué ha de ocurrir! (me contestaron llorosas); que esta muchacha de nuestro lugar se ha quedado sin padre, ni madre, ni parientes, y como nadie en el pueblo ha querido recojerla y nosotras somos tan pobres, la llevamos á la Beneficencia de parte del alcalde.

—¡Pobrecica! (exclamé yo). Y como si la muchacha comprendiese su desventura, prorrumpió en tan amargo llanto y en tan lastimosos gemidos, que se estremecieron hasta las piedras, y nos echamos á llorar las cuatro como unas Magdalenas.

—¡Desventurada de mí, que no tengo á nadie en el mundo! (decía entre lágrimas y suspiros la rapaza) y aquella voz aguda y lastimera taladró mi pecho hasta las telas del corazón. Me

dió un vuelco, una de esas corazonadas irresistibles; me arrojé sobre ella, la estreché en mis brazos, cubrí de besos su cara, enjugué las lágrimas que corrían de sus ojos, y le pregunté por su nombre de pila.

—Me llamo María de las Nieves—me contestó.

—Pues bien, María de las Nieves (le dije), ¿quieres que sea yo tu madre?

—¡Dios se lo pague, madre mía! (añadió la muchacha colgándose á mi cuello). No se pueden ustedes figurar lo hueca que me puse al oírme llamar *madre* por primera vez en toda mi vida. La tomé de la mano, y echamos á andar hacia la Beneficencia. María pasó allí, de manos de las lugareñas á las del director, y después de los papelotes y requilorios de costumbre, de las de éste á las mías.

Y la tía Marimamo, volviéndose á la niña, le preguntó:

—¿No es verdad, hija, que yo soy tu verdadera y única madre?

Por vía de contestación María abrazó á su madre adoptiva, y tirándola de las faldas la hizo levantar; tomó su fardo, y mientras admirábamos tan notable rasgo de caridad en tan vulgar tipo, se despidió de nosotros gritando:

—Pañuelos y mantones, ¿quién compra?



LA PURÍSIMA DE JUANEZ.

CELEBÉRRIMO en los anales de la pintura valenciana es el lienzo hermosísimo de la Inmaculada Concepción, que pintó Juánez para la Compañía de Jesús, y que se encuentra actualmente en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, de Valencia, vulgo de la Compañía, por pertenecer á los Padres de dicha Orden. No todos conocen el piadoso origen de este cuadro; por lo que, para conmemorar de alguna manera el vigésimoquinto aniversario de la Definición dogmática de la Inmaculada, me ha parecido oportuno decir algo acerca del asunto.

Por los años del Señor de 1526, poco des-

pués de la conversión de San Ignacio de Loyola, en Montilla de Guipúzcoa, y de humilde linaje, nació Martín de Alberro. Pastorcillo en su niñez, estudió primeras letras y teología en Valencia, donde se ordenó de presbítero, quedando adscrito á la parroquial iglesia de San Martín. Allí se le apareció la Virgen, de quien era devotísimo, y de resultas de esta visión celestial, cuando ya tenía treinta años, entró en la Compañía de Jesús, el día 11 de noviembre de 1556.

María Santísima continuó dispensando sus favores al P. Martín, modelo de piadosa humildad, y se le apareció de nuevo varias veces, una sobre un naranjo que había en el huerto del Colegio de San Pablo, que por el año 1579 se trasladó al patio de la portería de la Casa Profesa, y otra en su aposento. Como esta última dió origen al lienzo que nos ocupa, paso á referir puntualmente lo ocurrido, y cedo gustosísimo la palabra al autor anónimo de la *Vida del Padre Martín de Alberro, de la Compañía de Jesús*, manuscrito perteneciente al archivo de la Residencia de Valencia, que me ha permitido copiar el ilustre y bondadosísimo Superior actual. Dice así:

«Estando otra vez orando en su aposento, le apareció la misma Virgen y le dijo era de su agrado y servicio le hiciese pintar una imagen

de su Purísima é Inmaculada Concepción, de la misma idea y traza que se le representaba en aquella visión. Vió la más bella de las criaturas en un piélago de glorias, bañada de resplandores, con el rostro más bello y apacible que puede exprimir pluma, ni dibujar pincel, ni formar idea humana. Su traje era monjil blanco, manto azul, tendida la madeja de oro de los cabellos por las espaldas. Su postura, las manos juntas sobre el pecho, los piés estribando en el cóncavo de la luna; en lo alto descubrió hasta medio cuerpo al natural el Padre Eterno y á su Hijo, sumido lo restante en abismos de luz, asidos entrambos de una riquísima corona imperial, que asentaban sobre la cabeza de su Hija y Madre, asistiendo arriba su Esposo el Espíritu divino en el centro de luminosos círculos de rayos, haciendo su personaje de paloma. Alrededor se descubrían, entre lejos de nubes matizadas, países, alegorías y tipos de la Virgen, el huerto cerrado, el pozo de aguas vivas, la fuente sellada, la rosa de Jericó, la palma de Cades, el ciprés de Sión, el espejo sin mancha, la torre de David, la azucena entre espinas, el olivo specioso, el plátano por la corriente, y los demás geroglíficos que hacían lado á aquel bellísimo espectáculo. Proto-tipo y ejemplar mostrado en el monte para hacer según su dibujo

el retrato de la que es verdadero tabernáculo de Dios.»

«Ofreció á la Virgen agradecido la ejecución de tan justa demanda, y reducir á efecto, si humanos dedos podían, tan celestial idea. Florecía entonces en Valencia Joannes, pintor primoroso, y en su arte el primero de aquellos tiempos, y áun en los nuestros es celebrado su pincel valiente, y queda vivo en los colores muertos de bellísimos lienzos que miramos y admiramos. A este hijo suyo de confesión llamó luégo el P. Martín, y le dijo que en todo caso se había de pintar una imagen de la Purísima, declarándole la traza, conforme al ejemplar que le habían mostrado en el monte de la oración. Fuese el devoto pintor, no menos en piedad que en arte insigne, y habiendo bosquejado en un papel lo que antes en su imaginación, llevó el dibujo al Padre; viólo, y dijo: *No está según la idea ni del modo que me ha dicho Nuestra Señora. Hacedlo de otra manera.* Vuelve el pintor con segundo bosquejo, muéstrásele al Padre, el cual, agradao de la traza: *Ea, le dijo, confesad y comulgad con devoción antes que comencéis esta obra, y pedid á Dios y á la Virgen gracia para hacerla como conviene.* Hizo puntualmente Joannes cuanto le dijo el P. Martín, ni tomó vez el pincel, á lo menos para formar las

facciones del rostro, sino confesado y comulgado, y hallándose con aliento y temple especial. Acontecióle volver al Colegio de San Pablo, donde pintaba, y estarse parado mirando con grande atención la obra por gran rato sin dar pincelada, por parecerle que le faltaba el espíritu y gracia que requería aquella figura; y esto no una, sino muchas veces. Y así no es maravilla saliese de sus manos un cuadro tan acabado. Cuya sutileza de arte, valentía de pincel, rara perfección y vislumbres de divinidad que aspira, aseguran fué traza del cielo, declarada por boca de la Virgen á su siervo, y mano superior la que guió los dedos del pintor para sacar á luz tan milagroso retrato, que los pintores más alentados no saben mirar sin pasmo. Pintóse en el Colegio de San Pablo, antes que hubiese Casa Profesa, y cuando la hubo fué la más rica alhaja que se llevaron del colegio los nuevos pobladores, con que adornaron el colateral de la parte izquierda de la iglesia que de emprestado acomodaron, y agora queda en la primera capilla después del brazo diestro del crucero de la nueva.»

Allí permaneció este sagrado lienzo, por Valencia toda venerado, hasta mucho tiempo después de la expulsión de los Jesuítas en 1769, y aún después de la matanza de los frailes en 1836.

La revolución se ceba primero en las personas; pero á la larga tampoco perdona las cosas, aunque sean de gran mérito artístico. Se arrancó el famoso cuadro de su sitio natural, se llevó al Museo, luego á la parroquial iglesia de los Santos Juanes, más tarde á la iglesia de la Compañía otra vez, derruída ésta en 1868 al Museo provincial de pinturas, en donde presidió la principal sala, y reedificada la iglesia de los Jesuítas ocupó de nuevo su propio altar en la capilla inmediata al crucero de la izquierda entrando por la puerta principal.

La imagen de María Purísima, se destaca efectivamente en este famoso lienzo de la manera y figura que queda dicho, al referir la aparición. Sobre cintas, arrolladas en sus extremos, campean las inscripciones siguientes. En torno de la paloma, que preside á la Trinidad Beatísima, dice: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*; y debajo de la media luna, sobre la cual apoya sus piés la Inmaculada: *Pulchra ut luna*. A la derecha, de arriba abajo, al pié de los respectivos objetos simbólicos, artísticamente sobre nubes asentados, se lee: *Stella maris, Turris David, Speculum sine, Cypressus in Sion, Sicut liliun in Oliva speciosa, Puteus aquarum y Hortus conclusus*. A la izquierda, de arriba abajo también: *Electa ut sol, Porta-Coeli, Plantatio*

rosa, Fons signatus, Sicut palma in G., Sicut cedrus y Civitas Dei. El Hijo apoya su mano diestra, en la cual ostenta la Cruz, sobre la cabeza de un ángel, y en el lado opuesto, como si le sirviera de sustentáculo, aparece otro por entre las nubes, sobre las cuales flota el Padre Eterno.

El conjunto deleita piadosamente, y arrebatada.

«Yo ví y adoré en Valencia, aunque indigno, repetidas veces esta sagrada imagen, refiere Palomino en su *Museo Pictórico*¹; y lo que puedo decir es que infunde suma reverencia; que está modestísima y hermosa, con una compostura y honestidad peregrina; pero sin aquellas bizarrías del arte que hoy practican algunos, tan ajenas de la gravedad y modestia de tan superior personaje, que más parecen figuras de farsa, volatines ó danzantes, que imágenes reverentes, modestas y sacras.»

No es de admirar esta diferencia. Recuérdese con cuánta diligencia se preparaba espiritualmente Juánez, confesando y comulgando para pintar, y compárese esta disposición fervorosa con la que, por lo común, anima á nuestros modernos pintores. A este propósito dice el autor antes citado: «Haga aquí reflexión el

¹ Tomo III, pág. 396.

artífice cristiano con qué preparaciones se deben pintar ó esculpir las imágenes sagradas para lograr su debida perfección. Confusión grande de aquellos que, groseramente atrevidos, ponen la mano en tan sagrados simulacros sin más reflexión que un alfarero en la casualidad de sus vasijas, y muchos, hallándose en infeliz estado y en desgracia de Dios. ¡Oh bondad infinita y cuánto tienes que sufrir en nuestra miseria!...¹»

Por error tradicional se viene llamando *Juan de Juanes* al insigne pintor autor de esta Purísima. Aunque Fuente de la Higuera se atribuye este honor, se ignora dónde y cuándo nació; pero según su testamento recibido por Cristóbal Lloréns, notario de Bocayrent, en 20 de diciembre de 1579, su verdadero nombre era *Vicente Joanes*. En castellano indudablemente debe decirse Juánez, así como decimos Martínez, Pérez, etc. Casó con Jerónima Comes, de la cual tuvo tres hijos, llamados Vicente, Dorotea y Margarita; y cargado de virtudes, de honores y de años, en 21 de diciembre de 1579 murió en Bocayrent, donde á la sazón se hallaba pintando el retablo mayor de la iglesia.

El venerable Padre Martín, después de haber predicho con exactitud su muerte, falleció

¹ Tomo III, pág. 396.

en el Señor y en la Casa Profesa de Valencia el día 1.º de septiembre de 1596.

Tan grande fué la celebridad que, aun entre los contemporáneos, dió á Juárez su Purísima, que en las fiestas que celebró Valencia el año 1662 en aplauso y regocijo del decreto de Alejandro VII, expedido en 8 de diciembre de 1661 en honor de la Concepción Imaculada, se pintó una imagen de la Purísima, y al dorso un brazo con un pincel, como quien acaba de pintarla, en cuyo extremo decía:

FECIT.

Lema.

Et macula non est in te.

Letra.

No hallarás defecto en ella
Aunque en censurar te afanes,
Porque es de mano de Joanes.





LAS MALAS LECTURAS.

I

DON HOMOBONO. — La tarde está excelente, señor Cura: deje usted en paz esos librotes y vámonos á paseo.

SR. CURA. — Como usted guste, amigo don Homobono: aún tenía que escribir unas cuartillas para la imprenta; pero lo dejaré para la noche.

H. — Siempre está usted escribiendo.

C. — ¿Qué hacer, amigo mío? Todos escriben y escriben sin dar paz á la mano, ni permitirse momento de reposo, como si el mar se hubiera convertido en tinta, que es preciso consumir, y el hombre fuese un animal escritor. No hay más remedio, pues, que tomar las cosas co-

mo vienen y combatir escrito con escrito y pluma con pluma.

H.—Para eso era preciso que todos supiésemos escribir.

C.—No todos saben; y sin embargo, se escribe como no se ha escrito nunca (me refiero á la cantidad, no á la calidad de los escritos); se escribe sin cesar, se imprime al vapor, y naturalmente, para que tenga salida tanto como se escribe é imprime, se lee con verdadero frenesí. La *monomanía de la lectura* es una de las enfermedades epidémicas de la presente edad. Libros, folletos, periódicos, revistas, entregas, hojas sueltas, carteles, anuncios, esquelas, tarjetas, en confuso y vocinglero tropel y semejantes á caudaloso río que fuera de madre todo lo inunda, encenaga y destruye, salen á todas horas de las imprentas, se esparcen por los cuatro vientos y sepultan á la humanidad bajo letras de molde.

H.—Mejor; un pueblo cuanto más lee, más se ilustra, más sabe, y es, por lo tanto, más feliz.

C.—No opinaba así el ilustre Balmes, que para la adquisición de la ciencia, en vez de mucha lectura, aconsejaba *non multa sed multum*, no muchas cosas, no leer mucho, sino mucho estudio, mucha meditación, y cuentan que practicó admirablemente su propio consejo, dedican-

do más tiempo á la meditación de lo leído que á la lectura misma. En verdad que el fruto por el filósofo catalán logrado no ha de desalentar á nadie.

H.—Se me antoja que la lectura, por mucha y variada que sea, no puede hacer daño.

C.—Pocas son las cabezas organizadas tan vigorosamente como se necesita para que semejante atracón no se les indigeste; y áun, esto conseguido, tales sempiternos lectores llegan á ser eruditos, pero rara vez sabios. No es éste el camino recto y seguro para alcanzar el saber. La generalidad, con tanta lectura, hacen de sus inteligencias verdaderas ollas de grillos, donde todo sucumbe, quedando á lo sumo á flote una pedantería tan infundada como insufrible.

H.—¿Cree usted, acaso, que *todo* no puede leerse?

C.—Está claro: afirmar que todo puede leerse sería lo mismo que decir, que todo puede comerse, incluso los venenos más activos y los comestibles más perjudiciales al estómago. El alimento natural y propio de la inteligencia es la verdad; por lo tanto, todo escrito que contenga algún error ó mentira, debe arrojarse inmediatamente al fuego, como se aparta y se destruye toda substancia nociva y peligrosa.

H.—Pero, santo varón, ¿cree usted posible,

ni verosímil siquiera, que haya quien se gaste el dinero para estampar en letras de molde errores perniciosos ó falsedades mayúsculas?

C.—Por desgracia los hechos hablan más elocuentemente que todas las consideraciones: los malos impresos están perdiendo al mundo.

H.—No comprendo, pues, quién ni para qué divulga esos impresos malditos. Tan increíble me parece eso como si me dijese usted que la mayor parte de los vendedores expenden comestibles envenenados.

C.—Por lo visto, amigo mío, usted no vive en el mundo, sino en el limbo. El espíritu del mal ha procurado siempre sacar todo el partido posible de los grandes inventos, y aunque las primeras imprentas se emplearon en reproducir la Sagrada Escritura, el ingenioso descubrimiento de Guttenberg es hoy el medio más formidable de que se sirve el príncipe de las tinieblas para la perdición de la sociedad.

H.—Como yo leo poco...

C.—Ya se conoce.

H.—Y diga usted. ¿Hay alguna regla sencilla y segura para preservarse de los malos impresos?

C.—Sí, señor; no lea usted, ni permita leer ninguno que no lleve la correspondiente licencia y aprobación de la autoridad eclesiástica.

H.—Perfectamente; pero así me expongo á

no leer muchas cosas buenas, cuyos autores no han querido tomarse la molestia de someter sus libros á la censura eclesiástica.

C.—Los escritores que de católicos se precian cumplen siempre que pueden con este requisito, para todos obligatorio; de manera que poco ó nada va á perder usted absteniéndose de leer los no aprobados.

H.—Perdone usted mi curiosidad; pero quisiera yo saber por qué no conviene leer todo lo que se publica.

C.—Por la misma razón que no debe uno comerse todo lo comestible.

H.—Cuanto más se come, más se engorda.

C.—Según y conforme: puede uno comer tanto que revienta,

H.—Vamos, quiero decir, con tal que lo lleve el estómago.

C.—Muy bien dicho: para que la lectura sea provechosa, necesario es también que la lleve la cabeza. ¿Comprende usted?

H.—Algo; pero quisiera me aclarase usted ese punto.

C.—Ya es tarde, amigo don Homobono: si usted no dispone otra cosa lo dejaremos para mañana.

H.—Perfectamente, señor Cura: prometo recordarle á usted la conversación.

II

H.—Hablábamos ayer de los malos libros.

C.—Amigo mío, los malos libros se publican á millares y tan eficaz y deletérea es su influencia, que las aberraciones más monstruosas y las ideas más disolventes se apoderan sin sentir del ánimo de la generalidad. El santo y seña de todas las sectas revolucionarias puede condensarse, hoy día, en la incompatibilidad que suponen existe entre la religión y la ciencia. El desventurado Draper, en su ruidosa obra titulada: *Historia del Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, ha tenido el triste honor de exponer desvergonzadamente el pensamiento, recogiendo y compilando en su libro todas las calumnias y sandeces inventadas contra la sacrosanta Religión verdadera. No es difícil refutarle, pegándole un revolcón mayúsculo, como sin dejarle hueso sano lo han hecho brillantemente la *Civiltá Católica*, que como todos saben es la mejor revista del mundo, los Padres Mir, Mendive, Cornoldi y Cámara y los señores Ortí y Lara y Rubió y Orts; pero entre tanto el libro ha sido traducido al español, se vende á bajo precio ó se regala, y corre de mano en mano, entre los jóve-

nes sobre todo, trastornando sus tiernas inteligencias y envenenando sus sencillos corazones. ¡Pecado horrible el que cometen esos profesores, que en vez de enseñar la verdad, divulgan la irreligión y la mentira! Sus obras malditas merecen ser quemadas en las plazas públicas por mano del verdugo, como se hacía en otros tiempos.

H.—No será tanto, señor Cura.

C.—Créame usted, don Homobono, no hay verdad, por sagrada que sea, ni principio, por fundamental que se le considere, que no haya sido combatido por los malos libros. Niegan unos el orden sobrenatural, y por ende la existencia de Dios, del cielo, del infierno, de la vida futura, de las penas, de la gloria; la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por lo tanto las prácticas y dogmas todos del Cristianismo, la celestial misión de la Iglesia católica, nuestra madre, y el carácter sagrado de sus ministros; la revelación, los sacramentos, los milagros, etcétera, etc. Equiparan otros la excelente naturaleza racional del hombre á la del bruto más grosero, considerándole: éste (Darwin) primo hermano de los monos antropomorfos, y descendiente todos del primato; aquél (Lamarck) hijo del orangután, del chimpancé ó del macaco; el de más allá, foca transformada; algu-

nos murciélago perfeccionado, y no falta por último quien (Mr. Durant) sostiene muy serio que nuestro único é ilustre antepasado es á todas luces la tortuga de mar. La emprenden muchos con las Sagradas Letras, especialmente con el Génesis; niegan la creación mosaica y lo explican todo perfectamente con millones de billones de siglos, cuyas huellas, más claras que la luz del día, estampadas están en las diferentes capas terrestres, por más que los ciegos de espíritu, como nosotros, nos empeñamos en no verlas. Tratan algunos de la ciencia filológica, y demuestran como dos y dos son cuatro, que los salmos de David, por ejemplo, ni son salmos, ni son de David. Empéñanse otros en dar la razón al que dijo, que la historia moderna es una conspiración permanente contra la verdad, y amontonan falsedades y calumnias contra los héroes del Cristianismo, los Papas, los reyes piadosos, la Inquisición, los Jesuítas, las órdenes monásticas y cuanto hay de más sagrado para el católico y más digno de respeto para el hombre imparcial y sensato. Empuñan no pocos la piqueta reformadora y socialista, y la emprenden con la autoridad, colocando el origen del poder en la ignorancia y costumbres tabernarias de las muchedumbres; con la familia, degradando el matrimonio y proclamando el

amor libre; con la propiedad, asegurando que es un robo; con el trabajo, diciendo que es humillante, y con la pobreza, sosteniendo que es el mayor mal que pesa sobre el hombre, por lo que nadie debe tolerarla ni sufrirla. Afirman los más osados, pero... ¿para qué seguir?...

H.—No es posible tanta iniquidad: exagera usted la situación.

C.—No, señor; no exagero. Por desgracia es tan cierto lo que digo, que me atrevo á formular mi pensamiento de la manera siguiente: las cuatro quintas partes de los libros puestos á la venta, si no son claramente heréticos, al menos saben...

H.—Pero ¿á qué saben?

C.—A herejía, impiedad, irreligión, materialismo, sensualismo, racionalismo, incredulidad; protestantismo, espiritismo, mormonismo, ateísmo, indiferentismo y... á todos los pecados capitales, en una palabra.

H.—Pero, señor, entonces no se puede coger un libro en las manos.

C.—Algo hay de eso: no se deben leer más libros que los aprobados previamente por la autoridad eclesiástica.

H.—Y si se hace así, no se puede alternar en sociedad con ninguna persona ilustrada.

C.—Falso: la verdadera ilustración y la cien-

cia verdadera son hijas legítimas de la Iglesia nuestra madre.

H.—Pero vamos á ver: ¿qué inconveniente hay, por ejemplo, en que lea yo todos esos libros nuevos que ha dicho usted se publican diariamente, no para darles crédito, no señor, ¡Dios me libre! sino únicamente para saber lo que se escribe y nada más?

G.—Uno gravísimo: *que el que no teme el peligro en él perece.*

H.—¡Bah! ¿cree usted que yo soy tan bobo que todo me lo trago?

C.—No, señor, no creo semejante cosa. Pero dígame usted, ¿sabe usted de veras, ó lo que es lo mismo, conoce usted á fondo la teología, la filosofía, la antropología, la geología, la fisiología, la anatomía, la astronomía, la filología, la geografía, la historia, la hermenéutica, la patrología, la arqueología, y mil ciencias más, necesarias para la cabal inteligencia de los libros que hoy se publican?

H.—No, señor; ni siquiera sé lo que significan muchos de esos nombrotos.

C.—Entonces no se exponga usted sin necesidad, pues de seguro perecería usted. Para leer ciertos libros, sin peligro de seducción, se necesitan conocimientos profundos en la materia de que el libro trata, y no todos tienen obligación

de poseerlos. Vea usted, pues, cómo un mismo manjar puede ser inofensivo para unos y verdadero tósigo para otros. Por eso la Iglesia, madre prudentísima, prohíbe á todos en general la lectura de malos libros; pero autoriza á los que reúnen ciertas condiciones para que, no solamente los lean, sino también los estudien y combatan.

H.—Me convenzo, tiene usted razón; pero ¿cómo sabré yo qué libros están prohibidos y no debo leer, por lo tanto?

C.—La sagrada Congregación del Indice tiene ya formado un voluminoso catálogo de libros prohibidos; pero como por lo mucho que se publica no es posible que todos los libros malos estén incluídos en dicho Indice, ni tampoco les es fácil á todos adquirirlo, yo le aconsejaría á usted, que no leyese ni permitiese leer más libros que los terminantemente *aprobados*, de palabra ó por escrito, por la autoridad eclesiástica. Generalmente los buenos libros llevan la aprobación en su primera página.

H.—Así lo haré; pero ¿y los periódicos?

C.—Trataremos de ellos otro día.

III.

C.—La lectura de libros malos causa daños grandes; pero la lectura de malos periódicos los produce infinitamente mayores. El libro, tanto por su coste, como porque la ciencia no está al alcance de todos, tiene una limitada esfera de acción. El periódico, por el contrario, lo invade todo, sin que haya fortuna para la cual sea gravoso, ni entendimiento que no lo comprenda, ni calle que no recorra vociferando, ni casa, por último, donde no penetre, aunque sea por debajo de la puerta. La acción que el libro ejerce sobre las inteligencias es intermitente: los libros perversos, que alcanzan verdadera popularidad y se ven, por lo tanto, en poder de todos los que saben leer, aparecen de tiempo en tiempo. En cambio el periódico es comúnmente diario, sin exceptuar ni siquiera los días festivos, y viene á nuestras manos por la mañana, por la tarde, por la noche y á todas horas; y sabido es aquel aforismo: *Gutta cavat lapidem, non vi sed saepe cadendo*. Y efectivamente, el suscriptor ó lector asíduo de un periódico malo, aunque empiece á leerlo con repugnancia ó poca afición, concluye por identificarse con él, renunciando al criterio propio y buscando la so-

lución de todas las cuestiones en aquellas interminables columnas, á las que el lector se habitúa, pues el hombre se acostumbra á todo, y á las que con el tiempo llega á tomar verdadero cariño. Es muy cómodo no calentarse para nada los cascos, quedando todo reducido á una ligera consulta con este oficioso amigo que tiene la amabilidad de visitarnos diariamente y casi gratis da tono á nuestros pensamientos y norma á nuestra conducta. Ésta es la más segura y perniciosa influencia de los malos periódicos. No se escriben libros para toda clase de gustos; al paso que los periódicos han apurado el diabólico arte de la seducción. La monotonía del libro, dedicado al desarrollo de una idea, es pesada y hasta insufrible para la mayor parte; la enciclopédica variedad del periódico lo hace ameno y manjar á propósito para toda clase de estómagos. En esta vida febril, al vapor, que ahora hacemos, no todos tienen el tiempo necesario para leer libros; pero todos disponen de los minutos indispensables para leer periódicos. Podemos, pues, asegurar que el siglo XIX no solamente es lector, sino con preferencia, *lector de periódicos*.

H.—Vea usted, yo que creía que la lectura de periódicos era conveniente, ó cuando menos inofensiva.

C.—Nada de eso, amigo mío: generalmente hablando, los periódicos son la calamidad mayor que pesa sobre las sociedades modernas.

H.—Por lo visto usted es partidario de aquellos tiempos ominosos en que no se publicaba mas que el periódico oficial.

C.—Yo soy partidario de que se publique todo lo bueno que se quiera, pero nada malo: á la prensa periódica le concedería libertad absoluta para el bien, pero mordaza férrea para el mal.

H.—Vaya, que no es tan feo el lobo como á usted le parece. Los periódicos no se cuidan mas que de su propaganda política, sin meterse en otras honduras.

C.—Prescindiendo de que las políticas hoy en boga son racionalistas, irreligiosas, impías, anticristianas, en una palabra; lo que usted afirma no es cierto. En tales honduras se meten los periódicos, que, por medio de artículos serios algunas veces, y con noticias calumniosas, chanzas irreverentes, anécdotas picantes y sueltos intencionados, siempre, socavan poco á poco los fundamentos sociales y forman esas muchedumbres incrédulas y demagógicas, que Dios destina, sin duda, para castigo terrible y no lejano de las naciones prevaricadoras.

H.—Me parece que tiene usted una propen-

sión irresistible á exagerarlo todo. ¿Pueden darse papeles más inofensivos que los periódicos noticieros?

C.—¿Los lee usted?

H.—Sí señor, me gasto todos los días cinco céntimos comprando uno cualquiera de ellos, y en Madrid lo leo apenas me meto en la cama, y en mi pueblo apenas me levanto, entre sorbo y sorbo de chocolate. Le digo á usted con ingenuidad, que ni cojería el sueño, ni me sentaría bien el chocolate sin el periódico en la mano.

C.—Pues imagínese usted que toma por las noches opio, y por las mañanas dos jícaras, una de chocolate y otra de veneno.

H.—Pero ¿por qué, señor mío, por qué?

C.—Porque la mayor parte de esas noticias, de esos sueltos sin atar, tan mal escritos como perversamente pensados, ó son políticos, pero de mala política, ó son ataques más ó menos embozados al Catolicismo.

H.—Le aseguro á usted que yo no he leído nada....

C.—¿No leyó usted lo del diablo encarnado de Cervera, ni la crucifixión de aquel niño en Cápuá, ni nada respecto al proceso Lambertini-Antonelli?

H.—Sí, señor; pero ¿qué le va usted á hacer? Nada hay más sagrado que un hecho.

C.—Ni nada más infame que una calumnia. Si se suprimiese todo periódico que publica una sola vez una calumnia, pronto volveríamos á los ominosos tiempos de que me hablaba usted antes.

H.—Pero, hombre, y ¿todos los periódicos son malos?

C.—La mayor parte.

H.—¿Qué hacer, pues, para distinguirlos?

C.—Ya que la índole del periódico no se presta á que diariamente lo censure y apruebe la autoridad eclesiástica, conviene evitar la lectura de todos aquellos que, como ha dicho el ilustre Obispo de Plasencia, hacen alarde de *liberalismo*, aun después de haber sido condenado por la Iglesia; ponen en las nubes á todas horas eso que los modernos llaman *progreso y civilización* y que, en realidad, merece únicamente el nombre de *retroceso á la barbarie*; llaman á los católicos *neos, ultramontanos, obscurantistas, fanáticos, exagerados, intransigentes* y les aplican otros mote de este jaez; juzgan y censuran á los Obispos; hacen la tirada de sus números en días festivos; publican en confusa mezclanza, trabajos excelentes de autores católicos al lado de artículos impíos, racionalistas, escépticos, etc. y no tienen, por último, el valor y franqueza de titularse á sí mismos periódicos *católicos*.

H.—¿Y será esto bastante?

C.—Hoy por hoy, sí; pues el dicho calificativo es un sambenito, del cual huyen como de la peste los sectarios todos.

H.—¿Y los semanarios ilustrados?

C.—Estas revistas, exceptuando las católicas, por lo común son enciclopédicas; lo acojen todo en sus columnas, pero predomina en ellas lo malo, pues los escritores católicos se abstienen prudentemente de escribir en tales revistas, para que al amparo de sus firmas de buena ley no circule la moneda falsa. Que imiten, pues, los lectores la conducta de los escritores.

H.—Los grabados, al menos, son inocentes y artísticos.

C.—No siempre: las cosas más santas son á veces objeto de indignas caricaturas.

H.—Convengo en parte con usted, pero veo muy difícil que, viviendo en sociedad, pueda uno preservarse de las malas lecturas.

C.—No tanto, como veremos mañana, si quiere usted que terminemos este importante asunto.

H.—No deseo otra cosa, señor Cura.

IV.

C.—Verdaderamente es difícil abstenerse de malas lecturas viviendo, como vivimos, rodeados de una plaga de libros, folletos, periódicos y toda clase de impresos malos; pero no es absolutamente imposible evitar las enfermedades contagiosas y hasta la misma peste. Ante todo, necesario es al efecto implorar el auxilio de la divina gracia, para que no nos seduzcan y dominen aquellas torcidas tendencias adquiridas en el Paraíso terrenal por la desobediencia de nuestros primeros padres. Nunca debe empezar el hombre ninguna buena obra sin impetrar antes la protección de lo alto. Así lo han entendido y empiezan á practicarlo nuestros hermanos en Jesucristo los católicos italianos, reunidos en el cuarto Congreso católico de Bérgamo. Entre otros acuerdos importantísimos, hé aquí los cinco tomados con el título de «Obra de San Roque» contra la peste de las lecturas perniciosas:

I. Cualquiera puede pertenecer á la Obra de San Roque contra la peste de las malas lecturas.

II. Las congregaciones y asociaciones cató-

licas quedan invitadas para inscribir en ellas á sus individuos.

III. La fórmula de inscripción será la siguiente: «Prometo abstenerme de la lectura de los periódicos malos y de toda publicación irreligiosa é inmoral, á excepción de los casos en que hubiere necesidad reconocida por la autoridad eclesiástica.»

IV. A todos los miembros de la Sociedad se distribuirá un diploma con la siguiente jaculatoria: «Por la intercesión de San Roque, libradnos, Señor, de la peste de las malas lecturas.»

V. Esta sociedad ha sido fundada por el Congreso de Bérgamo, á semejanza de otras análogas fundadas en Inglaterra contra otros vicios por el P. Mathieu.

H.—Me gusta dicha sociedad; pero me parece algo fuerte eso de titularla *Obra de San Roque* ó de llamar *peste* á la lectura.

C.—No lo crea usted. Feliz sobremanera ha sido el pensamiento de poner la sociedad contra las malas lecturas bajo la advocación y amparo de San Roque, abogado contra la peste. ¡Qué mayor peste que los malos impresos! Excelente intercesor para obtener del Altísimo la curación de esta nueva enfermedad contagiosa. Reconocida la oportunidad de la idea y la conveniencia de la obra, estamos en el caso de fun-

darla y propagarla entre nosotros. Agrúpense, pues, asóciense todos los escritores católicos, directores y redactores de las buenas publicaciones, que tras ellos vendrán los suscriptores y lectores todos, formando numeroso y valiente escuadrón, que matará con su desdén perseverante la prensa impía. No puede ser este resultado grandioso obra de un día, pero en estas materias *querer es poder*. Quieran, pues, de veras los católicos suprimir las malas lecturas, y lo demás lo hará Dios por medio de su principal agente, el tiempo.

H.—Perdone usted, señor Cura; pero yo quisiera que, además de la obra de San Roque, que probablemente no se planteará entre nosotros, me diese usted algunos consejos prácticos y de fácil ejecución para librarme de esa que usted llama *peste mortífera*.

C.—La piadosa y firme resolución de no dedicarse á malas lecturas se puede completar por los siguientes medios indirectos:

1.º No comprando ningún libro, folleto, periódico ú hoja volante, cuya publicación no haya permitido la autoridad eclesiástica, y entendiéndose para todo exclusivamente con los libreros católicos. Se fomenta y protege de esta manera el comercio de libros buenos, y se retira todo apoyo á esos lujosos bazares de libros

venenosos. Los cinco céntimos que gastan algunos diariamente en papeluchos callejeros, depositados en una alcancía, producirían anualmente una cantidad no despreciable, que se podría invertir con gran fruto en la propaganda católica. ¿No gastan millones los protestantes en la propaganda del error? ¿Por qué no hemos de gastar, pues, los católicos algunos reales en propagar la verdad?

2.º No suscribiéndonos ni permitiendo suscribir á nuestras familias, deudos y subordinados á ninguna publicación perniciosa.

3.º Contribuyendo todos, cada cual según su fortuna, al sostenimiento progresivo de las publicaciones católicas.

4.º Desacreditando por medios lícitos, esto es, siempre con la verdad en la mano, las publicaciones malas.

5.º Demandando inmediatamente ante los tribunales de injuria y calumnia á todo el que utilice tan viles armas contra la verdad, la Religión y las personas, instituciones y cosas sagradas.

6.º Publicando ó favoreciendo la publicación de refutaciones contundentes de los escritores más cacareados en el campo impío.

7.º Sin faltar á la caridad, que debemos al prójimo, prescindiendo en nuestros escritos de

los comedimientos y consideraciones que á nosotros se nos niegan.

8.º y último. Ahogando el mal, en una palabra, prohibiéndole y reprobándole, con la abundancia del bien. Convendrá al efecto divulgar entre nuestros amigos y conocidos, aunque sea gratis, los buenos impresos; crear bibliotecas parroquiales, y, si fuese posible, buenas lecturas públicas, moralizadoras, pero amenas y gratuitas, que entretengan al pobre pueblo y le aparten de la taberna, del cafetín ó del casino, y por ende de las malas lecturas.

A muchas más consideraciones se presta asunto tan importante y de oportunidad tanta; pero no es hombre don Homobono que guste de extensos, razonados y eruditos discursos, por lo cual dió el señor Cura por terminados estos diálogos y por suficientemente discutido el asunto.





LUJO Y MISERIA.

Es el lujo una de las mayores calamidades de la presente edad. Para formarse idea de este vicio, que corroee las sociedades modernas, basta hacer una excursión veraniega por los lugares balnearios. Santander, Ontaneda, San Sebastián, Caunterets, Bagneres, Eaux-bonnes, Arcachón, Vichy, Baden-Baden y otros cien pueblos escogidos por la moda, son los principales teatros del lujo de verano. Por regla general todo el mundo gasta, en dichos lugares, lo que no tiene. Las aguas minerales ó de mar son el pretexto. La salud no es razón suficiente para que los bañistas hagan vida tranquila é higiénica: el placer es lo único importante.

Teatros, bailes, conciertos, banquetes, juegos de toda clase, incluso los prohibidos, excursiones en burro, caballo y lancha, partidas de caza, paseos á todas horas y exhibición permanente de trajes y trenes; éstas y otras análogas son las costosas diversiones á que se entregan los bañistas durante la temporada de calor. La mujer aprovecha cuantas ocasiones se la ofrecen para deslumbrar y lucir; el hombre concentra sus sentidos y potencias en el tapete verde ó la ruleta, y aguza el ingenio cuanto le es posible para lograr que se deslicen de mano en mano su fortuna y las ajenas. ¡Dichosa edad de oro y tiempos dichosos éstos, en los que todo el que sale de su casa, aunque no deje en ella sobre qué caerse muerto, se presenta convertido en un Nabab, que derrama millones á los ojos del mundo escéptico é indiferente! El desenfreno del lujo es tal, que los antiguos coches de primera, con sus alfombras, mullidos, tapices y caloríferos, han quedado en los ferrocarriles relegados para la gente de poco más ó menos. El mundo elegante viaja en coches alemanes ó ingleses, en este idioma llamados *sleepingcar*, salones lujosamente decorados y provistos de camas, lavabos, confidentes, butacas, tocadores, veladores, etcétera; y en cada uno de los cuales un mozo se encarga de servir á los viajeros lo que les apetece.

Tanta molicie y semejante refinamiento explican hasta cierto punto el socialismo y la guerra sorda y cada vez más encarnizada que á las clases ricas hacen los menesterosos. La caridad y modestia cristianas, son las únicas que pueden suavizar estas asperezas y llenar este abismo.

Pero doblemos la hoja. Se ha dicho que el lujo de los ricos es el sostén de los pobres. Tal vez sea ésta una verdad *teórica* de la flamante economía política; pero la *experiencia* nos dice lo contrario á los que, aunque no somos economistas, tenemos ojos en la cara. Cuanto más desenfrenado es el lujo, mayor es la miseria pública; así al menos está sucediendo en la actualidad. Mientras las clases acomodadas gastan sumas fabulosas en bagatelas, la miseria cunde por nuestros campos y nuestros montes. Acongoja el relato de la penuria sufrida en algunas comarcas durante el invierno último¹. El hambre y la desnudez cebáronse en familias enteras, para quienes la emigración fué infructuosa, teniendo que recurrir por todo consuelo y como si fueran animales feroces á las yerbas silvestres. Pudiera referir más de una escena desgarradora, que de seguro produciría mortal desmayo á esas señoras sensibles que arrastran las blondas y la seda so-

1 Se escribió este artículo en septiembre de 1880.

bre el fango de las calles; pero limito mi narración á un solo caso auténtico, que acaban de referirme en la misma casa donde tuvo lugar.

Una mujer escuálida, andrajosa, que se mantenía en pié á duras penas, gracias al apoyo de su garrote, se presentó en la puerta de cierta casa, implorando la caridad de sus dueños. Acudió una señora á socorrerla y se entabló entre las dos el siguiente diálogo:

—¿Que estás mala, Magdalena?

—Ya lo vé usted, señora; no puedo tenerme derecha.

—Pero, mujer, estando así, ¿por qué sales de casa?

—Porque he sabido que había llegado usted y venía á ver si me daba usted una sábana vieja, pero limpia, para recibir mañana el santo Viático.

—¡Válgate Jesús! ¿En ese caso te encuentras?

—Sí, señora, sí; me muero á pedazos y me parece que no pasaré de mañana.

La señora buscó la sábana y se la dió con otros socorros, haciéndola acompañar á su casa y avisando al médico para que fuera á visitarla. La pobre enferma recibió, en efecto, el santo Viático, teniendo por todo adorno en su cama, una sábana vieja, pero limpia.

Al siguiente día, las campanas de la parro-

quia doblaban á muerto. El médico pasaba por delante de la puerta de la caritativa señora.

—¿Quién se ha muerto, Doctor?—preguntó ésta.

—Una mujer, que creo se llamaba Magdalena.

—¿Y de qué ha muerto?

—Vergüenza dá decirlo, señora; pero se ha muerto de miseria y de hambre.

Sobran los comentarios y las comparaciones son inútiles.





NUESTRA SEÑORA DE MONCAYO.

I

TODO el mundo sabe que el monte más alto de Aragón, después de algunos picos de los Pirineos, es el Moncayo. Lo que no saben todos, es que en este célebre monte, cuya atrevida cumbre oculta sus nieves casi perpétuas entre nieblas y nubes, recibe fervoroso culto, bajo la advocación de Nuestra Señora de Moncayo, una imagen de la Virgen. El modesto santuario en que se venera fué cedido por los monjes de Veruela al Cabildo catedral de Tarazona en 1441. Su cuidado corre desde entonces, á cargo de un señor canónigo llamado Ministro, y de un sacerdote que para dar el culto debido á la Virgen, reside en el monte du-

rante el verano. Llegado el invierno, se tapian convenientemente las ventanas y puertas de la iglesia y caserío, retíranse todos, y allí quedan, la sagrada imagen encerrada en su ermita y los edificios abandonados á las tormentas y nieves. La antigua ciudad de Tarazona profesa especialísima devoción á su Virgen de Moncayo. La víspera de la Visitación sube todos los años al santuario procesionalmente y en rogativa. Encontrándome allí oportunamente, quise aprovechar la ocasión y subí también. Lo que ví y sentí lo sabrá quien leyere lo que sigue.

II

A las dos de la noche del día 1.º del actual¹ los graves sonos del tambor oíanse por las calles de Tarazona, despertando á los devotos de Nuestra Señora de Moncayo. A las tres un señor Canónigo dijo Misa rezada en el altar mayor de la Catedral, que fué oída por las comisiones y algunos fieles, mujeres la mayor parte. Terminada la Misa se cantaron una salve á la Virgen y otras preces, y salió la procesión. Rompía la marcha un dependiente municipal tocando el

¹ Julio de 1876.

clarín; venían después la cruz del Ayuntamiento (privilegio especial del de Tarazona), unos veinte cofrades de San Lamberto en representación del gremio de labradores, los músicos y cantores de la Catedral, la comisión del Cabildo compuesta de dos canónigos y dos beneficiados, la del Ayuntamiento formada por un alcalde, tres concejales y el secretario, y por último, una turba de mujeres. Los sacerdotes, cantores y monaguillos llevaban tricornios en vez de bonetes. Fuera ya de la ciudad, junto á la cruz de piedra, deshízose la procesión, regresaron las mujeres á Tarazona y montamos los demás en las caballerías preparadas al efecto.

La comitiva vadeó el río Queiles, atravesó los pueblos de Santa Cruz y San Martín, y aunque veníamos subiendo desde Tarazona, empezó en Mata-puente la verdadera ascensión. Mi guía, con el misericordioso propósito, sin duda, de darme una lección de la geografía física de aquel país, cantó la siguiente copla:

Vera y Veruela,
Trasmoz y Litago,
Son cuatro lugares
Al pié del Moncayo.

No pueden ser más pintorescas sus vertientes. Claros, frescos y bulliciosos riachuelos, que descienden entre piedras y verdura, murmuran-

do quizá del terreno que forma su cauce; gracias grupos de rebollos, bosques umbrosos de majestuosas hayas, praderas matizadas de flores, fuentes abundantes de nieve derretida, pendientes escarpadas, valles deliciosos y peñascos en cuyas quiebras el chordón crece, son bellezas naturales más que suficientes para convertir en no interrumpido vergel las laderas del Moncayo. A medida que se asciende vá disminuyendo la vegetación y aumentando lo quebrado y difícil del terreno. El camino se retuerce entonces como una culebra, y haciendo pronunciadas y continuas eses se dirige al santuario. El tan celoso como ilustrado Ministro actual, canónigo don Ignacio Albericio, se propone convertirlo en carretera, á cuyo efecto cuenta únicamente con la caridad de los devotos de María. Los que quieran contribuir con sus limosnas pueden remitirlas á dicho señor en Tarazona. Con la carretera dicha, el santuario ganará mucho, redundando todo en mayor honra y gloria de Nuestra Señora de Moncayo.

Unos cien pasos antes de llegar al caserío se formó de nuevo la procesión; salieron á recibirla, procesionalmente también, el Ministro y el Capellán de la Virgen, y reunidos todos, entonando cánticos religiosos, que cual música de ángeles se extendieron por aquellas cumbres,

penetramos en el templo. No sé qué de imponente y majestuoso tienen las grandes alturas; pero lo cierto es que parecen hechas para poner más fácilmente en comunicación á la criatura con el Criador. Figúranse los ojos que casi tocan la bóveda celeste, mientras los corazones suben sin trabajo hasta el trono del mismo Dios. ¿Será ésta la causa de que los montañeses sean más piadosos y creyentes, por lo general, que los habitantes de las grandes llanuras?

El caserío, formado por un solo, largo y bajo edificio, compuesto de la iglesia y tres casas, destinadas al Cabildo, al Ayuntamiento y á los labradores, está construído en una explanada que á mitad de su altura forma el monte y al abrigo de un peñasco enorme y negruzco, por lo cual, sin duda, en documentos antiguos se le dá á la imagen el nombre de Virgen de la Peñanegra. Sobre la piedra más alta del peñón campea una cruz de hierro, como dando á entender que no hay nada, por elevado y grande que sea, que no haya sido dominado y vencido por el signo adorable de nuestra redención. Fuentes, más que frescas, heladas y abundantes, descienden ruidosas y juguetonas en gran número de aquellos riscos, alrededor del santuario. La más famosa, por la frialdad de sus aguas, es la de San Gaudioso, junto á la cual

hay una ermita dedicada á este santo. En tiempos mejores hubo otras ermitas semejantes esparcidas por aquellos picos. La iglesia de Nuestra Señora de Moncayo es pequeña, de una sola nave rebajada, y está desprovista de todo adorno arquitectónico. El altar de la Virgen, que es el mayor, es bonito, y la venerada imagen, de dulce aspecto, lleva en la mano derecha un ramo de flores y un rosario, y al divino Niño en la izquierda. En un pequeño altar lateral se da culto á la Virgen del Haya. Según piadosa tradición, esta pequeña imagen se apareció á un pastor de Ablitas entre el ramaje de una de las muchas hayas que crecen en las faldas del Moncayo. El favorecido la llevó á su lugar y se la entregó á su mujer. Ésta, estando el pastor su marido ausente, vendió por unos sueldos la imagen á una convecina suya, y disgustada la soberana Señora desapareció, encontrándola nuevamente el pastor en la misma haya; por lo cual la subió al santurio del monte y allí continúa.

Durante los días 1 y 2 del actual tributáronse solemnes cultos á Nuestra Señora de Moncayo en su iglesia, cantándose las horas canónicas todas como en la Catedral de Tarragona. Las mujeres de los pueblos próximos obsequiaron también á la Virgen, entonando

arrodilladas ante el altar los gozos y canciones compuestas por ellas en demanda de buenas cosechas, agua, salud y demás dones terrenales. Tanta sencillez y fervor tanto no pueden menos de ser oídos por la excelsa Soberana del alto monte. El día 1 por la noche se encendió una gran hoguera; el 2 á medio día se repartió una comida á los pobres, y por la tarde, después de Vísperas, se descendió, regresando á Tarazona en la misma forma que se había subido, con la diferencia de que llevábamos todos en la mano un ramo de acebo en señal de peregrinación. El Cabildo catedral, el Ayuntamiento y la ciudad toda salieron procesionalmente al encuentro de los romeros, y reunidas ambas procesiones encamináronse á la Catedral, donde terminó esta solemnidad religiosa.

III

¿Creerás, tal vez, lector amigo, que bajé del Moncayo sin subir á la cumbre? Pues te equivocas, y perdóneme la Virgen esta digresión. En prueba de ello tómate la molestia de leer las siguientes líneas, que encuentro en mi cartera: «Son las 6 de la mañana del día 2 de julio de 1876. He salido á las 4 de la ermita, y me en-

cuentro en el pico más alto del Moncayo, llamado, según me han dicho, el cerro de San Gabriel. Estoy á 2.500 metros sobre el nivel del mar. Toco unas nubes con mis manos, mientras otras se ciernen bajo mis piés. Espacios inconmensurables se extienden ante mis ojos. Tantos son los montes, valles, llanuras, pueblos y ciudades que tengo á mis plantas, que el ojo no alcanza á distinguirlos. Únicamente el Ebro se desarrolla á mi vista como una interminable cinta de plata.» ¡Lorado sea Dios, que permite la contemplación de tales panoramas, y bendita sea una y mil veces Nuestra Señora de Moncayo!





VISITA EJEMPLAR

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

TRANSITABA mucha gente por una de las principales calles de cierta populosa y católica ciudad. En opuestas direcciones corrían estrepitosamente los carruajes de lujo, sin que sus dueños orgullosos se cuidasen para nada de la multitud atropellada por sus ruedas y caballos. Algunos carros de transporte aumentaban la confusión. Movidos por el afán del negocio, los transeuntes iban y venían sin mirar siquiera á los que pasaban á su lado. Tal vez era yo el único que, caminando lentamente y recibiendo codazos y pisotones, contemplaba aquella animación y movimiento, propios de toda gran ciudad, entregada en cuerpo y alma á los quehaceres terrenales.

¿No habrá entre esta muchedumbre, pensaba yo, uno siquiera que se ocupe en el gran negocio de la salvación y por él se mueva y se afane?

Es indudable; ciudad tan renombrada por su catolicismo, no puede menos de dedicar gran parte de su vida á los negocios del alma. Quizás aquellas dos elegantísimas damas, que medio tendidas sobre los cojines de seda de su landó cruzan la calle, llevan la alegría y abundancia al hogar del triste y menesteroso. Pero nó; pára el carruaje ante una perfumería, apéanse las señoras y las pierdo de vista. Estos jóvenes elocuentes y bulliciosos hablan de ciencias, letras y artes. Tal vez vayan á alguna academia católica. Me equivoqué; penetran en el Ateneo científico, literario y artístico, que tiene carácter eminentemente racionalista. Aquellos caballeros respetables, de largas patillas y sombreros de copa de ala ancha, que caminan pausadamente y hablan á media voz, ¿representan, por ventura, asociaciones benéficas y se ocupan en alguna grande obra de caridad? Tampoco; deben de ser agentes y banqueros, puesto que se dirigen á la bolsa. ¿A dónde irán estos menestrales? Han terminado el trabajo del día, y corren á sus casas á cambiar de ropa para pasar la noche en el café. No te canses, me dije por fin, la piedad ni

mete ruido, ni se pasea inútilmente por calles y plazas. Acude á las iglesias, si quieres conocer por tí mismo la religiosidad de esta población.

Esto pensaba, cuando puse los ojos en un mozo de cordel que tiraba de un carrito de mano, abriéndole paso á duras penas y poco á poco entre la muchedumbre. Un anciano, al parecer paralítico, escuálido y pobremente vestido, iba sentado en el carrito con las piernas colgando y una tosca muleta á cada lado. Sentado el pobre viejo sobre sucia estera, se agarraba á los palos del carrito para no caer, mientras el mozo tiraba sin miramiento alguno. Durante la marcha, las colgantes piernas del enfermo mecíanse, cual miembros sin vida, á impulsos del incesante balanceo y bruscos movimientos del vehículo. Me inspiró compasión aquel desventurado y le seguí. Media hora después se detenía el carrito á la puerta de una iglesia, situada en las afueras de la población, donde se celebraba el Jubileo de las Cuarenta horas. Entre el mozo y unos pobres, que pidiendo limosna estaban á la puerta del templo, incorporaron al semi-paralítico, le quitaron la mugrienta gorra, colocaron las muletas bajo sus brazos, y medio arrastrando los piés, y sostenido por todos, entró en la iglesia.

La curiosidad me acercó á una de las muje-

res que allí pedían limosna, y poniendo una moneda en su mano entablé con ella el siguiente diálogo:

—¿Conoce usted á ese pobre viejo?

—Sí, señor; hace muchos años que viene á las Cuarenta horas.

—¿Y por qué no lo traen en un carruaje más cómodo?

—Porque es casi tan pobre como yo, que tengo que pedir limosna. El carrito le cuesta dos cuartos por hora de alquiler; le dá un real al mozo que lo trae, y con doce ó catorce cuartos, aunque está impedido, todos los días hace su visita á Jesús sacramentado. Si tomase un carruaje le costaría lo menos dos pesetas, una la ida y otra la vuelta y el buen señor no puede con tanto gasto.

—¿Tan pobre está?

—Tanto, que viste mal y come peor, por tener la dicha de hacer esta visita.

—¡Es admirable!

—Mejor diría usted *un santo*, que con muletas, carro y todo se colará en el cielo.

—¿Admitirá algún socorro?

—Pienso que no. Estuvo rico en otros tiempos, y mientras pueda pasar con lo que le queda, no quiere hacernos mal tercio á los verdaderos pobres.

Entré en la iglesia, y junto á la pila del agua bendita ví á mi héroe de pié, apoyado en sus muletas y en una columna, contemplando al Santísimo, extasiado y con el rostro inundado en lágrimas inefables.

Yo, en cambio, tenía el corazón duro y seco como una piedra: muchos que hasta podían ir á las Cuarenta horas en cómodos y lujosos coches no iban; y la muchedumbre continuaba agitándose en la ciudad en pos de los negocios de este mundo.





EL DIQUE DE CAÑAS.



PERO ¿qué quiere usted que haga yo, infeliz de mí? Yo nada valgo ni sirvo para nada.

Así se expresan muchos católicos, contestando al que les echa en cara su inacción, apatía é indiferencia, y se quedan tan frescos y tranquilos como si prueba concluyente legitimase su conducta y opusieran razones incontrovertibles al amonestador entremetido.

Nó, católicos hermanos míos, que anteponeís á todo vuestra cómoda quietud, nó; semejante manera de discurrir ni es lógica ni conveniente. Oidme con calma, y con la ayuda de Dios, me prometo demostrarlo.

Vivimos en tiempos de lucha y de guerra

sin cuartel. Parece que el Omnipotente tolera á las potestades del Averno que, desparramándose sobre la faz de la tierra, acosen y persigan sin descanso á la Iglesia nuestra madre. Sólo así se comprende que se haya desencadenado en el orbe católico tan furiosa tempestad contra la Roca inamovible.

¡Qué espectáculo! Las aguas suben y suben sin cesar; montes de bramadoras olas se estreñan contra la piedra angular, como si fuesen á sepultarla para siempre en los abismos; negruzcos nubarrones se ciernen sobre el místico Edificio, rasgándose tan sólo para que le veamos bambolearse á la siniestra luz de rayos y relámpagos, precursores de truenos horrísonos; treme la tierra cual si quisiese sacudir carga tan augusta; y todo se conjura contra el erguido Anciano que, con tanta bondad como energía y lleno del espíritu de Dios, rige la nave de la Iglesia desde el místico Gólgota del Vaticano.

¡Pobres de nosotros! ¿Qué hacer para contrarrestar empuje tan formidable?... ¿Qué hacer? Cuando el enemigo apresta sus fuerzas todas para el combate, ¿es prudente cruzarse de brazos?

—¿Pero qué podemos hacer nosotros, infelices? Abandonados por los poderes todos de la tierra, sin riquezas, sin talento, sin ciencia, sin

organización, sin caudillo, sin nada, ¿qué quiere usted que hagamos?

—Lo primero reformar tan errónea opinión acerca de vuestro propio valimiento. Cada católico es un soldado del ejército de Cristo, que *militia est vita hominis super terram*, como decía el pacientísimo Job; y doscientos sesenta millones de soldados; que es el número de los católicos del orbe, componen tan formidable ejército, que de seguro no se encontraría en el globo quien le hiciera frente. De granos de arena constan los inmensos desiertos africanos, y de gotas de agua el inconmensurable mar. Traiga cada uno su correspondiente grano de arena ó gota de agua, y el resultado será tan magnífico, que de seguro sorprenda á sus mismos autores.

Verdad es que han abandonado á la Iglesia las potestades todas de la tierra; pero por encima de las más poderosas fuerzas humanas está Aquél que todo lo puede, Rey de reyes y Señor de los que dominan, que *deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*.

Cierto indudablemente que somos pobres, pero en medio de nuestra pobreza hemos sabido sostener magníficamente al Mendigo augusto del Vaticano, sin olvidar un segundo que el dueño de las riquezas todas *esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes*.

No consiste el verdadero talento en juzgar de las cosas y de los hombres solamente con los elementos racionales, dentro de ese naturalismo exagerado que apoderándose vá de las inteligencias, nó. La Providencia, aunque inescrutable en sus designios, es un factor esencial para la resolución de todo problema. Menguado talento y previsión menguada la de aquellos hombres que tienen ojos, pero no ven, y en presencia de los más grandes acontecimientos no exclaman asombrados: *¡Dei digitus est hic!*

Tampoco nos falta la verdadera ciencia. Los hombres más eminentes en todos los ramos del humano saber, han vivido y viven en el seno del catolicismo, y á su propagación y defensa han consagrado sus talentos. La que orgullosamente se titula *ciencia moderna*, como si la verdad tuviese edades, es un conjunto de aberraciones maliciosas que, lejos de perfeccionar al hombre, le embrutecen y degradan. No es temible un cuerpo de doctrina que busca su fundamento en la corrupción. Corruptores y corrompidos, convertiranse á la postre en podredumbre hedionda, mientras la ciencia católica se enseñorea de las inteligencias y conserva puros los corazones.

El ejército de Cristo tiene también una organización potentísima que le es natural y propia. Identidad de creencias supone identidad de

acciones y estas dos identidades son la garantía mejor de la unidad de acción y de fin. Personificada esta unidad de acción en el Supremo Jefe, colocado por el mismo Dios para gobernar la Iglesia, á cuyo efecto se sirve de una inmensa red de coadjutores y operarios, que abarca al mundo todo entre sus mallas, nunca la organización católica ha sido tan perfecta y poderosa como en los calamitosos tiempos presentes; nunca, tanto los corderos como las ovejas, han vivido más estrechamente unidos á su sagrado Pastor, que es el caudillo indefectible del gran ejército.

¿Cuáles son, pues, nuestras armas?

Aunque parezca paradójico, el gran ejército cristiano no fía la potencia de su brazo indomable, ni en la diplomacia, ni en el oro, ni en los fusiles, cañones y buques acorazados, ni en arma alguna material. Nuestras armas son de otro temple y de más eficaces resultados; no cuestan millones, y almacenadas pueden estar lo mismo en el pecho de los potentados, que en el de los humildes. Estas armas misteriosas son la fe, la caridad y las buenas obras.

La fe traslada los montes, Dios es todo caridad, y las buenas obras cambiarían en poco tiempo la faz de la tierra convirtiéndola en morada de ángeles.

¿Dudáis de la eficacia de estas armas místicas? Hagamos la prueba. Oremos sin descanso para que se aplaque la divina justicia y ceda su puesto á la misericordia. Para que se corrijan los demás, empecemos la corrección por nosotros mismos, y seamos verdaderamente buenos y virtuosos si queremos que la virtud y la bondad habiten en el mundo. Amemos no solamente á nuestros amigos y bienhechores, cosa fácil y grata, sino también á nuestros perseguidores y enemigos para que depongan su enojo en brazos de nuestra caridad. Defendamos sobre todo valerosamente la santa causa de Dios y de su Iglesia santa, sin prudentes contemplaciones ni cobardías criminales. ¿Os parece el caso empresa temeraria é ineficaz? Leed, pues, el siguiente apólogo que, para concluir, tomo de cierto discurso de un Prelado eminente:

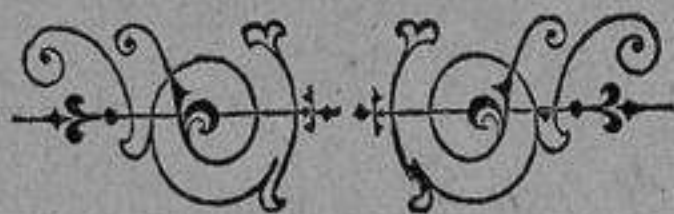
«En las riberas de Holanda se encuentran inmensos terrenos, donde el mar inutilizaba de tiempo en tiempo las labores del agricultor. Los arquitectos, los matemáticos y los ingenieros no habían podido, á pesar de su ciencia, á pesar del granito y de los cimientos, detener las olas del Océano.

»Y hé aquí que en nuestros días halló un humilde paisano, en débil caña, un dique más eficaz que el imaginado por la ciencia. Dicha

caña es la llamada por los botánicos *arundo arenaria*.

»Se planta por la primavera en las arenas del mar, y con las ramificaciones profundas y múltiples de sus raíces dá al suelo una resistencia que desafía todos los asaltos de la tempestad. Y gracias á sus plantaciones los holandeses reconquistaron una porción de sus tierras.

»Decís que no sois más que una caña. Sea. Pero esa caña ¿no saca su savia de la tierra de la Iglesia? Extended, pues, vuestras raíces con vuestra fe, con vuestra caridad y con vuestras obras. Opondréis así á las tempestades revolucionarias resistencia más eficaz, que la que ofrecen todos los poderes combinados del oro y de la fuerza. Colocaréis un dique en que vendrán á estrellarse todos los esfuerzos de la revolución, y guardaréis para la Iglesia y para la patria las fronteras que supo defender y conquistar la bravura de vuestros antepasados.»





A FUERZA DE TRABAJO.

I

Los que no comprenden que el hombre pueda ser feliz mas que rodeado de riquezas, placeres, comodidades y diversiones en los grandes centros de población, que tengan la paciencia de leer lo que sigue.

II

Salí ayer tarde con el señor Cura párroco de mi lugar, y casi sin advertirlo tomamos la orilla izquierda del río, que torciendo el paso entre juncias y sargales, atraviesa este vallejo.

—¿Vamos á la masada del tío Lorenzo?—me preguntó.

—¿Cuánto dista?

—Una hora escasa.

—Vamos allá—contesté.

Siempre río abajo y á paso regular, llegamos pronto al fin del valle. Las dos cadenas de montañas que lo componen, aproxímanse gradualmente y estrechan tanto el cauce del río, formando un barranco profundo, que no parece sino que intentan besarse por encima de las cristalinas ondas. Las rocas de uno y otro lado están como cortadas á pico, y en sus riscos, quiebras y mesetas crecen arbustos y yerbas aromáticas de todas clases. Tosco azud de ramas y piedras, que el río cruza, surte de agua á dos acecuelas, abiertas en la misma roca, que corren por uno y otro lado del barranco, llenándolo todo de murmurios y frescura. Pasado aquel estrecho, vuelven á separarse poco á poco las montañas y en forma de zig-zag componen un angosto y largo valle, pequeño oasis en aquel desierto de áridas y escarpadas rocas. El río corre por el centro, perfectamente encajonado entre álamos y sargas. Angostos huertecillos, sembrados de judías y patatas, y sombreados por nogales, ciruelos y acerolos, se extienden en ambas orillas, como descendiendo de aquellos montes. ¿Quién no recuerda, al verlos, los siguientes hermosos versos de Fr. Luís de León?

Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Saltó una liebre de entre unas matas próximas y echó á correr por los montes de la izquierda, mientras el ruidoso aleteo de una perdiz, nos hizo volver la cabeza al lado opuesto.

—Lo que sucede siempre (dijo el señor Cura); al cazador leña y al leñador caza.

Prosiguiendo nuestro paseo, en la parte más ancha del vallejo, vimos sobre el río un puente rústico y enfrente, hacia la izquierda y al abrigo de la montaña, una casa de labor, baja de techo y bastante fea, pero con todas las dependencias necesarias para la vida y el cultivo, tales como corral, paridera, pajar, era, horno y establos.

Las esquilas del ganado se oían en las laderas próximas; las cabras hacían prodigios de agilidad y de equilibrio en los despeñaderos de enfrente; las palomas y gallinas buscaban insectos y semillas, y picoteaban tranquilamente la yerba en las inmediaciones de la casa; y dos regulares hacinas de dorada mies ocupaban la era.

III

Estamos en la masada del tío Lorenzo. Al ruido de nuestros pasos presentáronse en el umbral de la puerta de la casa una mujer y un perro. Este nos recibió gruñendo y ladrando: aquélla se deshizo en sonrisas y saludos, sacando inmediatamente dos sillas de esparto para que nos sentásemos en la esplanada de la puerta á la sombra de copudo nogal, cargado de nueces gordas y verdes. Al notar la actitud pacífica y amistosa de su dueña, cesó el perro de ladrar, dió unas cuantas vueltas en torno nuestro husmeando la ropa y moviendo la cola, y concluyó por marcharse á la era, en donde se enroscó sobre la paja.

—Buenas tardes, tía Anacleta.

—Las tengan ustedes muy buenas. Vaya, vaya ¿quién había de esperar á sus mercedes por aquí?

—Insensiblemente hemos venido paseando.

Nos sentamos.

—¿Tienes agua fresca?—preguntó el señor Cura á la masadera, limpiándose entretanto el sudor con descomunal pañuelo de algodón á cuadros.

—Sí, señor; pero les haría á ustedes mal, que vienen acalorados.

Entró en la masada, tomó una limpia jarra de loza, volvió á salir y se puso á gritar:

—¡Tíquía, tíquiaa, tíquiaaa...! Toma, cerrinegra, toma.

Una hermosa cabra blanca, manchada de negro, bajó enseguida brincando y se acercó á su ama. Esta la ordeñó con limpieza y habilidad y nos entregó la jarra. Bebimos la mitad de la leche cada uno; se sentó la tía Anacleta en el suelo sobre sus talones, y entablamos la conversación que sigue:

—Bien están ustedes aquí, tía Anacleta (dije yo). Esto es tranquilo y hermoso.

—Muy bien, sí, señor: continuamente estoy dando gracias á Dios, porque me ha favorecido más de lo que merezco. Mi Lorenzo, que en paz descansa, era un marido de lo que no hay, tan trabajador, tan buenazo... ¿Pues y mis hijos? Tengo cuatro, tres mozas y un mozo, y, que lo diga el señor Cura, los cuatro son más buenos que el pan y á cual mejor. Ellos no tienen más delirio, ni piensan en otra cosa, mas que en dar gusto á su madre. ¡El Señor me los conserve!

—Satisfecha puedes estar; que el día que os casasteis, teníais lo que yo ahora en la mano.

—Verdad es, señor Cura; pero en cuanto nos bajamos á vivir aquí, parece que el Señor nos echó la bendición con la mano derecha. Le dieron á mi Lorenzo, que en gloria esté, unos cuarenta duros de la casucha que heredó y vendió en el pueblo. Con tales dineros compramos estos huertecillos, que entonces eran unos cantarrales abandonados; hicimos una barraca para vivir, y empezamos á trabajar como unos negros. *A fuerza de trabajo*, mi Lorenzo, que Dios haya, picó en la peña viva esas dos acequias, con las cuales regamos ahora lo que siempre ha sido secano; *á fuerza de trabajo* enderezó y encauzó el río, que antes se metía en todos estos campos como Pedro por su casa, destruyendo en pocas horas las labores de años enteros; *á fuerza de trabajo* convirtió en vega los cantarrales y plantó los árboles que ven ustedes; *á fuerza de trabajo* roturó quién sabe las tierras de pan llevar por esos cerros; *á fuerza de trabajo* hizo el puente, la casa, el corral, la paridera, el horno, las cuadras, el pajar, la era y... ¡qué se yo! Con decirles á ustedes que aquí no se paraba mas que los domingos y fiestas de guardar, está dicho todo. Al romper el día ya estábamos trabajando, y muchas veces se nos echaba encima la noche sin haber suspendido la faena mas que para comer.

—Y las bestias, ¿cómo las comprasteis?

—Señor Cura, los animalicos á fuerza de honradez y de ahorros. Como, gracias á Dios, ni mi marido, ni mis hijos han tenido nunca vicios, una vez comidos y vestidos, ya estaba el gasto hecho.

—¡Es admirable! ¿Tampoco iban á la taberna del lugar?

—¡Jesús! ¡pobrecicos míos! Mi difunto ni bebía, ni fumaba, y mi hijo es un vivo retrato de su padre. Al lugar no subimos mas que para ir á Misa, á Vísperas y al Rosario.

—Es mucha verdad: nunca faltan.

—¿Y todo esto es de ustedes, tía Anacleta?

—Y de ustedes también, sí señor. Tengo además unas cien cabezas de ganado lanar, cincuenta cabras, un par de mulas de labor, una vaca, dos cerdos y una burra.

—En resumen (dije yo), empezaron ustedes con cuarenta duros. ¿Cuánto calcula usted que vale la masada con todas sus dependencias, inmuebles, semovientes y aperos?

—A punto fijo no lo sé (contestó la masadera); pero yo no la daría por cinco mil duros.

—¿Y la felicidad que aquí disfrutaban ustedes?

—Esa no tiene precio, señor, y sólo puede cambiarse por la gloria, que esperamos nos conceda á todos la misericordia divina.



PERO... QUÉ HAN HECHO LOS FRAILES?

EL año de 1880 corona sus hazañas y se despide con un crimen horrendo, católica y socialmente hablando. En Francia la infortunada, nuestra vecina, los religiosos habitantes de *doscientos sesenta y un conventos* han sido sacrílegamente arrojados de sus casas por un gobierno compuesto de francmasones y sectarios. Y decimos que á la luz del Catolicismo esto es un *crimen*, porque la Iglesia católica es una sociedad perfecta, con su autoridad, fieles, fines y medios característicos y propios; una sociedad independiente de las sociedades políticas, anterior á todas ellas en orden al tiempo, pues ya no existe ninguna que

se remonte á la época de su fundación, superior á todas juntas, como son siempre superiores los fines sobrenaturales á los fines naturales y terrenos; una sociedad, por último, que tiene el derecho perfecto de administrarse como lo estime conveniente para la mejor consecución de sus santos fines. Y en su alta sabiduría, dicha Iglesia aprobó los institutos religiosos de todo género, y los considera, no solamente útiles, sino hasta necesarios para el buen régimen y dirección espiritual de las sociedades cristianas.

Pero la expulsión de los religiosos es además en Francia un crimen *político-social*, porque se ha ejecutado, no en virtud de una ley discutida y aprobada por las Cámaras y sancionada por el Presidente de la república, sino resucitando vetustas disposiciones legales, caídas en desuso, y por medio de simples decretos atentatorios á leyes fundamentales, que garantizan los más preciados derechos de los ciudadanos habitantes de la república. Más aún: aunque el gobierno francés estuviera legalmente autorizado al efecto, siempre sería un contrasentido repugnante y un crimen político disolver violentamente asociaciones, no sólo morales, sino hasta santas, en nombre de la *libertad de asociación*; impedir que los Jesuítas

enseñen, en nombre de la *libertad de enseñanza*; prohibir el uso público de los hábitos monacales, en nombre de la libertad omnímoda que para vestir como se les antoja disfrutan los demás ciudadanos; expulsar del territorio de la república á los frailes extranjeros, en nombre de la hospitalidad y amparo que con gusto dispensan á los reos políticos de todo el mundo y á los mismos deportados de Numea; tiranizar, en una palabra, á hombres indefensos y benéficos, en nombre de la *libertad*. ¡Santa y verdadera libertad, cómo te han puesto los revolucionarios liberticidas, que á fuerza de manosearte te ahogan y convierten en sarcasmo sangriento!

Grandes iniquidades y desafueros, no previstos ni penados por las leyes del país (dicen ciertos imbéciles), habrán cometido los frailes, cuando de tan inícuca manera se les trata. Otros, de esos que por efecto de su indiferencia criminal y supina ignorancia viven en perpétuo limbo, preguntan recelosos y como asombrados: Pero... ¿qué han hecho los frailes?

A unos y otros se puede dar contestación satisfactoria y cumplida con dos adarmes de sentido común y la historia en la mano. Porque, en efecto, los frailes arrojados de sus casas en Francia, como todos los frailes del mundo, empezaron su carrera de espinas cometiendo el

crimen inaudito de renunciar al mundo, sus pompas y vanidades, para consagrarse á Dios por medio de solemnes votos de pobreza, castidad y obediencia. Muchos de esos hombres, perseguidos hoy cual si fueran criminales, llevaban en el mundo nombres ilustres, pertenecientes algunos á las primeras casas de Francia; ocupaban altos puestos; disfrutaban pingües rentas; tenían asegurado brillante porvenir científico, literario ó artístico; y eran objeto, en una palabra, de todo género de consideraciones sociales. No obstante, almas de temple superior, en vez de utilizar tales proporciones y ventajas para engolfarse en los placeres del siglo, á todo renunciaron gozosos por consagrarse á la gloria de Dios y provecho de sus hermanos. Lo mismo al romper el alba que al ponerse el sol, tanto durante el bullicio del medio día como en el silencio y obscuridad de las altas horas de la noche, los rezos y cánticos de los religiosos suben sin cesar al trono del Altísimo, contienen su airada mano, alcanzan lluvia copiosa de beneficios para los mortales, y con áncora y cadena de oro anclan el bajel de este mundo en los puertos celestiales. Mucho se ha declamado contra las Órdenes religiosas en general y las meramente contemplativas en particular. Pero ¿qué sería de nosotros sin los ruegos continuos

y oraciones amorosas de estos ángeles humanados? «Hoy, como en otros tiempos, dice un escritor contemporáneo¹, los institutos religiosos tienen una doble misión, espiritual y temporal, que procede de un principio común: el de renunciar al mundo para practicar los ejercicios y las virtudes que elevan al hombre á Dios, y alcanzan la perfección cristiana. La abnegación, la obediencia, el sacrificio y el desinterés son los primeros deberes del religioso. Si se pregunta al católico en qué consiste esa alta autoridad de la vida religiosa, no necesita invocar otras doctrinas que las que se encuentran en lo íntimo de su corazón. ¿Es eficaz la oración? ¿Se aumenta su fuerza con la unión de los que oran? ¿Son colectivos el pecado y el perdón? ¿Puede ponerse en duda la solidaridad de los hombres ante Dios? Si estas bases de la fe son seguras, nadie tiene derecho á preguntar para qué sirven los hombres que se santifican por los demás, y que ofrecen por ellos una oración y un sacrificio perpétuos... Y es el caso que aun las mismas Órdenes religiosas contemplativas han tenido una utilidad temporal que

¹ Ed. Ducpetiaux: *Las Órdenes religiosas y monásticas*, párrafo tercero, citado por D. José María Antequera, en su excelente folleto *Las Órdenes religiosas*, página 43.

han conservado hasta hoy; y es que, en presencia del materialismo pagano, los primeros religiosos han rehabilitado la dignidad del hombre, haciendo predominar el espíritu sobre la materia.» Si, lo que Dios no permita, llegasen á faltar por completo estos hombres justos, tal vez caería sobre la tierra castigo análogo al que destruyó las ciudades nefandas.

Esto han hecho, esto hacen los frailes. Pero no todos los institutos religiosos se dedican sólo á la vida contemplativa. Saben Hermanarla perfectamente con la vida activa y beneficiosa para la humanidad en sumo grado. ¿Se quiere un cuadro verdadero y poético á la vez de lo que debemos á la actividad incesante de las Comunidades religiosas que pasaron? Léase lo que decía hace poco en elocuente discurso mi ilustre amigo el Marqués de Valle-Ameno, al inaugurar las sesiones de la Juventud Católica de Valladolid: «Su iglesia es el santuario de Dios; pero es á la vez el templo de las artes concertadas para entonar un himno á la Divinidad; junto á sus retablos góticos, al lado de los doseletes que cobijan las efigies de los Santos, reveladoras de las virtudes cristianas, iluminados por la matizada luz que refractan las pintadas artísticas vidrieras, tapizan los muros y las haces de afiligranadas columnas los símbolos y trofeos de

las glorias patrias; consérvanse en la biblioteca, á costa de mil afanes, los restos del saber de la antigüedad, y en ella se ilustra la historia contemporánea con la redacción de la minuciosa crónica á que los monjes se consagran, arrojando el desdén con que se mira el trabajo de cronistas, y aún más, el de copiadores; ellos lo prescriben en sus reglas, equiparándolo á las más santas ocupaciones; las miniaturas del precioso códice, sólo posibles á *la paciencia de un fraile*, muestran á las edades futuras apreciabilísimos datos para la iconografía y la indumentaria; aprende el pueblo á venerar la memoria de egregios caudillos y de insignes bienhechores, acompañando las plegarias elevadas sobre sus tumbas, con amor conservadas en los claustros; en ellos también las cátedras de enseñanzas superiores; en los pórticos, las escuelas elementales; en sus atrios, la alberguería; en sus hospitales, academias de medicina célebres, como las de Monte-Casino y Salerno; dentro de las cercas, las granjas modelos; alrededor de sus muros, las ferias y los mercados. El báculo del abad interponiéndose entre los príncipes y los señores para evitar civiles contiendas; la caridad monástica protegiendo á los plebeyos, alcanzándoles exenciones y franquicias; con el establecimiento de fiestas votivas, aumentando

los días de descanso del siervo; el trabajo, despreciado en la antigüedad, y mirado como propio de la esclavitud entre los germanos, aceptado y enaltecido por el claustral; con su dirección y sus manos, construyendo calzadas y puentes que sobrevivieron á los siglos, y acaso á la ruína de los debidos á ingenieros antimonásticos; la predicación del fraile inflamando el corazón en santos propósitos, apoyando grandiosos proyectos, alentando el ardimiento y denuedo para las obras meritísimas allí donde desesperanzaban los más esforzados ánimos, y por lo que hace á nuestra patria, sosteniendo é ilustrando la constancia que agrandó el pequeño reino de Asturias, cuyos límites medía una mirada, hasta convertirlo en el poderoso imperio dominador de dos mundos.»

Esto han hecho y esto hacen los frailes. Después de aprobar y aplaudir de un modo especialísimo las Ordenes religiosas, las asociaciones y los institutos piadosos de todo género, dice el sabio Leibnitz, por el señor Antequera citado: «No puede haber en verdad nada mejor que llevar la luz de la verdad á las regiones más apartadas, atravesando los mares, despreciando los calores y los hielos; que ocuparse en la salud de las almas, privarse de todos los placeres, y aún de los atractivos de la conversación y del

trato social, para dedicarse á la contemplación de las verdades sobrenaturales y á la meditación de las cosas divinas; que consagrarse á la educación de la juventud para despertar en ella la afición á las ciencias; que auxiliar á los desgraciados, á los presos, á los condenados por la justicia y á los enfermos, á los que están privados de todo, ya en las cárceles de por acá, ya en remotos países, y practicar estos actos de la más ardiente caridad sin el más mínimo temor á la mortífera peste.»

Pues bien: todo esto y mucho más han hecho y hacen en todo el mundo los frailes. Pero si se quiere concretar la cuestión á la desventurada Francia, que, por lo mismo que marcha á la cabeza de las naciones en orden á la civilización materialista y escéptica que hoy se estila, ha menester en mayor escala de los institutos religiosos, entonces la indignación hace que la pluma salte en pedazos y que la prudencia huya del labio tembloroso. El diputado legitimista Mr. Emilio Keller acaba de prestar un servicio insigne á la Religión y á su patria, publicando un libro voluminoso, que se intitula: *Les Congregations religieuses en France; leurs œuvres et leurs services* (París, librairie Poulsiegne, 1880), en el cual, con numerosos datos estadísticos y con hechos incontrovertibles, prueba las pérdi-

das materiales y morales que la supresión de las Congregaciones religiosas ha hecho sufrir á Francia. Las Comunidades religiosas instruían en Francia á 2.209.919 niños y auxiliaban á 200.700 personas de la manera siguiente: en los hospicios y hospitales, 114.259; en las casas de huérfanos ó de obreros, 60.265; en las llamadas casas de refugio, de preservación y de corrección, 11.815, y en los asilos de dementes y sordo-mudos, 14.361.

Esto y mucho más, que no es posible reducir á números, han hecho en Francia los frailes.

¿Por qué pues, nos preguntará algún cándido, los arrojan de sus propios y sagrados asilos, y hasta los expulsan del territorio de la república? Por la razón sencilla de que el espíritu de las tinieblas no puede soportar las miradas del espíritu de la luz, y no quiere tampoco que haya parangón posible entre las obras de uno y otro, para no morir de rabia y de vergüenza.





LA MUERTE DEL RICO... CRISTIANO.

ACABO de leer en el número 8.537 de *La Correspondencia de España*, un cuadro de costumbres francesas, titulado *La muerte del rico* y escrito para *El Fígaro* por Emilio Zola, cuya pluma, semejante al gancho del trapero, se dedica á revolver las inmundicias sociales para arrojarlas luégo á la faz de la cultura moderna. En vez de bajar á las cloacas, aquí sube á los palacios, y vestido de frac, corbata blanca y guante del mismo color, con todas las complacencias irónicas del socialista y del incrédulo, pinta en el referido cuadro la *muer-
te del rico...* francés. Dios me libre de decir que la pintura está mal hecha: en la paleta de Zola hay colores abundantes, maneja el pincel con

destreza, no falta quien asegura que retrata admirablemente y nada me cuesta confesar que tiene, por último, más intención que un toro, si posible es que los toros tengan tales cosas. Pero si la pintura dicha es verosímil, si la muerte del rico francés es el modelo, ¡pobres ricos! y ¡pobre Francia!

*
* *

El Conde de Vertuil, casado con la rubia más hermosa de París, según se dice, vivió con su esposa Matilde seis años en la mayor intimidad, durante los cuales tuvieron un hijo y una hija. Rompieron después todo linaje de relaciones, presentándose ante el mundo como enamorados y siendo sólo buenos amigos y egoístas. Al volver de un baile, y cuando empezaba á dormirse, supo la Condesa que su marido estaba indispuesto y volvió penosamente la cabeza al lado opuesto, mandando que la despertasen al día siguiente á las diez, porque esperaba á la modista. El Conde se agrava con toda la elegancia y pulcritud del mundo, mientras Matilde come, duerme y pasea á las horas de costumbre, contentándose con visitar brevemente á su marido. Una noche, el enfermo nota que respira con dificultad: sabe que no verá nacer el nue-

vo día. Al entrar la Condesa á hacer su visita ordinaria, le dice simulando una sonrisa:

—No salgáis: no me siento bien.

Quiere evitar los juicios y la crítica del mundo. La Condesa esperaba este ruego y permanece en la alcoba. Los médicos no se separan del agonizante. Los dos criados prestan sus servicios con su habitual mutismo. Han sido llamados los hijos Fernando y Blanca, que se acercan al lecho y acompañan á su madre. Los demás parientes están en una habitación contigua. La mitad de la noche se pasa así, esperando la catástrofe: cumplido el ceremonial, puede el Conde morir.

Pero no se dá prisa: parece encontrar fuerzas para evitar una muerte entre convulsiones, un fin horroroso. Su respiración se oye en la amplia habitación como el ruido de un reloj descompuesto. ¡Es un hombre bien educado que se vá! Y después de abrazar á su mujer y á sus hijos, les indica que se aparten, se inclina del lado de la pared y muere.

Entonces uno de los médicos se acerca, cierra los ojos al muerto, y luego dice:

—¡Todo ha concluído!

Razón por la cual se llama con urgencia á un sacerdote de la parroquia para que vele al difunto; se embalsama el cadáver; se expone

después, con la frescura y lozanía simuladas de la juventud, sobre el monumental catafalco de la capilla ardiente; se le conduce al cementerio con pompa inusitada; se pronuncian varios discursos al borde de la gran tumba, de mármol blanco, del finado; canta Fauré en sus funerales, mientras los asistentes arrobados piensan en las noches de la ópera, y durante todas estas ceremonias la Condesa viuda no se ha movido de la mecedora. Continúa entretenida con el cordón de su cinturón; mirando al suelo, entregada á pensamientos que, al fin, devuelven el perdido color á las mejillas de la encantadora rubia.

En compendio, este es el cuadro de Zola, publicado por *El Fígaro* de París, traducido por *La Correspondencia de España* y que me autoriza para exclamar: ¡así mueren los ricos en Francia!

*
* *

En España, el rico verdaderamente cristiano, muere de muy distinta manera, y la mejor refutación que puede hacerse del artículo naturalista de Zola, consiste en contraponer muerte á muerte y cuadro á cuadro. Empiezo.

Don Fernando Fernández de Córdoba tiene 65 años de edad, aunque parece más viejo; es de pequeña estatura, y está delgado y pálido.

Su frente espaciosa y brillante calva, circuída de canas níveas, dan á don Fernando cierto aspecto venerable que inspira respeto. Heredero de una gran fortuna, estudió Jurisprudencia y se recibió de abogado con el solo propósito de poder administrar mejor sus intereses. No ejerció nunca, ni quiso ser tampoco gran cruz, diputado, ni siquiera gobernador de provincia.

Después de maduro examen para conocer su vocación y de haber estudiado detenidamente las condiciones morales de su futura, casó con doña Carmen Cebrián de Cifuentes, dama tan piadosa como ilustre. Enamorados recíprocamente de sus almas hermosas y virtudes respectivas, cargaron juntos con la cruz del matrimonio y convertidos en una sola carne, juntos llevaron la carga durante cuarenta años, juntos y cristianamente educaron á sus hijos, juntos derramaron el bien á manos llenas y juntos invirtieron en obras pías y de caridad el no pequeño sobrante de sus rentas. Celosos administradores de los bienes de los pobres y verdaderos padres de familia, durante su larga peregrinación por el destierro de este mundo, no hubo para ninguno de los dos ni acción perdida, ni momento de huelga.

*

* *

Invadió la viruela el hospital de la población residencia de nuestro cristiano matrimonio, tomando carácter verdaderamente epidémico y causando defunciones numerosas. El pánico se apoderó de los dependientes asalariados del hospital y huyeron todos. Para la asistencia de los enfermos, quedaron únicamente el Capellán de la casa, otros Sacerdotes (la clerigalla, como dice Zola en sus novelas inmundas) que espontáneamente acudieron á ejercer su sagrado ministerio, compartiendo con aquél el peligro, las Hermanas de la Caridad y los médicos, pues aunque por desgracia muchos de estos últimos carecen de creencias religiosas, rara vez faltan á los deberes de su profesión humanitaria. Pero dicho personal, aunque escogido, era insuficiente para las atenciones del servicio, y á fin de llenarlo cumplidamente, se acudió á la caridad pública.

Don Fernando Fernández de Córdoba fué uno de los primeros que se personaron en el hospital y puso inmediatamente manos á la heróica obra. El abatimiento se apoderó luégo de su varonil ánimo. Al cuarto día no pudo más y se retiró á su casa, presa de un frío intenso, que le duró tres ó cuatro horas y al cual siguió un calor muy fuerte, acompañado de náuseas y de dolores de cabeza y riñones.

Cuando doña Carmen lo supo, no volvió perezosamente la cabeza, ni dió órdenes para la modista, ni pensó siquiera en tales vaciedades y zarandajas; sino que, muerta de angustia, corrió al encuentro de su marido, le desnudó por su propia mano, le hizo acostar y puso en movimiento á toda la casa.

Dos días después, la epidermis de don Fernando apareció cubierta de manchitas rojas, con puntos blancos en el centro, que al sexto día se convirtieron en granos como guisantes, asquerosos y purulentos. Declararon los médicos, que el bueno de don Fernando padecía una viruela maligna confluyente, y la consternación se apoderó del ánimo de los parientes, deudos, amigos, subordinados y conocidos del enfermo. No tenía enemigos.

Asistíanle personalmente su esposa é hijos, que no se separaban un punto de la alcoba, ni de día ni de noche, á pesar de las prescripciones facultativas é instancias de don Fernando. Aquel espacioso dormitorio no estaba colgado de raso, ni de hilo crudo, ni siquiera de cretona. sencillamente estucadas sus paredes, el aseo y la modestia eran todo su lujo, y sus adornos un precioso crucifijo de marfil, de regulares dimensiones, colocado en la pared opuesta á la cabecera de la cama, una pila de porcelana de

Sevres con agua bendita, y un reclinatorio de ébano.

Para evitar el contagio se prohibió terminantemente la entrada en la alcoba á todo el que no fuese de la familia; pero el cariño respetuoso que todos profesaban á don Fernando y la gratitud que le debían muchos, rompieron más de una vez la prudente consigna.

Nada pudo la ciencia contra enfermedad tan repugnante. Don Fernando se agravaba por momentos, y la cariñosa asistencia de su familia, servía únicamente para endulzar los últimos momentos del enfermo, el cual, sin excitación de nadie, pidió por sí mismo los últimos sacramentos.

Su confesor habitual salió de la alcoba, después de haber recibido la confesión última de don Fernando, con los ojos arrasados en lágrimas y edificado en extremo. La parroquia puso en movimiento á todos sus dependientes para administrarle públicamente el Viático. La procesión, que acompañó al Rey de reyes, fué tan devota como lucida. La casa del enfermo recibió á su Divina Majestad, con toda la ostentación y limpieza propias de acto tan solemne. Muchos de los amigos del moribundo penetraron en las habitaciones del enfermo con velas encendidas en las manos y acompañaron al Sa-

cerdote hasta la misma alcoba. Mezclados con los individuos de la familia, arrodilláronse entorno de la cama, junto á la cual se había improvisado un altar con el Cristo de marfil y varios candeleros de plata. Lágrimas de felicidad corrían hilo á hilo por las deformes mejillas de don Fernando, mientras recibía el pan de los ángeles con algún esfuerzo. Majestuoso é imponente, á la vez, era aquel silencio, interrumpido tan sólo por las oraciones que recitaba el Sacerdote, las piadosas exclamaciones del moribundo, los gemidos ahogados de su familia y el chisporroteo de las velas encendidas. ¡Cuántos consuelos prodiga la Religión por medio de sus ceremonias augustas á el alma piadosa y creyente!

Don Fernando no cesaba de dar gracias á Dios por el beneficio insigne de haberse dignado visitarle en su hora postrera. Su tranquilidad y alegría casi aminoraban el dolor de la atribulada familia, que sin salir un momento de la infestada alcoba, no piensa en el contagio á que se expone, pero sí en la pérdida irreparable que la amenaza.

Se aproxima el trance fatal. Su esposa é hijos escuchan entre mal reprimidos sollozos las instrucciones y consejos últimos de don Fernando; reciben de rodillas su bendición; se despi-

den besándole amorosamente la granujienta mano; ineficaces son los esfuerzos de los amigos para alejarlos de la mortuoria estancia; con piedad y conocimiento recibe el moribundo la Extrema Unción santa, y el sacerdote comienza la recomendación del alma. Recita la letanía propia del caso y añade:

«Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo que por tí padeció; en nombre del Espíritu Santo, que en tí se difundió; en nombre de los ángeles y arcángeles; en nombre de los tronos y dominaciones; en nombre de los principados y potestades; en nombre de los querubines y serafines; en nombre de los patriarcas y profetas; en nombre de los apóstoles y evangelistas; en nombre de los santos mártires y confesores; en nombre de los santos monjes y ermitaños; en nombre de las santas vírgenes y de todos los santos y santas de Dios. Descansa hoy en paz y habita en la santa Sión...»

Aquí llegaba el Sacerdote, ayudando á bien morir á don Fernando, cuando éste hizo un movimiento convulsivo, dobló la cabeza hacia el lado en que estaba doña Carmen y levantó los ojos al cielo como diciendo:

—Hasta la vista en la patria celestial.

Y espiró.

Así muere el rico cristiano.

*
* *

La casa del difunto don Fernando Fernández de Córdoba, no se transformó en capilla ardiente, ni su cuerpo fué embalsamado, ni sus facciones aderezadas para que pareciese joven y risueño. Como pertenecía á la venerable orden tercera de San Francisco, se le amortajó con un burdo hábito de franciscano y el cadáver fué depositado sencillamente sobre un paño negro tendido en el suelo, cuyas cuatro puntas estaban sujetas por otros tantos candelabros en los cuales ardían cuatro blandones de cera amarilla.

La conducción del cadáver se hizo al día siguiente, sin aparato alguno y con acompañamiento numeroso de todos los pobres y desvalidos de la ciudad. Según terminante disposición testamentaria del difunto, se le enterró en la hoya común, sin que un simple ladrillo recordase el nombre del caballero cristiano, de noble alcurnia y caridad acendrada, que no quiso transmitir á la posteridad mas que el ejemplo de sus buenas obras.

De la oración fúnebre se encargaron los me-

nesterosos, cuyos elogios y lágrimas son más elocuentes que todos los discursos del mundo.

La familia del finado invirtió sumas cuantiosas en mandas pías y sufragios por el alma de don Fernando, y en los funerales que celebró la parroquia del difunto con pompa religiosa grande, hubo mucho clero, muchas luces, Misas rezadas sin cesar, gran concurrencia de asilados y pobres, duelo numeroso, oraciones continuas en todos los labios, lágrimas abundantes en muchos ojos; pero, con perdón de Zola, yo no ví allí á cantante alguno de la ópera, ni á músicos de ninguna clase, pues el bendito de don Fernando, que en vida no ponía los piés en el teatro, tuvo el buen gusto de prohibir la música en sus funerales, ordenando que se celebrasen con asistencia de todas las parroquias de la ciudad, pero á canto llano.

Para concluir, no diré yo que los ricos no mueren en Francia como murió el Conde de Vertuil; pero sí aseguro que en España los ricos verdaderamente cristianos mueren en el Señor, como murió don Fernando Fernández de Córdoba, que santa gloria haya.





LA CRUZ DEL SOCAVON.

ADMIRABLE es la fe en todas sus manifestaciones; pero sólo la fé vulgarmente llamada del carbonero, la fe ni razonadora ni ilustrada, puede trasladar los montes. Apagarla en el corazón del trabajador es, pues, la mayor de las inepticias, ó el crimen más satánico.

Únicamente la fe endulza las amarguras de una vida de penas y sacrificios continuos. Sólo la fe hace brillar un rayo de esperanza en ciertos tristísimos horizontes. Cuanto más rudo es el trabajo, mayor necesidad hay de resignación y creencias. Y sin embargo, ¡locura sin igual! muchos hombres ponen decidido empeño en arrancarla de raíz del pecho de las muchedumbres.

Sugiéreme estas reflexiones el hecho siguiente.

Misera es la condición de todo minero; pero ninguno más digno de lástima que el de Almadén, consagrado desde niño á la extracción del mercurio. Peligrosas las labores que ejecuta en aquella ciudad subterránea, formada por un laberinto de galerías, pozos, socavones, pisos, máquinas y escalas; fétido y mortal el aliento que respira; prematura y achacosa su vejez, y ninguno el aliciente de ulterior recompensa.

Esto no obstante, trabaja resignado y hasta contento; que la fe y la piedad cristianas dan vigor á su brazo y enjugan el sudor de su frente. No es ésta una afirmación gratuita. El joven poeta Sr. Pato publicó en el *Diario de Córdoba*, correspondiente al 14 de agosto de 1862, una composición titulada *El Minero de Almadén*, y entre otras cosas dice:

Una modesta cruz hay enclavada
Del negro socavón sobre la boca,
De tus mayores con la fe guardada;
Y á cada nueva entrada
Esa modesta cruz tu mano toca,
É inclinando la faz humildemente
Describes otra cruz sobre tu frente.

¡Piadosa costumbre! Tocar la modesta cruz

enclavada sobre la negra boca del socavón, inclinarse reverentemente ante el sacrosanto signo de nuestra redención, y empezar el trabajo santiguándose (como debe hacerse al dar comienzo á toda buena obra), propio es de un verdadero y ferviente cristiano.

Hecho esto, se comprende perfectamente que el minero de Almadén se lance tranquilo, quizás cantando, en busca del peligro. La fe y piedad verdaderas, ni vacilan, ni temen; antes al contrario dan el valor suficiente para llevar con paciencia las penalidades de miserable vida, y para arrostrar con serena frente los peligros más espantosos.

Sin la fe, que ilumina sus inteligencias, y la piedad, que presta calor á sus corazones, ¿qué sería de esos pobres mineros? Quitad la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavón, y esos mismos hombres, valerosos, pacíficos, resignados, admiración de cuantos conocen su vida y costumbres, se convertirán bien pronto en egoístas, inquietos, soberbios, terror y desesperación de sus superiores. Suprimida la señal de la cruz, signo adorable de la redención humana, que al empezar sus penosas tareas hacen sobre la frente para que los libre Dios de los malos pensamientos, sobre la boca para que no pronuncie malas palabras, sobre el

pecho para que no abrigue malos deseos, naturalmente su corazón tiene que ser presa de deseos perversos y violentas pasiones; sus labios pronunciarán blasfemias horribles, y su inteligencia será seducida por las teorías más disolventes y por las aspiraciones más extravagantes. Dos frenos contienen al hombre: la Religión y la educación. Romped el primero en personas que, por su posición, carecen del segundo, y ¿qué queda? Nada: un conjunto monstruoso, una mezcla inflamable de pasiones, concupiscencias y paradojas, que, llegado el momento oportuno, estalla y produce verdaderos cataclismos sociales.

¿Creéis acaso que me encariño con la exageración y supongo lo que pienso, concediendo realidad á lo que no son mas que ilusiones de mi fantasía?

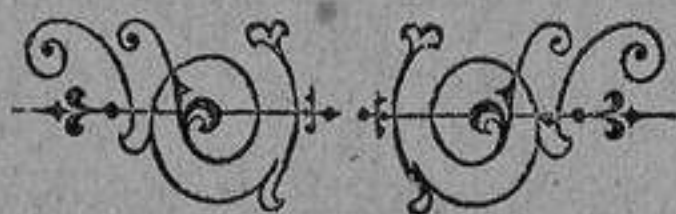
Pues recordad conmigo que, algunos años después del anteriormente citado, desencadenáronse sobre nuestra infortunada patria los vientos revolucionarios y por ende impíos; recorrieronlo todo, arruinando templos, creencias y piadosas costumbres; su pernicioso influencia se dejó sentir hasta en los lugares más recónditos; y el minero de Almadén ya no daba principio á su trabajo inclinándose ante la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavón

(que, aunque olvidada, continúa en su sitio como testigo ocular para remordimiento perpétuo de los indiferentes); ni se santiguaba después de haberla tocado reverentemente al pasar junto á ella; ni acudía presuroso, en caso de hundimiento, al socorro de sus hermanos; ni llevaba con cristiana resignación su condición miserable; ni obedecía á sus jefes; ni... pero ¿para qué cansarme?

Cierto día se promovió un tumulto, estalló la mezcla, se inflamó la multitud, y los mineros de Almadén asesinaron á sus jefes los ingenieros Sres. Monasterio y Buceta. ¡Dios los haya recibido en su gloria!

Ignoro si en las minas de Almadén se ha restablecido ó nó la piadosa costumbre de santiguarse al empezar los trabajos, tocando reverentemente *la cruz del socavón*. Si así no fuese, peor para los directores de aquel establecimiento.

La elocuencia de los hechos hace inútiles las reflexiones.





PAÑO BENDITO ¹



USTED por aquí, Enriqueta!

—Y usted ¿qué hace en Aguas-Buenas?

—Fortalezco mi garganta.

—No sabía que la tuviese usted delicada.

—Es poca cosa, gracias á Dios. Tampoco yo esperaba tener el gusto de encontrar á ustedes en estos montes.

—Feliz casualidad.

—Yo suponía á ustedes en Panticosa.

—Como usted sabe, íbamos todos los años; pero ya hace tiempo que me dió el alta el doctor Arnús. Me han reconocido además los doctores Lahillonne de Caunterets y Pidoux de Aguas-

¹ Este diálogo es histórico.

Buenas, y todos me encuentran en perfecto estado de salud.

—Son admirables estas aguas.

—Si me promete usted no reirse de mi piadosa credulidad, diré á usted mi particular opinión acerca de ellas.

—Soy todo oídos.

—Recordará usted, que primeramente mi hermano, mi pobre hermano, condiscípulo de usted, luego mi mamá y después mi hermana, murieron los tres del pecho, sin que hubiese aguas ni medicinas que los curasen. Me tocó el fúnebre turno, y enfermé también de la misma terrible dolencia. Todos los veranos veníamos papá y yo á Panticosa; pero la sofocación y los dolorcitos no desaparecían nunca de mi pecho. La enfermedad, la aprensión y la angustia me aterraban. Estábamos en Valencia, y no recuerdo con qué motivo, sacaron en procesión la primitiva y veneranda imagen de Nuestra Señora de los Desamparados. Yo no podía salir de casa; pero rogué á unas amigas que tocasen en la sagrada imagen la franela con que abrigo mi pecho, hiciéronlo así, colgué á mi cuello el bendito paño, empecé á mejorar y hoy me tiene usted completamente bien... gracias á la Virgen de los Desamparados.

—Ó á Panticosa, Cauterets y Aguas-Buenas.

—Como usted guste: no impongo mi piadosa creencia á nadie.

—¿Por qué vuelve usted á tomar las aguas?

—Porque á papá le prueban perfectamente y por veranear.

—Pero los médicos ¿han asegurado que está usted completamente curada?

—Sostienen además, que es de todo punto inútil que tome las aguas.

—Mucho me alegro y felicito á usted cordialmente.

—Mil gracias: yo me permito aconsejar á usted, que acuda al mismo médico valenciano y se curará, como me he curado yo.

—Lo haré, pues gracias á Dios creo en lo sobrenatural, y no ignoro que la fe traslada los montes.





CASTIGO TERRIBLE DE UN BLASFEMO.

EN un lugar de Aragón, de cuyo nombre no quiero acordarme, acaeció hace pocos años lo que paso á referir. Desgraciadamente se blasfema mucho en Aragón; pero el caso que refiero lo mismo hubiera podido suceder en Cataluña, Valencia y otras partes, que en materia de blasfemias nada tienen que envidiar al resto de España.

Había, pues, en el lugar aragonés, que no quiero nombrar, cierto individuo de la clase ínfima, cuya boca era una sucursal del infierno mismo. Aquellos inmundos labios no se abrían mas que para pronunciar blasfemias horribles. El santo nombre de Dios, la Hostia consagra-

da, la Virgen, los Santos, el Papa, los Curas y cuanto de sagrado y respetable existe en tierra y cielo, era continuamente barajado por aquel hombre, entre inmundicias asquerosas, con las frases más ofensivas y denigrantes. Aunque ignorante y rudo, no parecía sino que hubiera hecho estudio especial del lenguaje para rebuscar nunca oídas blasfemias de concepto y de palabra. Imposible permanecer un segundo á su lado sin escandalizarse y estremecerse. Las almas timoratas temían que la tierra se abriese y para siempre lo tragase; los despreocupados calificaban su lenguaje de cínico y soez, á todos repugnaba semejante hombre, y muchos augurábanle mal fin.

Infinita es la paciencia del Señor; pero misericordioso más que justiciero, dilata la muerte del pecador para que, viviendo, se arrepienta. Algunas veces, sin embargo, se colma la medida de su misericordia y derramada por completo, se hace notar hasta en este mundo su justicia, para aviso y escarmiento del malvado procaz é impenitente.

Así aconteció al blasfemo de mi relato. Cuando más arraigado tenía vicio tan repugnante, en la flor de su vida y disfrutando excelente salud, viose acometido por un ataque cerebral, que le puso al borde del sepulcro. Sanó por fin,

pero... ¡decretos admirables de la Providencia divina!... quedó *mudo*. Y como si esto no fuera bastante elocuente, recobró algún tanto el habla para balbucir palabras ininteligibles. Con claridad jamás volvió á pronunciar más frase, que la blasfemia inmunda que en él era habitual. Para todo lo demás quedó, durante toda su vida, balbuciente y mudo por completo. Castigo terrible, pero merecido.

Verdaderamente *Dei digitus est hic*.





EL SACERDOTE CATÓLICO

Y

SUS VERDUGOS.



I



CONSOLADOR y sobre toda ponderación hermoso sería el libro que relatase los principales hechos, caritativos hasta el heroísmo, que diariamente lleva á cabo el sacerdote católico. Centenares son los que acaecen, pero como la perfección evangélica consiste en que no sepa la mano izquierda el bien que hace la derecha, la mayor parte quedan ocultos en la obscuridad del silencio. Por casual maravilla se hace público alguno que otro. Obran en mi cartera, hace tiempo, unos apuntes relativos á cierto rasgo sublime de caridad sacerdotal, que voy á poner en parangón con la conducta inculficable de los verdugos del sacerdote católico.

II

Lo que voy á referir acaeci6, no hace muchos años, en cierto lugarejo de una naci6n cat6lica lejana, cuyo nombre no hace al caso. Penetr6 en la aldea una *partida* de insurrectos (como decimos en Espa6a) y tuvo la malhadada ocurrencia de visitar al Cura párroco, anciano curtido por la experiencia y las privaciones. Tenía de asignaci6n unos 800 francos, mezquino haber que hacía tiempo no cobraba. Los derechos de estola eran nulos y la celebraci6n escasa, en pueblo tan miserable. El que antes ejercía la caridad, aunque en modesto grado, no tuvo más remedio que implorar la de sus feligreses, con los ojos arrasados en lágrimas. ¡Qué buenas cosas podían escribirse acerca de la pobreza inconcebible que aqueja en todas partes al clero cat6lico! ¡Cuántas sotanas, más que raídas, rotas y casi andrajosas vimos el año 76 en Roma! ¡Cuántos pobres sacerdotes italianos pidieron limosna entonces á los romeros espa6oles!

Pero volvamos á nuestra relaci6n. La partida insurrecta manifestó con algazara su entusiasmo en casa del anciano Cura y en presencia de muchos de sus feligreses. Aquella larga experiencia, que blanqueaba en la nieve de sus

cabellos, redujo al buen Cura á presenciarse im-
pasible escenas que no podía evitar, por tener
su apoyo en la fuerza bruta: éste fué su crimen
horrendo.

Como suele acontecer en tales casos, el he-
cho, desfigurado por completo, llegó á oídos de
las autoridades. El Cura era un conspirador de
tomo y lomo, que no podía comer, pero com-
praba fusiles sin cuento, los cuales había re-
partido á los insurrectos después de haberlos
congregado y arengado en el presbiterio, entre-
gándoles á la vez una bandera bendita, que to-
dos juraron defender hasta morir. Hecho lo cual,
nuevo capitán Araña embarcó la gente y se que-
dó tranquilamente en su parroquia. Con ta-
les prevenciones y bajo estos auspicios, salieron
fuerzas regulares en persecución de la partida.

III

Cuando las primeras entraban en el lugar,
huía la segunda por el lado opuesto. El sargento
que mandaba la escasa fuerza, se presentó con
ella en la casa rectoral é increpó al señor Cura
duramente. El anciano sacerdote recibió al sar-
gento con agrado, y con bondadosa entereza
procuró sacarle de su error; pero todo fué inú-

til. La frase más inofensiva, la palabra más inocente del Cura exasperaba al sargento, ya medio ronco de tanto gritar é insultar. Las vociferaciones de este energúmeno tenían consternado al pueblo todo, que desde la puerta de la casa rectoral presenciaba el triste espectáculo. El viejo Parróco, que había ya tomado el partido de callar, recibía con santa resignación aquel chubasco de insultos. El silencio del agredido irritaba más á su agresor, cuando el sargento, recordando sin duda que entre tanto se ponía en salvo la partida, preguntó al Cura por la dirección que había tomado. «Lo ignoro (contestó éste), pues se marchó precipitadamente sin decir nada, ni consultarlo conmigo,» y era verdad. El furor del sargento ya no tuvo límites: se arrojó sobre el venerable anciano, sin tener en cuenta ni su edad, ni su sagrado carácter, y sin dársele un ardite del anatema fulminado por el canon *Si quis suadente diabolo*, cayó sobre él, le derribó en tierra y maltrató inicualemente á punta-piés y bofetadas. ¿Qué es lo que contuvo la indignación del pueblo? Lo ignoro; pero en las guerras civiles al pobre campesino no le queda más recurso que dar cuanto tiene y recibir descomunales palizas de uno y otro bando. Terminada hazaña tan heróica, salió la pequeña fuerza regular en persecución de los insurrectos y

logró verlos en las inmediaciones de la aldea. La partida se retiraba tranquilamente por la escarpada ladera de un monte; el sargento se empeñó en alcanzarla, redobló el paso, puestos á la vista del enemigo cruzáronse algunos tiros entre ambas fuerzas, y recibió un balazo en el pecho. La herida era grave y los soldados le trasladaron al pueblo.

IV

Muchos aldeanos presenciaron la escaramuza, tanto que la noticia llegó al lugar antes que el herido. Apenas lo supo el señor Cura, salió á su encuentro; se colocó al lado de la improvisada camilla, prodigando al sargento toda clase de consuelos; hizo que lo trasladasen á su casa, acostándole en su única y propia cama; ayudó al cirujano de la aldea durante la cura; puso toda su pobreza á disposición de aquellas gentes, buscando por el pueblo lo que no tenía; y ni un momento se separó, por último, de la cabecera del moribundo mas que para ir á la iglesia, regresando inmediatamente á administrarle los últimos sacramentos. Los soldados, que rodeaban á su sargento, estaban tan avergonzados, comparando la conducta de éste con la del Cura, que

ninguno tuvo valor para levantar los ojos y mirar de frente al caritativo anciano. Este señor, por su parte, no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, que pudiese recordar la anterior vergonzosa escena. El sargento fué el único que aludió á ella, pidiendo perdón al Cura. Conmovido el buen viejo hasta derramar lágrimas, abrazó al herido moribundo, le perdonó de corazón y mientras espiraba encomendó á Dios su alma. Así se venga siempre el sacerdote católico.

Quien no sea como el caballo y el mulo, *quibus non est intellectus*, compare conducta con conducta y falle el pleito entre la víctima y el verdugo.





UNA HUÉRFANA CON TRES MADRES.

Lo que voy á referir es, hasta en sus detalles, histórico; y acaeci6, hace pocos años, en una de las menos cultas capitales de España.

En la ciudad á que aludo, y de cuyo nombre no quiero acordarme, como diría nuestro inmortal Cervantes, son tan desenvueltas las mujeres, tienen lenguas tan libres y costumbres tan hombrunas, que parecen más consoladoras y tiernas que en otras partes, escenas como la que paso á referir. ¡Bendito sea el Señor, que quiere nazar delicadas flores hasta en los secos eriales y tierras estériles!

La Beneficencia provincial, para la lactancia

de los expósitos, prefiere trasladarlos al pueblo y casa de las amas que los crían, confiándolos á sus maternales cuidados; que madres son también las amas de leche. Es el procedimiento más natural y fecundo, por lo tanto, en resultados positivos. Las madres pobres y robustas de los pueblos suelen dedicarse á esta industria, sacando expósitos de la Beneficencia para criarlos. Algunos no vuelven á su casa matriz, pues se encariñan con ellos las familias que los acogen y allí se quedan. Otros infelices, que tuvieron la desgracia de caer en manos egoistas, en familias numerosas ó en hogares miserables, después de destetados no tienen más remedio que regresar á sus provinciales lares.

*
* *

Acaeció en el mercado de la capital.

La plaza estaba llena de revendedores, verduleras y compradores.

Una serrana, de pobrísimo aspecto, atravesaba la plaza, llevando de la mano á una niña, de unos cuatro á cinco años de edad, pobrementemente vestida también, pero hermosa como un ángel.

—Oiga, tía (le dijo cierta descarada verdulera), ¿á donde lleva usted ese pimpollo?

—¿Qué pimpollo? ¿Esta muchacha?—replicó celosa la serrana.

—La *misma*.

—Pues la bajo á la Beneficencia, porque, como tengo siete pequeños y mi hombre se está quejando todos los días de que con tanta boca y tanta *probeza* es imposible salir adelante; aunque la quiero como si la hubiese parido, no tengo más remedio que volverla á la casa.

Y abrazando á la niña, continuó:

—¡Hija de mis entrañas, no sé si tendré ánimo para dejarte, porque sólo de pensarlo, se me parte el corazón!

La buena montañesa se puso á llorar, y la niña, que indudablemente no comprendía claramente la causa de aquellas lágrimas, rompió también en llanto, porque veía llorar á su madre, y se colgó de su cuello como si presintiese que intentaban separarlas.

Pronto llamó la atención el tierno grupo, y se formó un corro, de mujeres en su mayor parte, en torno de la expósita y de su ama.

Compadecían unos á la buena mujer, que se veía precisada á separarse de su ahijada; elogiaban otros la candorosa vivacidad y la hermosura de la niña; é importunaban todos con admiraciones y preguntas á la serrana, hasta que, enteradas del suceso, dos mujeres del pueblo,

verduleras al parecer, de aspecto nada caritativo ni sentimental, pero de gran corazón indudablemente, se aproximaron por distintos lados á la expósita y quisieron tomarla en brazos.

Empezaron por los elogios diciendo alternativamente:

—¡Bendita sea la madre que te parió!

—¡Es más rica que las pesetas!

—¡Qué hermosísima eres, hija!

—¡Esto es un rollo de oro!

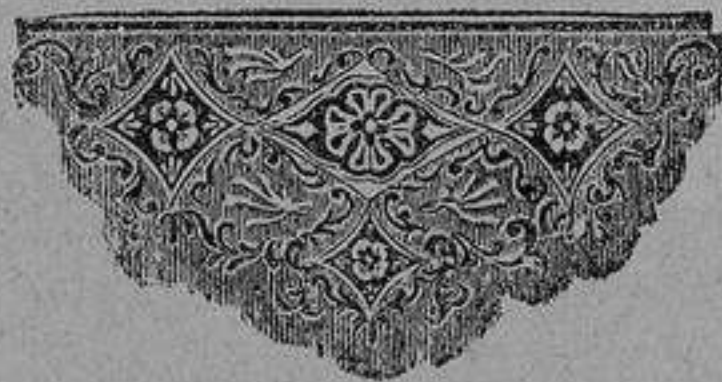
La llamaron serafín, sol de los soles, reina y otras cosas por el estilo. Con semejante lluvia de piropos se iba poco á poco consolando la bendita serrana, pues nada hay que llene tanto á los padres como las alabanzas de los hijos, y les dejaba tomar y dejar á la niña; pero cuando comprendieron las contendientes que las dos querían llevársela para prohiarla, allí fué Troya: se armó una disputa callejera y mujeril, que convirtió inmediatamente el corro en gallinero. Imagínesela el lector, que yo renuncio á contarla y me concreto al hecho principal y al desenlace.

*
* *

La serrana no tenía valor para deshacerse de la expósita, y aquellas dos mujeres se dispu-

taban, hasta el escándalo, su posesión. De manera que, en un sitio tan á propósito como la plaza pública y entre mujeres, al parecer refractarias á la ternura y compasión, la Providencia divina, en sus adorables designios, deparó *tres madres* á la desamparada huérfana, demostrando con hecho tan elocuente, que vela sobre todo por los pobres pequeñuelos.

Como no fué posible avenir á las contendientes, decidió la cuestión la Dirección de la Casa-Beneficencia, entregando la niña á la que por su posición y antecedentes ofrecía garantías mayores y estaba en situación de proporcionar á la expósita mejor educación y vida más cómoda.





NOCHE-BUENA.

BSTAMOS en Adviento y la cristianidad se dispone á celebrar bulliciosamente la más grande de sus fiestas. «Toda festividad, aneja á la religión y á la memoria de sus beneficios, es la única imperturbable y duradera,» dice el gran poeta cristiano Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, la mejor de sus concepciones. Y dice bien, que 1891 años hace, la humanidad dolorida recibió en miserable cueva el mayor de los beneficios que registran las páginas de su historia. La festividad religiosa, que anualmente recuerda tan fausto acontecimiento, no ha sufrido interrupción al través de los siglos; y es que en el pesebre de Belén tuvo principio

la redención humana. La Misa llamada del *gallo*, que se canta en el orbe católico, es la misma en todos los pueblos; pero los regocijos caseros y públicos con que se solemniza la fiesta religiosa, tienen carácter especial, tan marcado tinte de localidad, que diferencia notablemente á unos de otros, prestando á muchos de ellos no pocos encantos. Yo, al menos, recuerdo con placer las Noche-buenas de mi lugar. ¿Queréis saber vosotros lo que en tales noches hacía y presenciaba?

Trasladaos conmigo á Vallehermoso y advertid que el lugarejo humilde, sin hacer maldito caso de las veleidades humanas, permanece entre los mismos montes y sobre los mismos peñascos, con sus bellezas y fealdades sempiternas. Hoy está que dá gozo de Dios el verlo... blanco, blanco, como la nieve. Digo mal, la blancura no pertenece á la aldea ni al valle, sino al manto purísimo que los cubre. Todo está cubierto y jamás en la estación de los fríos habréis visto más bello paisaje. Los pinos ocultan la verdura de su hoja perenne bajo copos blanquísimos; en nada se diferencia el erial inculto de la fértil huerta; borradas las márgenes, la nieve se anticipa al comunismo, haciendo de propiedades diversas un solo campo; y la aldea, escondiendo á las miradas del curioso los tejados rojizos y semejante á bandada de cándidas palomas, se agru-

pa en torno del campanario, dedo inmóvil y elocuente que nos invita á mirar al cielo.

Deslumbradora es la blancura del conjunto, y al contemplarla se recuerdan con envidia los anteojos verdes que usan los viajeros del Norte. La nevada no es, sin embargo, como las que treinta ó cuarenta años atrás sepultaban anualmente los lugarejos de la Sierra de Albarracín, dando origen al cuento del arriero que, perdido por aquellos andurriales, ató el ronzal de su recua á la veleta de una torre: refieren los viejos que no nieva ya de aquella manera. La delgada capa de nieve, que nuestro valle cubre, es un motivo más de alborozo. Los chicos hacen Cristos, moldeando en ella su cuerpo con los brazos abiertos, y los mozalbetes pelean á pelotazo limpio con pellas de nieve endurecida. El día frío y el cielo nebuloso aumentan las delicias del hogar. Figuraos, leyentes míos, que conmigo y mi familia os calentáis en torno de la lumbré, mientras sopla silbando el cierzo y rechina la veleta del campanario á impulsos del aquilón. Reina en la cocina el regocijo más franco y bullicioso; troncos enteros de resinoso pino chisporrotean y arden en el hogar, bajo la inmensa campana que da paso al humo abundante y permite ver el plumizo cielo; todos hablan y nadie escucha; éste asa castañas; toca aquél la

pandereta; canta el de más allá; rasga uno la guitarra; otro hace gemir la zambomba; y, para que el desconcierto sea completo, suena también el almirez, dos coberteras de hierro hacen de platillos y de castañuelas dos cucharas de madera.

Tan alegre escena se repite en los hogares todos, y las calles de Valle-hermoso, ordinariamente desiertas y silenciosas, participan en Noche-buena de la general animación. Sin miedo al frío, ni temor á la nieve resbaladiza, recorrenlas los muchachos, mozalbetes y mozos, en especial los pastores, y rara vez algunas mujeres y muchachas golosas, gritando y cantando de puerta en puerta, al són de ruidosos instrumentos, tales como zambombas, guitarras, panderetas y platillos. Aunque los lugarejos de estas montañas son muy pobres, no hay en ellos familia que gustosa no comparta su pobreza con los que en la puerta de la casa entonan las coplas del Nacimiento. Castañas, bellotas, higos, pasas, nueces, remolachas, zanahorias... todo es bueno para aguinaldo.

Covarrubias deriba esta palabra de la voz arábica *guineldún*, que significa regalar, ó de la griega *gininaldo*, que equivale á regalar en días de natalicio. Nosotros los serranos, prescindiendo de toda cuestión etimológica, griego y árabe verdaderos para nuestra ignorancia y dándose-

nos un ardite de la corrección castellana, llamamos *aguilandos* á los regalos de Noche-buena, y por un higo ó una zanahoria recorreremos veinte veces el lugar, cantando por esas puertas y calles como locos.

¿Queréis formaros idea de nuestras coplas y cantares? Callad, pues, que ya los pastoriles instrumentos alegran la puerta de mi choza. La música es monótona, pero dulce: de la letra juzgaréis vosotros mismos.

—¿Cantamos?—pregunta el más osado.

Esta pregunta quiere decir: ¿nos dará usted algo? Yo, que entiendo perfectamente el dialecto del país, contesto:

—¡Pues no faltaba más! Sí, muchachos, sí; cantad hasta que os quedéis roncos.

Esta contestación significa: soy tan amante de las tradicionales costumbres de mi lugar y de tal manera quiero celebrar la noche única que ha recibido el antonomástico nombre de *buena*, que estoy dispuesto á repartir aguinaldos sin medida. Los postulantes me entienden en el acto; rompe el fuego la desconcertada música, y sin más circumloquios ni preámbulos cantan lo siguiente:

Cantor.

A esta puerta hemos llegado
Con deseos de cantar,

Las coplas del Nacimiento
Del Cordero celestial.

Coro.

Digan todos como yo,
Digan todos sin cesar:
¡Viva la Recienparida
Y el Cordero celestial!

Variante del coro.

Digan todos como yo,
Digan todos y diré:
¡Viva la Recienparida
Y el Patriarca San José!

Según le parece que *dice* mejor, el coro canta indistintamente la primera ó segunda cuarteta, al terminar cada copla. Éstas son muchas, debidas todas á la musa popular, por lo que, para no fatigar al lector, copio á continuación las mejores, sin alterarlas en lo más mínimo.

Caminito de Belén

Va la estrella refulgente,
Llevando en su claustro hermoso
Al Señor omnipotente.

A caballo en un jumento
La Virgen á Belén marcha,
Y San José va delante
Pisando nieve y escarcha.

Esta noche es Noche-buena

Y mañana Navidad,
Que está la Virgen de parto
Y á las doce parirá.

En la cueva de Belén
Humilde nació un Chiquito,
Cuya grandeza no cabe
De la tierra en el recinto.

Y á los pastores, al punto,
Un Angel les avisó,
Que en Belén había nacido
Su Mesías y su Dios.

Dejan todos el ganado,
Corriendo á cuál más veloz;
Preséntanle mil ofrendas,
Y adoran al Redentor.

Uno le lleva un cabrito,
Otro le lleva un jamón,
Otro gallinas y tortas,
Otro le lleva un capón.

Antón dijo: «A este Chiquillo
En el zurrón me lo llevo,
Que no quiero que la mula
Le tire coces al cielo.»

Todos los años venimos
A cantar por este tiempo,
En busca del *aguilando*,
Las coplas del Nacimiento.

Si nos habéis de dar algo
No nos lo hagais desear;
Que corre un viento muy frío
Y nos podemos helar.

Si nos habéis de dar higos
No les quitéis los pezones;

Que traigo yo aquí un amigo
Que se los come á serones.

Si ños habéis de dar pasas
No les quitéis los raspajos;
Que no falta entre nosotros
Quién se los come á capazos.

Alegraos compañeros,
Que ya la veo venir,
En una mano *aguilandos*
Y en la otra mano el candil.

Alude la canción al ama de casa que sale á repartir entre los cantores el solicitado aguinaldo. Recogidas las frutas ó zanahorias, cantan media docena de despedidas como la siguiente:

Echemos la despedida,
La que Cristo echó en Belén.
Quien nos ha juntado aquí
Nos junte en la gloria, amén.

Si alguna vieja mal humorada les hace cantar y los despide luégo á gritos y sin darles ni siquiera un higo ni una remolacha, los postulantes se vengán cantando despedidas picarescas y burlonas, y se marchan con la música á otra puerta. Por el camino entonan canciones como la siguiente:

La zambomba tiene un diente
Y la muerte tiene dos,

Y el pícaro que la toca
Tiene más de veintidos.

Poco á poco disminuye la algazara, y á lo lejos se oye el consabido coro:

Digan todos como yo,
Digan todos sin cesar:
¡Viva la Recienparida
Y el cordero celestial!

Las cuadrillas de postulantes menudean que es una bendición; por encanto desaparecen las frutas secas convertidas en aguinaldo; se hace colación como Dios manda, permitiéndonos únicamente probar los turrónes, que devorados serán al día siguiente; y cuando un vuelo general de campanas anuncia al valle y contorno, que va á empezar la Misa del gallo, embozados hasta los ojos y con un farolillo encendido en la mano, nos dirigimos á la parroquia. Mucho frío hace; pero ¿qué buen católico no conmemora en el templo la Natividad del Salvador?

Buenas noches, pues, lector pacientísimo, y mejores Pascuas.





LA HONRADEZ NATURAL NO BASTA.



UNQUE maleada la naturaleza humana por el pecado de origen, cometido por nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal, es lo cierto que la voluntad del hombre, por impulso propio de su esencia, tiende naturalmente al bien y nunca practica formalmente el mal, bajo la razón de mal. Por desgracia, abusando de nuestro libre albedrío, queremos con frecuencia algo malo; pero nótese, que jamás lo queremos como *malo*, sino como *bueno* para aumentar nuestro caudal, como *bueno* para proporcionarnos un momento de placer, como *bueno* para satisfacer nuestros vicios, nuestros odios, nuestro amor propio, etc., etc. De

aquí que haya hombres natural y sobrenaturalmente buenos. Pueden practicar y practican aquéllos las virtudes cardinales prudencia, justicia, fortaleza y templanza; pero, sin el superior auxilio de la divina gracia, no es posible que practiquen las teologales fe, esperanza y caridad. Por eso, entre los materialistas, incrédulos y hasta ateos, aunque como excepción rarísima, se encuentra algún que otro hombre naturalmente honrado y bueno; pero esta honradez es insuficiente, no sólo para conseguir la salvación eterna, sino también para sobrellevar las penalidades de la vida y hacer frente á las desgracias, hijas de nuestra condición miserable.

Tal, y por esta causa precisamente, aconteció, según acabo de leer en los periódicos, á un joven escritor francés, naturalmente honrado, modesto, laborioso, casado y con hijos, que enamorado de su familia y de su porvenir se retiró al campo, alquilando una pintoresca casita, para convertirla en el santuario de sus amores y taller de su fortuna. La *Vida del Campo* de nuestro fray Luís de León, informaba por completo la del joven escritor francés, al que convenían perfectamente aquellos hermosos versos:

Qué descansada vida
La del que huye del mundanal ruido

Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y efectivamente, huerto y hasta corral con patos y gallinas embellecían la campestre morada del escritor francés.

Pero quiso su mala estrella, que contiguo al suyo existiese otro corral de cierto labrador maleante, inficionado del virus socialista que, en ciertas regiones de Francia, circula hasta por las venas de los campesinos. El tal vecino odiaba á los *burgueses* y para él eran burgueses todos los que no trabajaban materialmente, luciendo callos y roña en sus manos, profesando particular ojeriza á los escritores, gente en su sentir ociosa, que haciendo garabatos bebe la sangre del pueblo trabajador. De aquí disputas tan inmotivadas como frecuentes entre los vecinos, que concluían siempre con la derrota del escritor, el cual, por prudente y bien educado, llevaba en la lucha de vecindad la peor parte.

Así las cosas, aconteció que á unas gallinas del campesino se las antojó ver lo que pasaba

en el corral inmediato, volaron sobre la pared medianera, mezclándose con las gallinas del escritor, y bien halladas en su nuevo corral, no participaron á nadie su cambio de domicilio. Acusado el escritor de haber robado las gallinas al labrador, y cogido con el cuerpo del delito en el corral, fué arrestado inmediatamente y puesto luégo en libertad bajo fianza y á condición de quedar á disposición del juzgado; pero como el joven literato era naturalmente bueno y pundonoroso, el arresto y la vergüenza pública produjeron penosísima impresión en su ánimo.

Pagó todas sus deudas y encerróse con su familia en la casita campestre.

Como al otro día no se viese salir á nadie de la casa, el comisario de policía mandó abrir la puerta y se encontró con el desgraciado escritor, su esposa de veinte años, un hijo de tres y una hija de ocho meses, todos asfixiados y reunidos en supremo abrazo.

El infeliz no pudo soportar su deshonra, no quiso separarse tampoco de su mujer é hijos, á quienes ciegamente amaba, y cometió aquel horrendo suicidio y parricidio á la vez.

¿Por qué?

Porque la honradez natural no basta. El desgraciado era bueno; pero sin fe en religión alguna positiva, pues profesaba el materialismo, que

hoy se llama *monista*. El desgraciado era filántropo, pero sin noción la más remota de la caridad cristiana. El desgraciado confiaba ingénuamente en que la ciencia labraría con el tiempo la ventura de la especie humana; pero desconocía la esperanza en la misericordia y promesas divinas sin que, ni en sueños, se le ocurriese nunca aspirar á la bienaventuranza eterna.

El católico, en cambio, que tiene verdadera fe, verdadera esperanza y verdadera caridad, no se amilana por tan poca cosa, ni recurre nunca para la curación de sus penas á remedios criminales. Conjúranse contra él sus vecinos, sus compatriotas, sus enemigos, sus amigos y hasta sus propios parientes; se esgrimen en su daño, con intención diabólica, las repugnantes armas de la maledicencia, de la injuria y hasta de la calumnia; las gentes le señalan con el dedo, y por aquello de que el número de los necios es infinito, le acusan, en voz baja y á sus espaldas, de lo más inverosímil y hasta monstruoso; llueven infortunios y desventuras sobre su hogar y hasta padece persecuciones por la justicia; y..... nada, semejante al santo Job, vive sin mancharse en medio de la iniquidad, tranquilo sin sumergirse en el mar de la tribulación, en paz con Dios y con su conciencia entre la gritería de sus enemigos, y dispuesto siempre á besar el látigo con

que la Providencia permite que se le fustigue, porque esta es una de las señales clarísimas de predestinación. El escritor francés, de que hoy nos hablan los periódicos, no era católico, ni cristiano siquiera, y dado su criterio naturalista, la desesperada resolución por él puesta en práctica es hasta cierto punto lógica, aunque criminal, porque la honradez natural no basta ni para salvarse, ni para soportar con paciencia las adversidades de la vida.





LA BENDICION DE LOS TÉRMINOS.

ESTAMOS en un lugar cualquiera de la Serranía de Albarracín y, según el calendario oficial, disfrutábase ya en toda su plenitud de la primavera; pero según la meteorología imperante, el invierno luchaba aún á brazo partido con su hermosa hermana por no cederle el campo.

Ráfagas de viento frío, lloviznas regocijadas y frescas, tormentas estivales y hasta conatos de granizo y nieve, agrupaban á las gentes medio ateridas de frío, en torno de los hogares, unas veces, y las impulsaban, otras, á tomar el sol, como hacen los caracoles después de la lluvia.

Es lo cierto, que el Guadalaviar, manso,

tortuoso y cristalino siempre, apenas podía contener dentro de su cauce sus aguas impetuosas, abundantes y turbias; que entre el fino y verdoso césped los prados lucían aún herbosas manchas, tan secas como oscuras; que los árboles retrógrados, tales como el nogal y el olmo, ostentaban todavía su negruzco y escuálido esqueleto, sin que ojo avizor descubriese en las puntas de sus ramas mas que algún que otro gato vergonzante ó yema ruborosa, y que por el contrario los árboles y arbustos progresistas, como el almendro, la aliaga, el albaricquero, el espino, el cerezo, el peral, el ciruelo y el manzano, ya ostentaban sus tiernas hojas y abundantes flores, blancas, amarillas, sonrosadas y violáceas, como si abril lluvioso y mayo florido y hermoso se hubiesen complacido en cerner sobre sus ramas espesa y menuda lluvia de nieve polícroma.

Recián nevados parecían, en efecto, muchos árboles frutales, cuyos apiñados ramilletes de blanquísimas y delicadas flores destacábanse sobre el verde obscuro de los trigos, que les servían de alfombra. Pero ¡qué diferencia! los árboles matizados de nieve deslumbran al espectador y le hacen estornudar estremeciéndole de frío, al paso que los árboles cubiertos de flores deleitan la vista y el olfato, y ensanchan los pul-

mones, que se fortifican y complacen haciendo inspiraciones sostenidas y hondas.

Verdaderamente se sentía aún esa temperatura fresca, que acompaña á la despedida del invierno; pero el ambiente perfumado por las incontables flores de los árboles, arbustos y yerbas, las tibias horas del centro del día, realzadas por un sol brillante y un cielo azul y limpio, las mismas nubes, vaporosas y blanquecinas, semejantes á vellones de cándidas ovejas, los aleteos y graznidos de los grajos y cuervos, que buscan en peñascos altísimos la quiebra más oculta para instalar su nido, los trinos y gorgoros de los pajarillos acróbatas, que juegan al esconder en la enramada, el regreso de las golondrinas, que regocijadas reconocen en las azoteas y aleros de los tejados su cuna de barro, la aparición perezosa y tímida de los hasta entonces soñolientos lagartos y víboras, el zumbido de la abeja y el moscardero monótono, insistente y penetrante del abejorro, que revolotean de flor en flor, la presencia de vacilantes mariposas, que recién salidas de su crisálida apenas tienen fuerzas para lucir los vivísimos colores escarlata, limón, naranjado, carmín, nácar, azul, blanco y negro que tiñen sus alas finísimas, la naturaleza toda, en una palabra, el cielo, la tierra, las aguas y el ambiente, los árboles, las yerbas y las flores, los insec-

tos, las aves, los reptiles y hasta el hombre mismo, pregonaban la aparición de la primavera y disponíanse á gozar de sus encantos.

La Iglesia católica, nuestra cariñosa madre, que aunque tiene fin supramundano y levanta principalmente sus ojos al cielo, no olvida que milita sobre la tierra y que secundariamente puede labrar también la ventura terrena del hombre, regocíjase con la primavera, hace rogativas públicas implorando la protección del Altísimo y de todos los santos, bendice el pan y el agua para que sirvan de alimento saludable al hombre, bendice los ramos y las flores para que el Actor de todo bien se digne convertirlos en frutos hermosos y sazonados, bendice los animales, las casas y las cosechas, bendice los artefactos de la industria y del ingenio humanos, y bendice de la misma manera, solemne y procesionalmente, los términos de los pueblos, villas y ciudades.

El lugarejo albarracinense, que sirve de marco á este piadoso y poético cuadro, para los efectos de las bendiciones eclesiásticas, en nada cede á las más opulentas metrópolis, y llegado el tres de mayo, día en que la Iglesia católica conmemora la invención en Jerusalén por Santa Elena de la Santa Cruz, el Párroco con su sacristán y monaguillos, terminada que fué la Misa conventual, aprestóse á bendecir los términos.

En la puerta misma de la iglesia se organizó la procesión, formada por la Cruz parroquial que, entre ciriales, abría la marcha, por los niños de la escuela que venían detrás en dos hileras, por media docena de ancianos, devotos y achacosos, que en pos de los niños recordaban los crepúsculos matutino y vespertino de un hermoso día, por el Cura párroco con capa pluvial, que ostentaba en sus manos el sagrado *Lignum Crucis* y por numerosa turba de mujeres y niñas, que, en delicioso desorden, cerraban el séquito.

¿Por qué el sexo propiamente dicho fuerte, es decir los trabajadores, brillaba por su ausencia? En primer lugar, porque el tres de mayo no es día festivo y desde el amanecer dedícanse todos á las labores campestres; y en segundo, porque la piedad sólida y característica de nuestros padres va cayendo en desuso por obscurantista y retrógrada, hasta en las aldeas serranas. Antaño, el concejo en masa, presidido por su Ayuntamiento, concurría á estas solemnidades religiosas y patrióticas. Porque en efecto ¿quién más interesado que el labrador en la bendición de sus campos, de sus plantas y de sus frutos?

La modesta procesión salió del lugar cantando la Letanía de todos los Santos y aquella turba de niños, mujeres y ancianos acometió de frente la subida á cerro empinado y altísimo,

que á orillas del pueblo se levanta, y sobre cuya escueta cumbre corona un pilar el signo de nuestra redención, con el nombre de la Cruz del Alto.

La procesión culebreaba por la falda del cerro, alternando su respiración fatigosa y anhelante con las preces: *Ora pro nobis—Liberanos, Domine—Te rogamus audi nos*, etc., como si la debilidad y la inocencia fuesen los embajadores comisionados por el pueblo para impetrar bendiciones y protección del Todopoderoso.

Llegados al alto y frente al pilar, vueltos todos hacia el Oriente, se cantó el responsorio *Crux fidelis*; se dijo semitonado el Evangelio de San Mateo, referente á la adoración de los Reyes Magos; roció el Preste el lugar con agua bendita; en la correspondiente cara del pilar, perfectamente orientado, pegó el sacristán una crucecita de cera y terminó la bendición de los campos situados al Oriente, diciéndole al Señor: «Conserva intactos nuestros términos de toda malignidad y diabólica persecución, para que aquellas cosas que de ellos nacieren sirvan á tu Majestad y socorran nuestras necesidades.»

Vuelto entonces el Sacerdote hacia el Occidente y, cantado el responsorio *Nos autem gloriari oportet*, se semitonó el Evangelio de San

Marcos, referente á la aparición de Jesús á los once discípulos en el Cenáculo; se rociaron los campos de aquel lado con agua bendita; colocó el sacristán otra crucecita de cera en la correspondiente cara del pilar y se terminó orando: «Rogámoste, Señor, que por tu virtud apartes de nuestros términos todo género de tempestades, para que, libres de ellas, demos gracias á tu Majestad y podamos servirte con mente cada vez más pura y libre.»

La misma ceremonia se repitió mirando al Norte, cantando el responsorio *Dulce lignum*, semitonando el Evangelio de San Lucas, referente á la Anunciación y rezando: «Dignaos, Dios y Señor nuestro, dar y conservar los frutos de la tierra, para que gocemos de auxilios temporales y caminemos siempre en aumento de gracias espirituales.»

Mirando hacia el Mediodía, por último, se cantó el responsorio *Hoc signum Crucis*; se semitonó el primer Evangelio de San Juan y se terminó diciendo: «Rogámoste, Dios y Señor nuestro, que mires con ojos serenos y rostro alegre estos nuestros términos y envíes sobre ellos tu bendición, para que no los azote el granizo, ni los destroce el huracán, ni la tempestad los destruya, ni los agoste el estío, ni los corroan los animales dañinos, ni los inunde la lluvia;

antes bien lleves sus frutos, incólumes y exuberantes, á perfecta madurez para nuestro uso».

Claro está que ninguno de los concurrentes pudo traducir, ni entender al pié de la letra las preces latinas arriba dichas; pero desde aquella altura abarcaban perfectamente sus huertas y campos de pan llevar, situados á los cuatro vientos y uniéndose en espíritu al Sacerdote impetraban la bendición divina para todos ellos.

El Párroco terminó el acto bendiciendo con el *Lignum Crucis* los términos todos, haciendo cuatro veces la señal de la cruz en dirección á cada uno de los puntos cardinales y diciendo á la vez: «La bendición de Dios omnipotente, Padre é Hijo y Espíritu Santo, descienda y permanezca sobre nuestros términos y sus frutos.»

A cada uno de los concurrentes se repartió en seguida una esferita de cera, para que convertida en pequeña cruz la colocasen en alguna de las ventanas de su casa y, cantando otra vez la Letanía de todos los Santos, descendió la procesión del monte y regresó á la iglesia.

Flores del alma, delicadísimos perfumes, auras angelicales son ciertamente estas ceremonias religiosas con que el culto católico rejuvenece todos los años la vida cristiana de los pueblos y conmemora la primavera mística.



LÁGRIMAS DE REMORDIMIENTO.

SERÍAN como las tres de la tarde de uno de esos días del mes de enero, relativamente cálidos y brillantes de luz y sol que convidan á desentumecer los ateridos miembros, paseando al aire libre. Cierta capitán retirado, amigo mío, y yo, quisimos aprovechar día tan espléndido y tarde tan deliciosa para solazarnos, carretera adelante, en las inmediaciones del lugar, contemplando el bravío paisaje que á derecha é izquierda del camino se levanta, y charlando á la vez sin testigos importunos. Las soledades de la naturaleza expansionan el ánimo y abren los corazones. En las afueras del pueblo, resguardado del viento Norte por una

tapia medio derruída, sentado sobre el sucio suelo, y encorvado hasta casi besarlo con la barba, tomaba el sol, haciendo rayas con el garrote sobre el polvo, un anciano perlático, medio ciego, y de aspecto andrajoso y miserable. Casi no advirtió nuestra presencia; pero al pasar por su lado, mi amigo el capitán dejó caer en su mano unas monedas de cobre, diciendo:

—Tome usted, tío Jeromo.

—Dios se lo pague á usted, don Fernando,— contestó el anciano con voz temblona y conmovida, mientras una lágrima como una bellota rodaba por su mejilla.

—Siempre que le doy limosna (me dijo el capitán) llora; si le doy un cigarro, llora; si le ayudo á levantarse cuando veo que él no puede, llora; si lo convido á echar una copa, llora; y, en fin, aunque no haga mas que dirigirle la palabra ó saludarle al paso, llora también.

—Será de agradecimiento.

—Qué sé yo. Y el caso es que nunca derrama mas que una gruesa lágrima.

—¡Pobre hombre! Al menos tiene buen corazón.

—No sé que te diga; pero te voy á contar una historia, que no es cuento.

—Venga.

—De esto hace más de cuarenta años; pero

lo tengo grabado en la memoria como si hubiese pasado ayer mismo.

—Adelante, pues, con el cuento.

—Repito que no es cuento, sino historia, de la que yo mismo soy protagonista.

—Mejor que mejor; empieza.

—Pues señor, el tío Jeromo, ese pobre viejo que acabamos de socorrer y se muere de años y de miseria, era entonces uno de los labradores más *repretadicos*, como ellos dicen, es decir, mejor acomodados del lugar. Tenía un hijo buen mozo y galán (en el que adoraban sus padres y para el cual les hubiese parecido cosa mezquina un trono) contemporáneo mío por cierto, pues nacimos el mismo año y entramos juntos en la misma quinta. Todo sonreía á tan venturosa familia: bienes de fortuna, salud, consideración social, paz doméstica, etc., etc. En mi familia, por el contrario, podía contemplarse á la sazón el reverso de la medalla. Al morir mi padre, con sus fornidos y honrados brazos se llevó al otro mundo la llave de la gabeta, dejándome muy niño y por única herencia, mi madre. La pobre, que vivía de limosna, me educó como pudo enviándome todos los días á la escuela. Allí aprendí á leer, á escribir, cuentas, el Catecismo y... nada más. Lo suficiente, sin embargo, para que, apenas tuve edad adecuada, me admitiesen de

mancebo en una tienda de la capital. Mi madre se quedó sola en el pueblo, viviendo de la caridad pública; pero mis primeros ahorros fueron para ella. Cuantas veces bajaba á la ciudad, se subía siempre algunos reales que mi principal le anticipaba á cuenta del salario de su hijo. Poca cosa, porque tampoco yo ganaba más, pues entonces los mostradores apenas producían á los dependientes de comercio mas que para comer y vestirse; pero es lo cierto que yo *mantenia* á mi madre, la cual lo pasaba menos mal, desde que, con la mocedad, aumentó mi salario. Llegó el año de la quinta, y el tío Jeromo, con premeditación y alevosía, dirigiéndose á mi madre, y en presencia de testigos se puso á ponderar las cantidades que yo le enviaba, con las cuales, decía, mi madre lo pasaba admirablemente.

Tanto porque así dicho no era verdad, cuanto porque mi bendita madre no malició el lazo que la tendían, dijo:

—¡Pobrecico mío, pobrecico! ¿Qué ha de enviar, qué ha de enviar? Para él que ganase...

Aquello fué suficiente; llegó la quinta, juntos entramos en suerte el hijo del tío Jeromo y yo; saqué yo número más bajo, pero él venía detrás, y aunque según la ley yo estaba libre de quintas por hijo único de viuda pobre que la

mantiene, tuvo más fuerza legal la declaración insidiosamente arrancada á mi madre que la franca y verídica de mis principales, y yo fuí soldado, mientras se quedó en su casa tan campante el hijo del tío Jeromo.

—Algo más habría.

—No sé, chico; nunca he sabido mas que lo que te cuento. Mis amos quisieron comprarme sustituto, pero como estábamos á la sazón en plena guerra civil, costaban un dineral, y yo no quise cargar con deuda tan enorme. Cargué, pues, con el chopo; y aquella fué, como sabes, mi suerte.

Aquella fué su suerte, en efecto. En la aldea no hubiera pasado nunca de un destripaterrones, y en la capital de la provincia, de un tendero de mala muerte; pero su honradez acrisolada, su buena letra y habilidades oficinescas, su rectitud ingénita y valor natural ganáronle bien pronto el aprecio y protección de sus superiores y, aunque en aquella época no se prodigaban los ascensos, llegó á sargento primero en la Península, pasó á la isla de Cuba de oficial, ascendió allí á capitan, reuniendo á la vez un capitalito muy decente á fuerza de trabajo, de modestia y economías, capital que le permitió retirarse á su pueblo natal, en donde vive feliz cobrando su retiro por las cajas de Ultramar y

figurando á la cabeza de los primeros contribuyentes.

No quise ser indiscreto, y por todo comentario al relato que acababa de oír, dije:

—Así procede el verdadero cristiano y el caballero: olvidando agravios y devolviendo bien por mal.

Los lagrimones del tío Jeromo, sin embargo, no se apartaban un punto de mi memoria, y desde aquel día me propuse interrogar acerca del asunto al pobre viejo.

—Calle usted, señor (me dijo); vergüenza me da decirlo; pero son lágrimas de remordimiento que se me escapan, por más que preto los párpados.

—¿Qué mala partida ha hecho usted á don Fernando para que le remuerda la conciencia?

—Qué, ¿es usted confesor?

—No lo soy, es verdad; pero me consta que el capitán aprecia á usted como usted se merece, y no me explico...

—¿Con que como yo me merezco?... ¡Paño! Si usted supiera...

—Venga, hombre, desahogue usted ese pecho, que las penas entre dos se llevan más fácilmente.

—Voy, pues, á contárselo, pero con la condición de que no ha de decir nada al capitán.

—Conformes.

—Pues señor, mi Tomasa, que en gloria esté, y yo idolatrábamos á nuestro hijo único Alberto, que era más rico que las pésetas, y aquel año entraba en quintas con don Fernando. Si éste se libraba por hijo de viuda pobre, mi Alberto era casi seguro que tendría que servir al rey. Repretadicos estábamos, pues aunque me esté mal el decirlo, mi casa era entonces una de las mejores del lugar, pero no pa comprarle soldao, pues motivao á la guerra, los hombres no se vendían por un ojo de la cara. Pensamos, pues, en sacale el buche á la madre de Fernando, que se caía de buenaza, y le hicimos decir, ante testigos, que nada le enviaba su hijo. Se instruyó contra-expediente pa probar el dicho y se probó como queríamos; pero de nada nos hubiera valido la añagaza, sin un empleao granuja que entendía en esto de quintas allá bajo, y por cuatro onzas que le dimos, sacó el expediente á flote. Fernando fué soldao, y mi Alberto se quedó en casa; pero..... desde aquel día...

—Quedaron ustedes libres de penas, y con Alberto pronto á recuperar á fuerza de trabajo las cuatro onzas.

—Calle usted por Dios, señor; la maldición del cielo cayó aquel día sobre mi familia y mi

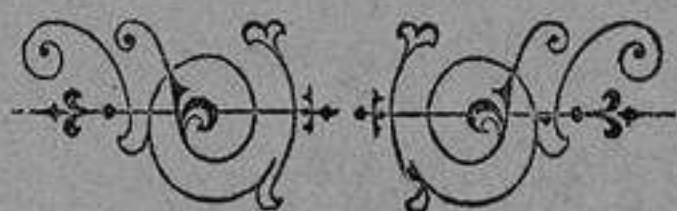
casa. Vinieron las malas cosechas, fuimos vendiendo poco á poco la hacienda, enfermaron mi mujer y mis hijas, y hasta mi Alberto, que era el mejor mozo del lugar, alto y derecho como un pino, se volvió anteco, se fué acurrucando y hasta le salió una giba en las espaldas. Todos han muerto de uno en uno, dejándome, como usted me vé, pobre, viejo y miserable, y sin fuerzas para otra cosa mas que para llorar siempre que me acuerdo de aquella partida serrana que le jugamos á Fernando y á su madre.

—Verdaderamente, fué mala acción; pero ya la ha purgado usted bastante.

—Lo que más me avergüenza es el porte de don Fernando conmigo.

—Ya no se acuerda de semejante cosa. Sin duda ha perdonado á usted hace muchos años con toda su alma.

—¡Dios se lo premie!—exclamó el tío Jeronimo, dejando correr el lagrimón consabido.





EL SANTO VIÁTICO.

(CUADRO DE COSTUMBRES ALBARRACINENSES)



—¿VE usted, vecina? Parece que tocan.

—¡Calla! Es verdad.

—¡Don, din, dan!... ¡Don, din, dan!..

—Mujer, si es á dar el Señor.

—Tiene usted razón. Voy por la mantilla, y bajo corriendo. ¿Viene usted?

—¡No faltaba más, hija; ni que fuéramos moras!

—¿Y quién será el venturao que se empeña en morirse con tantos quehaceres y calor tanta como tenemos en este tiempo?

—¡Toma! El tío Pelambre, que estaba muy malico, sin poder pasar bocao, ni tener sobre qué caerse muerto.

—¡Don, din, dan!... ¡Don, din, dan!...

—¡Jesús, hija, que tocan otra vez! ¿Vamos?

—A escape.

Hiciéronlo así las comadres, suspendieron las faenas domésticas arrojando lo que llevaban entre manos, tomaron las mantillas y, desplegándolas y cubriéndose con ellas la cabeza, calle adelante encamináronse á la iglesia. La mayor parte de los vecinos del lugar hacían lo mismo, desembocando presurosos por todas las calles en la plaza.

Era el 10 de agosto, día del mártir invicto San Lorenzo y de la victoria de San Quintín. Estaban en todo su apogeo las labores de la recolección, el pueblo casi desierto y ocupadas las eras próximas por cuadrillas de trabajadores de toda edad y sexo, hacinando unos la dorada mies, trillándola otros, aventándola éstos, metiendo paja aquéllos, acribando el grano los demás allá, y yendo y viniendo todos, sin permitirse mano ni pié quieto. El afán con que el labrador se dedica á las tareas de la siega y de la trilla, sólo es comparable á las zozobras y temores sin cuento que el pobre sufre desde que arroja el grano á la tierra hasta que lo recoge otra vez en sus graneros. ¡Cuántos enemigos tiene el pobre agricultor!

Y, sin embargo, apenas oyeron la campana de la parroquia, suspendieron incontinenti sus tareas y corrieron presurosos á acompañar al Santo Viático, rindiendo á la vez este tributo último á su pobre compatriota, que con aquellas campanadas llamaba en las puertas de la eternidad.

Verdad es que acudían: el uno descalzo de pié y pierna, como le cogió en el montón de trigo que estaba acribando; el otro, con las melenas en desórden, trenzadas con paja y empolvadas de tamo; cuál en mangas de camisa, y quién con capa de paño pardo, cuya sola vista hacía correr el sudor por las tostadas frentes; esta mujer, llena de la harina que estaba cer- niendo, con el cántaro debajo del brazo aqué-lla que venía de la fuente, y todos los párvulos de la escuela en tropel y enseñando sus carnes morenas por más de una abertura ó desgarrón.

Es lo cierto que la iglesia se llenó de gente; que los primeros seis hombres venidos empuñaron las varas del palio; que los muñidores de la Cotradía del Santísimo tomaron unas canastitas estrechas y largas, llenas de velas, entregando una á cada concurrente, y cabos de los más cortos á los muchachos; que mientras el Cura sacaba el Copón del Sagrario comenzaron á brillar multitud de luces vacilantes; y en me-

dio de sepulcral silencio, interrumpido sólo por el murmullo de las oraciones y el chisporroteo de las luces de cera, salió la procesión á la calle, rompiendo la marcha el maestro con los muchachos, después los hombres, luégo el señor Cura bajo palio con el Santísimo, y, por último y en desorden, las mujeres.

Retorciéndose como luminosa y descamisada anguila, por calles estrechas, empinadas, tortuosas, llenas de hoyos y morrillos, recorrió medio pueblo la procesión del Santo Viático, anunciando su paso el argentino, acompasado y frecuente *tilín, tilín*, de la campanilla, que tocaba un monaguillo, y mezclándose al rítmico y lento rumor de las pisadas, la salmodia solemne del Cura, sacristán y cantores aficionados, que de vez en cuando recitaban en latín con el Rey Profeta:

«Compadécete, Señor, de mí, según tu gran misericordia.»

«Y según la muchedumbre de tus misericordias, borra mi iniquidad.»

«Lávame de mi iniquidad y límpiame de mi pecado.»

«Porque conozco mi iniquidad y siempre está clamando contra mí mi pecado.»

«A Tí sólo pequé, y practiqué el mal delante de Tí; perdóname para que seas reconocido por justo en tus palabras y por victorioso en tus juicios.»

.
Mentiría si dijese que aquella procesión de devotos campesinos traducía mentalmente los lamentos del *Miserere*, ni mucho menos penetraba su hondo sentido; pero no había mas que mirarles la cara para convencerse de que la compasión más caritativa por el enfermo y la piedad y fe del carbonero anidaban en sus corazones, mientras que sus labios recitaban las plegarias del Catecismo.

La procesión se dirigió por fin á la parte más pobre y empinada del pueblo, é hizo alto junto á la puerta de casuca mísera.

—
El trozo de calle que precede á la casa del enfermo estaba recién barrido y regado, lo mismo que la entrada, la escalera y el cuarto donde iba á penetrar el Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Alfombraban el suelo, de tierra y yeso, hojas de menta olorosa, y tapizaban las paredes colchas y sábanas de cama, que se habían apresurado á suspender de cuerdas tirantes las vecinas. De la ventana del cuarto del en-

fermo, que estaba entornada, quedando la estancia en misteriosa obscuridad, colgaba un pañuelo de crespón y un candil encendido. Un velón y una candileja iluminaban la escalera, y sobre una mesa, baja como un escaño y cubierta con tapete de percal con faralares, veíase un Cristo de la iglesia parroquial, entre dos candeleros, con velas encendidas.

Con ayuda de vecinas pudieron mudarse las ropas de la cama, que eran tan pobres como limpias. También el enfermo llevaba camisa limpia de lienzo gordo, y sentado en la cama decía á la mujer que le cuidaba:

—Yo bien me arrodillaría para recibir al Señor, que parece que llega, pues oigo la campanilla; pero, apenas me muevo, las *rampas* me torozan y se me comen.

—¿Quién piensa en eso, tío Pelambre? Estése usted quieto, que el Señor lo que quiere son corazones rendidos, y no piernas dobladas.

—Sí... pero si yo pudiera...

—¡Tilín, tilín!... ¡Tilín, tilín!...

La procesión llegó en aquel momento á casa del enfermo; los hombres arrodillarónse en dos filas frente á la puerta; pasó por medio el Santo Viático, bajo palio, haciendo éste alto junto al umbral y penetrando aquél en la casa en manos del Sacerdote, y las mujeres obstruyeron el ex-

tremo opuesto de la calle, arrodillándose en grupo compacto sobre el duro suelo.

—

Dos cuadros reclaman ahora nuestra atención, el exterior y el interior: comencemos por éste.

—La paz sea en esta casa,—dijo el señor Cura, en latín, al entrar en el cuarto del enfermo.

—Y con todos los que habitan en ella,—contestó el sacristán.

Rezadas las oraciones y cumplidas las ceremonias que previene el Ritual Romano acomodado á la diócesis de Albarracín, se acercó á la cama el señor Cura, y dijo leyendo:

—«Hermano mío: Nuestro Señor Jesucristo os viene á visitar; suplicadle que por su misericordia os dé la salud del alma y, si conviene, la del cuerpo, para más gloria de su Divina Majestad y, para que más dignamente lo podáis recibir, debéis tener muy limpia la conciencia de todo pecado. Por tanto, mirad si os acordáis de alguna cosa que confesar.»

Hacía un calor insoportable en aquel mezquino cuarto, y olía, no á ámbar, sino á sahumero y á enfermo pobre; pero el Sacerdote le administró la Santa Comunión con toda reverencia, sin apresurarse y con el amor que sólo infunde en los pechos el Catolicismo.

De pregunta en pregunta hizo confesar al enfermo la fe que profesó en el bautismo y los Santos Sacramentos, terminando el interrogatorio con estas palabras:

—Además de esto, ¿perdonáis de corazón á todos los que os han hecho injurias ó dado algún pesar?

—Sí perdono,—contestó el enfermo con voz entrecortada por la emoción, mientras dos lágrimas como avellanas corrían por sus tostadas y escuálidas mejillas.

—¿Pedís asimismo perdón á aquellos que en algún tiempo hayáis ofendido por palabra ó por obra?

—Sí pido.

Cuya profesión de fe é interrogatorio terminados, recibió la Sagrada Comunión por Viático, con tanta compunción como esperanza, y, terminada la imponente ceremonia, se despidió el Cura diciendo:

—Hermano mío: muchas gracias debéis dar á Nuestro Señor Jesucristo por la merced que os ha hecho en dejaros recibir este Santo Sacramento del Altar con los demás de la Santa Madre Iglesia que habéis recibido hasta ahora y os convenían para remisión de vuestros pecados. Ahora sólo resta el de la Extremaunción si Nuestro Señor fuere servido que de él tengáis nece-

sidad. Y si por algún impedimento entonces no le pudierais pedir, ¿desde ahora lo pedís á la Iglesia?

—Sí pido.

—Yo en su nombre os lo ofrezco, y os recomiendo que, conformando vuestra voluntad con la de Nuestro Señor, recibáis esta enfermedad de su mano con mucha paciencia y se la ofrezcáis en remisión de vuestros pecados.

Entretanto los fieles todos permanecían arrodillados en la calle, con sus velas encendidas en las manos, que goteaban sobre el suelo y sobre los trajes á veces, formando chorros y rosarios de cera vela abajo, y produciendo imperceptibles chisporroteos y luces mortecinas, eclipsadas por los ardientes rayos solares que derretían las piedras, y mejor al devoto concurso.

Los hombres oraban en silencio; pero entre las mujeres la atiplada vocecilla de una de ellas rezó en alta voz, primero una estación al Santísimo, después por la salud del viaticado, por las necesidades de la Iglesia, por los príncipes cristianos, para que nos libre Dios de muertes repentinas, y hasta por «aquellas cosas ocultas que nos serán manifiestas en el día del juicio». No sé qué quería decir aquella buena rezadora; pe-

ro es lo cierto que nadie se sonrió y todas contestaban con devoción verdadera.

Se fué obscureciendo el cielo, aumentó el calor, condensáronse las nubes, que pasaban sobre la casa del enfermo proyectando sombras negras sobre la calle, y mientras retumbaba el trueno muy lejos, empezaron á caer gotas claras y anchas como monedas. A nadie se le ocurrió moverse. El calor sofocante y los estampidos prolongados y remotos, parecían murmuraciones del averno ante aquel espectáculo agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres, y como protestas y ladridos de impotencia vergonzante contra el alma que se escapaba de entre las garras de Satán.

El pueblo rezaba y callaba. Las gallinas, alargando el cuello, apretando el paso y bajando y recogiendo la cola como si temiesen mojársela, se dirigían á los gallineros. Refugiábanse los pájaros en los aleros de los tejados, y los chiquillos pretendían que las gotazas de agua apagasen sus velas. Parpadeaban algunas luces y morían al contacto de la lluvia, produciendo pequeño chirrido, como si las friesen; pero la mayor parte de las velas continuaban ardiendo y quemando cera por la salud del enfermo.

—¡Tilín, tilín!... ¡Tilín, tilín!...

El Sacerdote se presentó en la puerta del tío Pelambre, más rico con la visita de su Dios y Señor que todos los Cresos del mundo; se colocó debajo del palio, levantarónse todos, y cantando el *Laudate Dominum de coelis*, regresó la procesión á la parroquia.

Y, efectivamente, los ángeles todos, todas las virtudes, el sol, la luna, todas las estrellas y luminares, los cielos de los cielos, las aguas todas que sobre los cielos están, los dragones y todos los abismos, el fuego, el granizo, la nieve, el hielo, las tempestades, los montes y todos los collados, los árboles frutales y todos los cedros, las bestias y toda clase de ganados, las serpientes y los murciélagos, los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos lo mismo que los niños, todos alababan al Señor, todos glorificaban á Dios porque se había dignado humillarse hasta visitar al más infeliz vecino de aquel lugar.

Y hasta los elementos parece que tomaron también parte en el general regocijo, pues disiparónse las nubes, huyó la tronada que sobre el pueblo se cernía, brilló el sol en todo su esplendor y, momentos antes de reservar el señor Cura, dijo desde el pié del altar á la concurrencia:

—«Todos los que habéis acompañado al Santísimo Sacramento, que es el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, habéis cumplido una obra de misericordia visitando á este enfermo, y ganado las indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices y Prelados de esta diócesis, y los que han llevado velas encendidas las han ganado dobles. Ahora, entretanto que se vuelve el Santísimo Sacramento á su lugar, os encargo por este enfermo la oración del *Pater noster* con el *Ave María*, rogando á Dios Nuestro Señor le dé la salud ó lo que más convenga para su salvación.»

Reservó y salieron todos á la calle, corriendo en diferentes direcciones á sus respectivos quehaceres.

Una hora después de haber empezado á tocar las campanas de la parroquia á dar el Señor, cierto travieso muchacho de los que acudieron volando al piadoso llamamiento guiaba de nuevo el par que molía en su era la parva, y cantaba con toda la fuerza de sus pulmones y el regocijo del que acaba de hacer una buena obra, dando vueltas y más vueltas con el trillo:

Corre, corre, caballico,

corre, corre sin parar,
que en la puerta un pobrecico
limosna pide de pan.





RESTITUCIONES DE ULTRATUMBA.



A virtud sólida, verdaderamente cristiana, se parece á la violeta, flor tan delicada como modesta, que se oculta entre el follaje de los ribazos y se esconde entre las verdes hebras del césped. Sin embargo, su aroma deleitoso la denuncia y fácilmente la descubren las personas de buen olfato. Muchos católicos prácticos, tan humildes como las violetas, sin ruido ni ostentación y hasta sin que lo adviertan las personas de su mayor intimidad, dan limosnas á los pobres, visitan á los enfermos, auxilian á los moribundos, enseñan el Catecismo á los que no lo saben y practican, en suma, las obras de misericordia, tanto espirituales como

temporales. Uno, pues, de estos fervientes católicos, cuya modestia y sencillez únicamente pueden compararse con su fe y su piedad, tiene la bendita costumbre de visitar á sus conocidos todos apenas sabe que se encuentran en peligro de muerte, y, aunque no es sacerdote, ni les ayuda á bien morir en el sentido estricto de la frase, leyéndoles la recomendación del alma y demás preces que, para estos casos, aconseja la Iglesia, se sienta á la cabecera del enfermo y le hace, en alta voz, aquellas reflexiones que naturalmente inspiran la conversación y las circunstancias. Muchos son los moribundos que conservan la lucidez intelectual hasta que, con la vida, exhalan el último aliento, y se necesita corazón de bronce para no endulzar sus angustias mortales con palabras cariñosas y de esperanza. Agradecen tanto estos consuelos, las personas piadosas sobre todo, que cuando no pueden con los labios, dan las gracias con miradas que parten el alma. La esposa de este mi amigo, á quien arriba aludo, que participa también de sus sentimientos piadosos y le ayuda é impulsa en su santa obra de asistir á los moribundos, le dijo en cierta ocasión:

—¿Por qué no vas á visitar á Fulano, que, según me han dicho, está muy grave?

—Mujer, ese no necesita asistencia religiosa.

Para morir tranquilo y contento le basta con haber vivido como ha vivido. Ya me daría yo con un canto en los pechos por tener muerte tan santa como la suya.

—Verdad es; pero ¿qué te cuesta?

—Tienes razón, mujer, y, aunque sólo sea para que no se diga nunca que hubo una mujer que no se salió con la suya, voy allá.

Se trataba, en efecto, de un enfermo, casado y sin hijos, de reputación intachable, por cuyas buenas ideas y costumbres hubiesen puesto las manos en el fuego todos los vecinos de la ciudad.

Aseguraban los médicos que moriría en breve de congestión cerebral, y, cuando mi amigo tomó asiento á la cabecera del moribundo, guardó silencio creyéndole atroncado; pero el enfermo le conoció y le dijo:

—¡Hola, Fulano!

—¿Cómo te encuentras?

—Estaba pensando en el cuarto dolor de María Santísima.

—Encomiéndate al Hijo y á la Madre, que, en estos casos, todo es poco.

El enfermo calló, cerró los ojos como para concentrarse y meditar, vino el letargo y momentos después el ataque anunciado, perdiendo por completo el sentido y dejando escapar

un hilito de sangre por la comisura derecha de la boca. El médico y todos los circunstantes creyeron que había fallecido. Pasaron unos minutos y de repente el enfermo recobró el aliento, se agitó en su lecho y se incorporó algún tanto, dando pruebas inequívocas de lucidez intelectual. Se comentó el suceso ante el mismo moribundo, á quien el piadoso asistente dijo:

—Chico, cuando Dios te concede este gran favor de volverte á la vida, para algo será.

El moribundo clavó una mirada insistente y dura como un puñal en el que acababa de pronunciar aquellas frases y dijo á la vez:

—Que salgan todos.

La esposa del enfermo quiso alejarse también.

—Tú, no: quédate.

Dió un gran suspiro, comenzó á llorar lágrimas de compunción verdadera y entre sollozos dijo:

—Yo no soy lo que parezco, antes al contrario he engañado al mundo y á mí mismo; pero á Dios no se le engaña. Toma papel y pluma (añadió dirigiéndose á mi amigo), y anotad las cantidades que he robado.

—Ve diciendo, que tengo buena memoria, y tranquilízate.

—A Fulano, en tal ocasión, tanto; á Zutano, en tal otra, cuanto; á Mengano....

No hubo más remedio que formar la lista detallada, como quería el enfermo.

Su mujer quedó al pronto aturdida como si de repente el cielo se hubiera desplomado sobre su cabeza; pero se serenó al fin y, aunque con tantas y tales restituciones, la infeliz, que no había tenido arte ni parte en los latrocinios de su marido, se quedaba en la calle, dió el magnífico espectáculo de alentar á su marido para que lo dijese y recordase todo.

Así sucedió: se formó la lista detallada y tan completa como era posible en tan angustiosos momentos. Volvió el confesor, hizo el moribundo confesión general de toda su vida pasada, durante la cual aún salieron á colación algunas restituciones rezagadas y recónditas, y murió tranquilamente en el Señor de las misericordias, que indudablemente la tuvo de aquella pobrecita alma.

Aún estaban calientes los restos mortales de su difunto esposo, cuando la viuda había devuelto ya, duro sobre duro, las cantidades hurtadas por su marido, por lo cual se me ha ocurrido llamarlas *restituciones de ultratumba*.

Digan lo que quieran los librepensadores y enemigos de la confesión sacramental; única-

mente el Catolicismo ofrece espectáculos de esta índole, que llenan de alegría á los ángeles y de admiración á los hombres.





LA HUMILDAD AMANSA À LAS FIERAS.

QUÉ católico no ha puesto los piés en conventos de monjas capuchinas? Basta penetrar en una de estas pobres moradas y oír durante cinco minutos y á través del torno, á la más lerda de las hijas de Santa Clara para quedar confundido y edificado. ¡Pobres capuchinas! ¡Qué riqueza tan grande se aparejan por sus propias manos, con sus martirios y oraciones, en la gloria! Visten dos burdos y ásperos sayales de estopa y lana, uno interior, que casi más que el cilicio produce escozor continuo en su piel delicada; y otro exterior, que compone su hábito, ingeniosamente ideado para que sientan intenso frío en invierno y calor insoportable

en verano; siempre descalzas, llevan alpargatas durísimas, forradas de la misma estofa del hábito y atadas con orillos de tales paños; duermen vestidas sobre tarima de madera, con una almohada rellena de paja por todo cabezal; ayunan rigurosamente desde Todos Santos hasta Navidad, toda la Cuaresma y muchos días del año, y á pan y agua el Jueves y Viernes santos; disciplínanse dos veces cada semana, triplicando la disciplina, mientras cantan tres *Misereres* semitonados, en los santos días dichos; todas las noches interrumpen su sueño bruscamente á las doce en punto para trasladarse al coro, lo mismo en invierno que en verano, y cantar Maitines; ni en el locutorio, ni en el torno se las ven nunca, aunque se las oye; únicamente pueden hablar, con permiso de la Abadesa, determinados días y en presencia de dos escuchas; y practican otros mil actos de mortificación y de piedad, que edifican á los creyentes, y ponen espanto en el ánimo sensual de los incrédulos.

*
* *

A una de estas santas comunidades pertenecía Sor Tomasa, heroína de la presente historietta, tan real como edificante. Era hija de un labrador medianamente acomodado, egoísta é

indiferente en materias religiosas. Obligó á su hija á que se hiciese maestra de primera enseñanza, obedeció Tomasa sin chistar, marchó á la capital y, así como otras muchas jóvenes, que siguen la carrera del profesorado, se pierden, Tomasa tuvo la dicha de dar con un confesor discreto y celosísimo, que la fué colocando poco á poco en condiciones de salvarse. Cultivó pues con esmero y á la vez los estudios y la piedad, regresando á su pueblo natal con la carrera concluída é inquebrantable vocación de monja. Cuando su padre tuvo noticia de los propósitos de Tomasa, montó en cólera, la negó terminantemente la dote y consentimiento necesarios para que entrase en religión, y comenzó á tratar á su hija peor que si fuera hijastra. Tomasa sufrió en silencio y, siempre amorosa, obediente y sumisa, dejó pasar el tiempo hasta que llegó á la mayor edad. Su confesor gestionaba entre tanto la manera de colocarla en un convento, aunque fuese de monja de obediencia, por carecer de recursos para aportar la indispensable dote. Las Capuchinas de X*** prestáronse á admitirla para que se encargase de la escuela pública. No se dedican á la enseñanza las hijas de Santa Clara porque así lo manda su regla; pero los Prelados han querido ponerlas así á cubierto, aunque sin lograrlo, de las arbitrariedades revolucionarias.

Huyó pues Tomasa de la casa paterna, refugiándose en el convento de Capuchinas, admitiéronla éstas para el cargo de maestra de niñas y al año profesó, no sin que su padre escandalizara á la vecindad con su iracundia, amenazas y recursos, inútiles pero vocingleros, á las autoridades civiles.

*
* *

Ya profesada la novicia Sor Tomasa, hubo de encargarse de la escuela pública del convento, tropezando con la dificultad oficial de no haber obtenido aún el título de maestra, aunque sí tenía ya hechos y aprobados los ejercicios necesarios para ello.

Ruíz Zorrilla, de recordación ominosa, era, á la sazón, árbitro de los destinos de esta nación desventurada y sus satélites no se contentaron con suprimir conventos y amontonar comunidades, hasta de diferentes religiones, en locales reducidos y malsanos; sino que martirizaban además á las cándidas esposas de Jesucristo por todos los medios que les sugería su diabólica impiedad. Uno de tantos fué obligar á Sor Tomasa á que dejara la clausura, vistiese otra vez el traje mundano y *personalmente* se presentara en el Gobierno civil de la provincia á recoger su título de maestra.

Recomendaciones, súplicas, llantos: todo fué inútil. Salió Sor Tomasa de su convento, montó en una borrica y, en compañía del Hermano mendicante de la comunidad, emprendió el viaje. Súpolo el padre de la monja, se apostó en el camino escopeta en mano y, hecho una fiera, dió un susto mayúsculo á nuestros caminantes, diciendo á su hija:

—¡Hoy mueres, no te vale Cristo Padre!

—¡Jesús, Dios mío! No se acalore usted, padre, y haga de su hija cuanto le plazca.

—Baja de ahí y reza el acto de contrición.

El Hermano se quedó de piedra, la monjita desmontó, arrodillóse en el camino, cruzó las manos, levantó los ojos al cielo y dijo:

—Dispare usted, padre, que mi Esposo Jesús me espera allá arriba.

Tanta humildad y resignación tanta amansaron á la fiera, que al fin era padre, y la escopeta se le cayó de las manos, mientras rodaba una lágrima por sus mejillas.

—¡Bribona, más que bribona! (dijo acercándose y abrazando á su hija). ¿Por qué has abandonado á tu padre?

—Para obtener mejor la salvación de ambos, padre mío—contestó llorando también Sor Tomasa.

Abrazáronse los dos, reconciliáronse para

siempre y, tocado de la gracia divina, el feroz enemigo de frailes y monjas quedó de repente convertido en su amigo y protector entusiasta.





¡DOS LÁGRIMAS!



ALBOREABA apenas y se sentían ya los primeros fríos del invierno. Amari-
lleaban, con tintes rojizos, las hojas
de los arboles y, en remolinos que agitaba el
viento, caían las más secas y combustibles, for-
mando ruidosas alfombras al pié y en derredor
de los troncos. Las flores del azafrán y del aji-
cuervo abrían sus corolas con el día, luciendo
sus pistilos purpúreos en las laderas de los
montes.

Mi vecino, el tío Pelambre, vejete vivara-
cho, pequeñito, enjuto de carnes y con los cal-
zones remendados y caídos, salía de su casa so-

plándose las uñas, con el morral de piel de cabra á la espalda y una cesta de asa en la mano.

—Pero, don Manuel de mis pecados (me dijo al verme), ¿á dónde va usted á estas horas?

—A Misa primera: ¿y usted?

—Por las rosas de azafrán que hayan salío desde ayer mañana en un *rocho*, que roturé en Cerralto, y á ver si la Providencia contesta á mi carta de anoche.

—¿Qué carta es esa?

—Usté sabe mejor que naide, don Manuel, que hace poco enviudó mi hija única, quedándole siete hijos, el mayor de nueve años, por todo capital y recurso. No tuve, pues, más remedio que cargar con la infeliz y los nietos, y como tampoco tengo yo sobre qué caerme muerto, puede usté suponer los apuros y las hambres que pasaremos en aquella casa. ¡Nueve cucharas, don Manuel, sin más amparo que el del cielo!

—Dios, que viste á los pajaritos del campo y á los lirios del valle, no abandona nunca á criaturas hechas á su imagen y semejanza.

—Eso digo yo siempre, y eso les decía anoche á mis nietezuelos que me pedían de cenar, cuando revolviendo toda la casa su madre y yo nos convencimos de que no había absoluta-

mente nada que vender, ni que empeñar, para matar el hambre.

—Haber pasado á mi casa.

—Todo se andará, santo varón.

—¿Y qué hizo usted?

—Los engañé como pude diciéndole á mi Bernardo, el mayor de los chiquillos, que ya sabe hacer borrones: saca, hijo mío, tu plana de la escuela, y vamos á escribirle una carta á la Providencia divina para que nos socorra. Buscó el muchacho el papel y el tintero de cuerno de su abuelo, y le hice poner: «Envíanos, Señor, el pan nuestro de cada día, porque tenemos hambre, y como ya no puede ser esta noche á causa de la salida del correo, que sea mañana sin falta.» Tomé el papel, dije que iba á llevar la carta al correo y encargué á su madre que los acostase. Los angelitos se fueron á la cama tan campantes y satisfechos, matando el hambre con una ración enorme de esperanza.

Y al decir esto, una lágrima, como cuenta de rosario, rodó mejilla abajo desde el ojo izquierdo, pequeñito y fulgurante del pobre viejo.

—Voy, pues, por la contestación de la carta.

—Si la contestación no parece, véngase usted por casa.

—Parecerá, don Manuel, parecerá. Ese Señor es tan misericordioso que siempre contesta.

Después de Misa y de haber almorzado, me fui á tomar el sol carretera adelante por la falda del monte, cuando ví descender al tío Pelambre con la ligereza de un mozo de quince abriles, el morral á la espalda y con la cesta llena de flor de azafrán en la mano.

—¡Eh! ¡eh! don Manuel (me gritó el pobre viejo), aquí traigo la contestación.

—¿En la cesta?

—No, señor; esto vale cuatro cuartos, y no ahora, cuando esté seco.

—¿Pues en dónde?

—En el morral; espérese usted un poco y lo verá.

Me esperé, llegó el tío Pelambre y sin quitarse el morral me dijo:

—¡No se lo aseguraba yo á usted! En mi vida me he quedado sin contestación de la Providencia.

—¡Bendito sea Dios, que aprieta, pero no ahoga!

—Si, señor; una y mil veces bendito.

—Pero ¿qué ha sido ello?

—Cuando salí de casa con el pretexto de ir á echar la carta, pensé: «¿que haré yo, Dios mío? ¿De donde sacaré algo para que coman mañana esas criaturas?» Y se me ocurrió que ayer mañana ví en el zafranar unas patadicas, como si

por allí merodease alguna alimaña. Voy, y ¿qué hago? Me subo anoche mismo al monte, pongo el cepo junto á los rastros, lo tapo con una aliaga, porque las piezas montesas son muy estutas, y me bajo otra vez al lugar. Esta mañana, subiendo cerro arriba, ya me veo que el cepo negreaba y se movía. «¡Por vide, algo ha caído!» me he dicho; y así ha pasao: aquí tiene usted una fuina como un gato de los mayores, que estaba en el cepo cogida por una mano.

Y diciendo y haciendo, sacó la fiera del morral, que, con una piedra en la boca, luchaba aún con las ansias de la estrangulación. Su piel de finísimo y brillante pelo castaño, no podía ser más hermosa.

—¿Y para qué quiere usted ese bicho?

—De la piel de la última que cacé, saqué dieciocho pesetas, don Manuel.

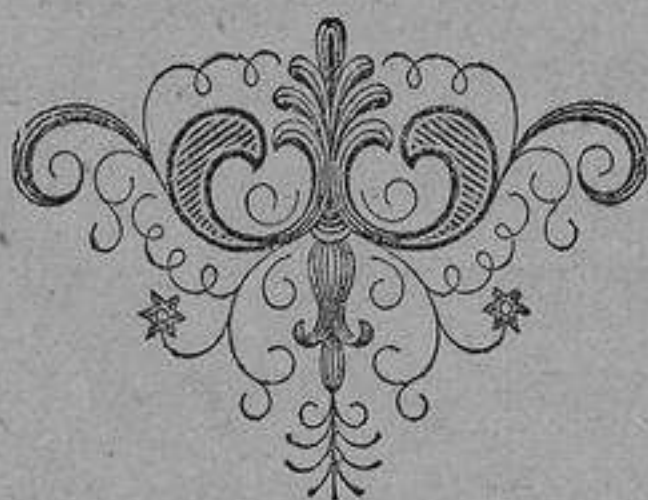
—¡Cuánto me alegro! Que saque usted otras dieciocho de esa.

—No será tanto, porque se han abaratao; pero, cuando menos, les llevo á mis nietos la contestación de la carta, y hoy se comerán juntos el almuerzo y la cena de anoche.

—¡Angelitos!

Y una lágrima, como cuenta de rosario, rodaba á la vez, mejilla abajo, desde el ojo derecho, pequeñito y fulgurante del pobre viejo,

porque sin duda el ojo izquierdo simpatiza más con las penas, y el derecho con las alegrías, siendo uno y otro fuentes clarísimas de los más hermosos sentimientos del alma.





EL SIGLO DE LA INMACULADA.



INESCRUTABLES son los designios de la Providencia divina.

Intento vano y temeridad grande fuera el querer conocerlos claramente.

No obstante, la bondad y sabiduría infinitas resplandecen en todo lo criado.

Dios ha querido que juzguemos, sin duda, de lo invisible por lo visible.

Notorio es, que al siglo XIX le ha cabido la honra de poderse titular *Siglo de la Inmaculada*.

Dos acontecimientos importantes legitiman esta denominación.

En 1854, el angelical Pontífice Pío IX, después de haber consultado á los Obispos todos

de la cristiandad, definió solemnemente el dogma de la Concepción Inmaculada de María.

Cuatro años después, la Reina de los Angeles, desde un trono de *viejas rocas* (en patués *Massabielle*) á orillas del espumoso Gave de Lourdes, pronunció ante Bernardica, encargada de comunicarla al mundo entero, la célebre frase: *Yo soy la Inmaculada Concepción*.

Con verdad puede, por lo tanto, gloriarse la presente centuria de ser el siglo de María Inmaculada.

Unicamente Dios lo sabe; pero no me parece irreverente que el hombre, para su santificación, lo presuma.

Aquella definición dogmática y esta declaración auténtica, responden quizás á una necesidad de los actuales calamitosos tiempos.

Muere el mundo por la impureza de sus costumbres materializadas y sensuales, y Dios misericordiosísimo le ofrece el remedio único que puede curarle, en el culto de la siempre Pura.

En la edad pagana, hubo épocas más encenegadas que la presente en la hediondez de la sensualidad; pero tal vez no registra en sus páginas la historia otro siglo como el nuestro, que por manera sistemática y concienzuda quemó incienso sin cesar en aras de la materia.

Verdad es que la cultura cunde, y lo que se llama progreso moderno nos inunda, y las ciencias físico-naturales avanzan, y los descubrimientos prodigiosos se suceden, y las aplicaciones admirables ponen la comodidad y el lujo al alcance de fortunas mediocres, y todo este conjunto de principios, instituciones, descubrimientos y costumbres recibe el nombre pomposo de *civilización*. ¿Pero cuál es el aliento de su vida?

La infortunada vuelve los ojos anhelantes en torno de cuanto material y terreno la rodea, y ni una sola vez los levanta al cielo.

La atmósfera de naturalismo en que vivimos nos ahoga.

Únicamente lo sobrenatural puede salvarnos.

Enderecemos, pues, nuestros pasos hacia aquella pura y milagrosa fuente de la cueva de Lourdes, y postrados ante la imagen de la Concepción Purísima, pongamos en práctica el saludable consejo que en 1858 dió María á Bernardica Soubirous.

¡*Penitencia!* ¡*penitencia!* ¡*penitencia!* dijo la Señora en la persona de una niña raquítica y enclenque, á la enfermiza sociedad moderna, y no hay otro camino de salvación.

Hagamos *penitencia* para domeñar los impu-

ros movimientos de la carne, que cual caballo indómito se encabrita frecuentemente, estimulando su sensual apetito por la molicie que nos rodea.

Penitencia, para que este contrapeso moral equilibre la preponderancia que sobre todos ejerce la material cultura.

Penitencia, para que Dios se compadezca del mundo, que paulatinamente se va paganizando, y levante la terrible mano de su justicia, que empieza á pesar sobre los pueblos.

Penitencia, para que el satánico espíritu de rebelión, que informa las concepciones de los sabios, doble humilde la cerviz ante la sabiduría infinita, acate y reconozca sus sapientísimos preceptos.

Penitencia, en fin, para que el mundo, se salve.

El siglo de la Inmaculada Concepción de María no puede deslizarse por entre la serie infinita de los tiempos, sin dejar huellas indelebles de su paso.

María Inmaculada nos invita maternalmente á regenerarnos en las aguas salutíferas de la *penitencia*, y el siglo no permanecerá indiferente y sordo á su invitación amorosa.

El Papa augusto León XIII, depositario de las llaves de Pedro, pone también en nuestra mano el riquísimo tesoro de las indulgencias.

Participemos todos de esta riqueza espiritual, por la intercesión poderosa de María Purísima, y haga cada uno cuanto pueda para que el actual merezca verdaderamente el nombre de *Siglo de la Inmaculada*.





QUIEN Á HIERRO MATA

Á HIERRO MUERE.



No háy en el mundo autoridad más augusta y natural que la de los padres. Comparten con Dios la creación de sus hijos, y á sus padres deben los hijos amor, respeto y obediencia, comparables á los que toda criatura debe al Criador. Y sin embargo, ¡cuántos hijos desnaturalizados se encuentran por doquier! Con la relajación de los vínculos sociales, con el desprestigio de las autoridades que hoy se estilan, con los malos ejemplos, las ideas disolventes y la educación pésima, ¿cómo no han de aumentar los hijos sin entrañas, insubor-

dinados, procaces, desobedientes, impíos, en una palabra, puesto que el amor de los hijos á sus padres ha merecido el tierno nombre de *piEDAD* filial? Dada, pues, la desmoralización que por la familia cunde, bueno es recordar á padres é hijos sus deberes, y poner ante sus ojos casos providenciales y verídicos que les sirvan de lección, y en su pecho, más bien que en su memoria, se graben.

Regido está el mundo físico por leyes generales y constantes, que indefectiblemente se cumplen en todo lugar y en todo tiempo, excepción hecha de aquellos casos admirables que la Omnipotencia Divina presenta á nuestra contemplación con el nombre de *milagros*. También el mundo moral está sujeto á leyes que, aunque parezca lo contrario, tarde ó temprano se cumplen, y se cumplen indefectiblemente en esta ó en la otra vida. Una de tantas dice: «Todo mal merece mal ó castigo, como todo bien merece bien ó premio.» Y el vulgo, con esa habilidad sentenciosa que Dios le ha dado para reducir á cortas máximas la sabiduría de los siglos, ha encarnado aquella ley moral en los refranes siguientes: «No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla,» y «Dios castiga sin palo.»

Y en verdad, aunque son inescrutables los

designios de la Providencia, el dedo de Dios se ve á veces con claridad tanta en ciertos acontecimientos, que se necesita estar ciego de la peor de las cegueras, que es la del entendimiento, para no ver y besar la mano divina que nos azota.

Se trata de un mal hijo, trabajador, iracundo, agobiado más por su falta de fe y de resignación cristiana que por la penuria. El virus socialista que corre por sus venas y que ha bebido en los talleres y papeluchos periódicos, perturba su razón y excita su sistema nervioso hasta el punto de que, como Nerón, quisiera que todos los ricos, Curas, autoridades y mesócratas, ó *burgueses*, como él dice, tuviesen una sola cabeza para cortarla á cercén de un solo golpe. Por odiar á todo el mundo, hasta se odia á sí mismo y á los más allegados miembros de su familia.

El padre de semejante tipo, bastante frecuente hoy día, cayó enfermo. Agobiado por los achaques, la edad y la falta de cuidado y de alimentación, lejos de curarse, empeoraba de día en día. Harto ya el mal hijo de que se prolongase tanto la enfermedad de su padre, le habló así:

—Padre, usted ni sana, ni se muere, y yo no puedo soportar semejante carga.

—Pues ¿qué quieres que haga yo, infeliz de

mí? Si pudiera salir á la calle pediría limosna; pero no puedo moverme...

—Marrullerías de viejo, padre, marrullerías y nada más: lo que voy á hacer es llevarlo á usted ahora mismo al hospital.

—Como tú quieras, hijo.

Dicho y hecho: tomó á su padre del brazo, y medio á empellones é impacientándose, jurando y perjurando porque no andaba más de prisa el pobre anciano, el mal hijo cargó al fin con su padre al hombro, y corriendo como un energúmeno por calles y plazas, llegó al patio que al hospital precede, y dejó caer brutalmente al pobre anciano sobre un banco de piedra.

Exhaló el viejo hondo y conmovedor quejido.

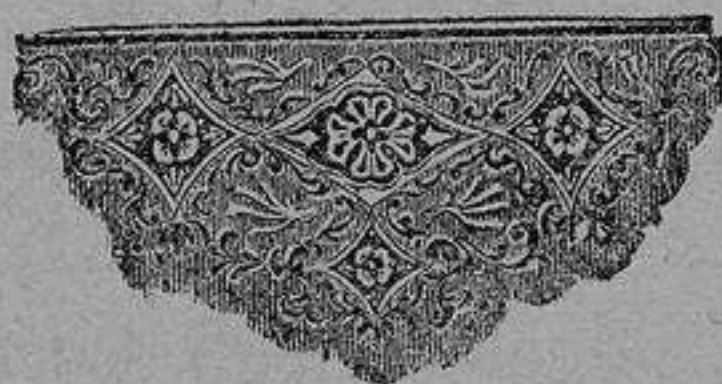
—¿De qué se queja usted, padre?

—No me quejo, hijo: recuerdo únicamente que sobre este mismo banco dejé yo caer á tu abuelo cuando, olvidándome yo de que le debía la vida, me harté como tú de mantenerlo en mi casa y lo traje al hospital. Dios castiga sin palo, y quien á hierro mata á hierro muere.

Una lágrima de contrición se deslizaba entretanto por la pergaminosa mejilla del anciano enfermo.

Aterrado el mal hijo por semejante noticia

y coincidencia, cargó de nuevo, pero cariñosamente, con su padre al hombro, regresó á su casa y le asistió con piedad filial y entrañas de verdadero cristiano hasta la muerte.





PALABRAS PROFÉTICAS

DE SANTA TERESA DE JESÚS.

HAY en Tarazona de Aragón tres conventos de monjas: dos de Carmelitas Descalzas en la calle de San Antonio, dedicado el de arriba á Santa Ana y el de abajo á San Joaquín, y uno de Franciscanas de la Concepción, que está en la ciudad alta. Fundó el de Santa Ana el venerable Yepes, y á propósito de esta fundación hace bastantes años me contaron en Tarazona la tradición siguiente:

Siendo Yepes estudiante, pobre aldeano que se mantenía de limosna, tropezó en una venta con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, que iban á fundar un convento.

Santa Teresa hizo preparar comida para los

suyos, y al sentarse á la mesa notó que el estudiante disponíase en un rincón á regalarse con unos mendrugos de pan duro y negro. La Santa le invitó á comer, el estudiante dió las gracias y se excusó tímidamente; pero Santa Teresa insistió, le hizo plato y le obligó á sentarse á la mesa. Resistió el estudiante cuanto pudo, pero aceptó al fin y comió con los Santos fundadores. No contenta la celebérrima Doctora abulense con haber dado de comer al estudiante aldeano, le regaló al despedirse dos monedas. Deshízose en gracias y cumplimientos el estudiante, y concluyó diciendo:

—Pero, señora, ¿cuándo podré pagar á usted generosidad tanta?

—Cuando seas Obispo de Tarazona fundas un convento de mi Orden, y estamos pagados.

El estudiante guardó como reliquias las monedas de tan insigne monja; y, andando los años y siendo ya Obispo de Tarazona, fundó el convento de Santa Ana, en donde se conservan aún las monedas y un dedo de la Santa.

D. Vicente de la Fuente, en el tomo XLIX de la *España Sagrada*, páginas 253-260, dice á este propósito lo que sigue:

«A un Obispo tan virtuoso como el señor Cerbuna sucedió otro á quien hizo célebre la pluma de Santa Teresa, de la que mereció elo-

gios. Los achaques de Felipe II y su muerte al año siguiente de haber fallecido el Sr. Cerbu-
na, hicieron que durase dos años la vacante,
pues el sucesor vino á Tarazona el año 1599.

»Era natural de Yepes y se llamaba Diego de
Chaves y Casas: el apellido de Yepes lo tomó
al ingresar en el Instituto de San Jerónimo, en
el monasterio de la Sisle de Toledo, por ser el
nombre de su pueblo y acostumbrar á tomar
éste por apellido los Jerónimos, como también
los Capuchinos, que por entonces vinieron á
España.

»Fué Prior de varios conventos, y ejerciendo
este cargo en el de la Sisle de Toledo, tuvo
ocasión de tratar con Santa Teresa y admirar
sus virtudes y claro talento. Siendo Prior de
Zamora en 1581, salió castigado por el Capítu-
lo de la Orden por haber cortado unos árboles.
Al venir de Zamora se encontró con Santa Te-
resa en una posada de Arévalo, donde tuvieron
que detenerse por haber nevado mucho. Ha-
biéndole permitido conversar un rato sobre co-
sas espirituales, refirióle la visión que tuvo so-
bre el estado de un alma que se halla en gracia,
de donde tomó pié para escribir su célebre li-
bro del *Castillo interior ó las moradas*.

»Pidióle en otra ocasión prestada á Santa Te-
resa una cantidad que necesitaba; al ir á devol-

vérsele no quiso aceptarla aquélla, y le dijo con su habitual donaire: *Guárdese los dineros, y cuando sea Obispo haga un convento á mis hijas*. Bien ajeno estaba de ello el P. Yepes, que nada tenía de ambicioso. Absuelto de su castigo, le hizo el Capítulo, en 1591, Prior del Escorial; y Felipe II, conociendo su virtud, le eligió por confesor; y muerto aquel monarca, Felipe III le presentó para el obispado de Tarazona.

»Al ver realizada la profecía de la Santa Madre, quiso pagar al punto su deuda; y así que llegó á Tarazona, dió principio á la fundación de un convento de Carmelitas Descalzas con tal celeridad, que el año 1600 principió la fundación del convento, en que gastó por varios conceptos más de 24.000 escudos. Entretanto que se concluía la obra, les dió habitación en la parte superior de su palacio á las seis monjas que vinieron á fundar, todas ellas notables por su virtud, y procedentes de los conventos de Alba de Tormes, Soria, Burgos y Madrid. Estuvieron allí tres años, hasta que se trasladaron á su convento nuevo á 26 de Julio de 1603.

• • • • •

»En medio de sus ocupaciones y de los disgustos por los pleitos, el Sr. Yepes halló tiempo para escribir la preciosa vida de Santa Teresa que nos ha legado, y de la que se han hecho

muchas ediciones. Él mismo vivió con gran santidad, honestidad y pobreza, y aún se anunciaron algunos milagros y profecías hechas por él. Argaez refiere la revelación que tuvo un religioso Carmelita Descalzo acerca de su dichoso tránsito y entrada en la gloria. Sucedió aquél á 7 de mayo del año 1613, después de haber recibido los Santos Sacramentos.

»Fué enterrado en su convento de Santa Ana de Carmelitas Descalzas. Conservan éstas varias reliquias de su Santa Madre y no pocos recuerdos del Prelado, su fundador, entre ellos un dobloncillo de los que tenía para pagar á Santa Teresa, y que no le quiso cobrar la Santa sabiendo que algún día le había de pagar con grandes creces.»

Hasta aquí el Sr. La Fuente. Dicha tradición, idéntica en el fondo, aunque varía en los detalles, se ha transmitido de unas á otras monjas, hasta las que viven en la actualidad en el convento de Santa Ana de Tarazona. Así consta también en un antiguo escrito que se guarda en el archivo del citado convento, y cuyo extracto tuvo la amabilidad de facilitarme la reverenda M. Priora de aquella santa comunidad.

Las monedas prestadas por Santa Teresa al P. Yepes, y que este venerable Obispo legó con otras importantes reliquias al convento de Santa

Ana, se guardan actualmente en su relicario, que es la joya más preciada de aquel convento, y cuya descripción copio literalmente de la que se dignó facilitarme su Priora.

«El relicario, dice, que contiene las monedas de nuestra Santa Madre, tiene próximamente cinco palmos de longitud, medido por su parte más alta, y tres y medio de latitud. Presenta la figura de una capillita con sus puertas, que de ordinario están cerradas, á no ser en días muy solemnes, durante los cuales se exponen á la veneración de la Comunidad.

»Tiene setenta nichos, sesenta y cuatro con santas reliquias, y seis con imágenes. Es de madera primorosamente labrada en su interior, ofreciendo á la vista el aspecto de un altar con graciosas y torneadas columnas. La parte superior del relicario tiene la figura de arco; la inferior es cuadrada. Las pinturas, aunque muy deterioradas por el tiempo, parecen de mucho mérito, y lo que más abunda entre la diversidad de sus colores, es el dorado. Las puertas, que son de madera muy gruesa, están también pintadas con primor, interior y exteriormente, y figuran imágenes piadosas...

»De las 64 reliquias, ocho son de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, incluyendo las dos monedas, que hace pocos años se coloca-

ron en el centro del relicario y allí permanecen para que mejor las vean los devotos. Se distinguen aún muy bien las armas grabadas en ellas; son dos: un dobloncillo de oro y otro de plata del tamaño de un medio duro de los de ahora; ambas son esquinadas.

»También tenemos una costilla de nuestra Seráfica Madre, un gran pedazo de carne, un trocito del velo que tenía puesto cuando murió, y otras no menos preciosas.

»Todas están colocadas con el mayor gusto, ocupando cada una su correspondiente nicho, perfectamente adecuado al tamaño de la prenda que encierra; y con tan artística economía está dispuesto todo, que el conjunto presenta un golpe de vista encantador.

»Una de las imágenes del relicario representa á nuestra Santa Madre; y aunque está esmaltada, según creo, y es muy bonita, el artista no acertó á encarnar en ella el tipo de la insigne avilesa.»

Así termina la descripción que agradezco á las Carmelitas Descalzas de Tarazona, y que publico en honor de la reformadora del Carmelo y en obsequio de sus virtuosas hijas las monjas del convento de Santa Ana, á cuyas oraciones me encomiendo.



HISTORIA DE UN OCHAVO MORUNO

CIERTA tarde del mes de agosto, cuando ya el sol que declinaba había perdido su fuerza, salí yo de Albarracín por la carretera de Teruel, caballero en una mula como un dromedario, aparejada á usanza de aquella tierra. El amo de la mula, hacendado de la Serranía, contemporáneo y condiscípulo mío en la escuela de nuestro lugar, no solamente puso á mi disposición su mejor cabalgadura, sino que tomó la parda chaqueta, la echó sobre sus hombros, atravesó su faja azul con una vara de fresno, y se empeñó en servirme de espolique.

La carretera se precipita desde Albarracín en el hondo, dejando los viejos y encumbrados muros á la izquierda y la peña de la Cingle á la derecha; se arrima después al río Guadalaviar, juntos atraviesan la vega y juntos penetran en la garganta de Santa Croche.

Por allí entramos también nosotros, caminando á la par los cinco: Juan y yo, abismados en nuestras respectivas imaginaciones; la mula, trotando uniformemente detrás de su amo; la carretera, retorciéndose como una culebra por no separarse del río; y el Guadalaviar cristalino y juguetón, precipitándose de pozo en pozo y de risco en risco por las profundidades de la garganta, entre un verdadero bosque de juncias y sargales.

Cruzamos el túnel de Peña-Horadada; dejamos atrás el castillo y molino de Santa Croche, y vimos á un peatón que con su mochila á las espaldas y un garrote en la mano venía á nuestro encuentro.

—Gran sitio, amigo Juan, para dar un susto á los caminantes y limpiarles el bolsillo.

—Eso pronosticábamos todos cuando se echó por aquí la carretera, pero hasta la presente nada ha ocurrido.

—Sois muy honrados los serranos.

—Lo mismo los conoce usté que yo, don

Manuel; pero como yo vivo en la sierra todo el año y los trato más, me parece que no voy descaminado si digo que los serranos no tienen valor para robar en despoblado, pero son muy rateros.

—Hombre, no; ni lo uno ni lo otro: esta gente es muy honrada.

—Sí, señor, todo lo honrada que usted quiera; pero á mí no me dejan fruta en los árboles del huerto, se me llevan también las patatas, los nabos, y hasta me han hurtado haces de trigo en la misma era.

—No tiene muy buena facha este hombre que se acerca.

—No haga usted caso, don Manuel. Le daremos una limosna y se marchará más contento que unas Pascuas.

En efecto; al emparejar con nosotros saludó cortesmente el peatón y pidió una limosna para un jornalero que *no encontraba trabajo*. Le dí un real de vellón; sacó Juan el extremo de su faja azul, oculto en la cintura, descorrió la anilla, tomó una peseta y se la entregó también al postulante, diciendo:

—Ahí va, buen hombre, y que encuentre pronto lo que busca.

—Dios se les pague y les aumente la caridad, señores,—dijo el trabajador alejándose.

—No lo puedo remediar, don Manuel: cuando veo un jornalero sin trabajo se me cae el alma á los piés y le daría cuanto llevo encima.

—Tal vez sea algún holgazán.

—Es posible; pero yo no puedo ni quiero hacerme esa cuenta. Es terrible encontrarse lleno de salud, reventando de fuerza, con dos brazos y sus manos correspondientes como dos martillos, muriéndose de hambre por no encontrar trabajo.

—Juan, cualquiera que te oyese diría que te había pasado á tí algo parecido.

—Sí, señor; lo ha adivinado usted.

—¿Cómo fué eso, amigo Juan, que nunca me has dicho nada?

—No habrá venido á pelo, que yo ni lo callo, ni lo oculto; antes al contrario, lo cuento muchas veces para enseñanza de mis hijos y ejemplo de los demás.

—Vamos, refiéremelo, que te escucho con interés.

—De esto hace unos catorce ó quince años: yo tenía entonces diez y nueve ó veinte. Como usted sabe, en mi casa hemos sido un montón de hermanos, todos hombres para mayor apuro. La hacienda era poca, las ganas de comer muchas, y durante el invierno no había en el lugar trabajo para todos. Unos ú otros teníamos que

salir á extremo¹, y áquel invierno me ocurrió irme con otros dos en busca de trabajo á una carretera que hacían en el Pirineo, allá junto á la raya de Francia. Mi padre me dió treinta reales para el camino, y anda que te andarás, cogimos la carretera de Zaragoza entre las piernas, y en cinco jornadas nos plantamos en la santa capilla del Pilar. Me acuerdo que aún le eché dos cuartos de limosna á la Virgen. Volvimos á emprender la marcha, y anda que te andarás, anda que te andarás otra vez, llegamos á Huesca. Desde allí, siempre en los caballitos de San Francisco, con la manta al hombro y un garrote en la mano, subimos á Jaca. En Jaca ya nos dieron malas noticias; pero ¡quién dijo miedo! A los veinte años tenía yo un pecho como un Nerón. Adelante y siempre adelante, subimos al Pirineo, y aquí te quiero ver, escopeta: los trabajos estaban paralizados y nos dijeron que no moverían hasta Dios sabe cuándo. De los treinta me quedaban dos ó tres reales.

—Pero ¿cómo hiciste para que te duraran tantos días?

¹ Este nombre dan en la Sierra de Albarracín al hecho de marchar en busca de trabajo á las *extremidades* ó confines de la nación.

—Muy sencillo: no comíamos mas que pan y dormíamos de balde en los pajares. Los apuros empezaron al saber que no había trabajo. Nos echamos á buscar ocupación por aquellos montes. ¿Que si quieres? En todas partes sobaban brazos y faltaba dinero. Nos hablaron de un paisano que vivía no lejos; le buscamos para que nos prestase unos cuartos, á fin de volver con ellos á casa; le hallamos al fin, nos convidó á un bodegón, y luégo tuvimos que pagar su gasto y el nuestro. El pobre estaba aún más perdido que nosotros. Emprendimos la vuelta sin un céntimo. Ninguno quería pedir limosna, porque como no lo habíamos hecho nunca, se nos caía la cara de vergüenza. Le dijimos á un pastor que nos vendiera un pedazo de pan, y el buen hombre se negó á vender, pero abrió su zurrón y partió su merienda con nosotros. Anduvimos otro día con aquel pequeño refuerzo. Pasamos por un lugar é invertimos en lechugas los dos últimos cuartos que nos quedaban. Aquello no sirvió mas que para avivar el hambre y echar á perder el estómago. Nos iban faltando las fuerzas, pero todo menos pedir limosna. Trabajo pedíamos en todas partes: socorros en ninguna. Tres días llevábamos ya de desfallecimiento y angustias, sin haber comido otra cosa mas que algunas yerbas y raíces,

cuando al pasar por un camino desierto como esta carretera, vimos venir hacia nosotros un caballero, solo, y montado también como va usted en una mula. «A él, dijeron mis compañeros: si no nos socorre le robamos.» Una fogonada de sangre acudió á mi cara. Me volví airado y les dije: «Robar es cien veces peor que pedir limosna: yo se la pediré por el amor de Dios, y nos la dará.»

—Muy bien dicho: á honrado y caballeroso no te ha ganado nunca nadie.

—Cumplí con mi deber y nada más. Pues señor, me adelanto, me quito el sombrero (lo mismo que el que hemos encontrado hace poco), y con toda la humildad del mundo le digo: «Caballero, ¿quiere usted socorrer por el amor de Dios á tres trabajadores, que hace quince días se encuentran sin trabajo y sin recursos?»

Juan hizo alto para tomar aliento y limpiarse el sudor que le producía, más que el calor, el recuerdo angustioso.

—¿Y te daría lo menos una peseta?

—Verá usted: echó mano á su bolsillo; sacó una moneda (no la vi bien, pero me pareció que era un cuarto), la miró y remiró con ternura, lo meditó un poco, y para evitar aquel despilfarro, la puso otra vez donde estaba, me arrojó al sombrero *¡un ochavo moruno!* y... em-

prendió la marcha, dejándome en la carretera asombrado y corrido de vergüenza, no por mí, sino por él.

—¿Es posible?

—Pasó lo mismo que lo cuento. Acudieron en seguida los compañeros, creyendo que me había dado lo menos un doblón, y cuando vieron el ochavo quisieron correr á su alcance y arrancarle por fuerza lo que no había querido dar por caridad. Logré disuadirlos, y pocas horas después la Providencia, que es el gran limosnero, nos proporcionaba trabajo para tres meses en una gran finca de las inmediaciones de Huesca. Aun ahorramos aquel invierno y llevamos á casa una onza cada uno.

—Dios recompensó tu cristiana honradez.

—Así lo creo, porque no he pasado en mi vida angustia igual á la que sufrí pidiendo limosna. El hambre lo sentía sólo el estómago; pero aquel mal rato lo pasó todo mi sér.

—¿Y qué has hecho del ochavo moruno?

—Lo guardo como oro en paño, y alguna que otra vez lo enseño á mis hijos para que no se engrían con bienes que nada les han costado y para que no olviden jamás que su padre ha pedido limosna.



LA PIEDAD FILIAL Y LA FE.

DABAN los romanos el nombre de *piEDAD* al amor que los hijos profesan á sus padres, y nada más fundado y propio, porque en la piedad filial como en la religiosa hay tanto de cariño y de amor como de veneración, respeto, devoción y hasta adoración. El buen hijo no sólo quiere ó ama á sus padres, sino que los reverencia á la vez, los respeta y los honra como á representantes del mismo Dios en la tierra. Y para que se vea que este sentimiento nobilísimo, aun naturalmente considerado, es siempre laudable y un gran bien, que puede acarrear al que lo profesa otros

mayores, saco á la luz de la publicidad la siguiente historieta edificante.

*
* *

—¿De manera, Enrique, que usted no cree?

—No, señor, tengo esa desgracia; y, aunque á veces quiero hacerme violencia, y recuerdo la primera educación religiosa que recibí en mi infancia, y me empeño en tomar en serio la Biblia, y hasta admiro lo que ustedes llaman la fe del carbonero, no puedo, no puedo de ninguna manera tragarme las paparruchas de la Biblia, y usted perdone que se me haya escapado esta palabra poco culta.

—No hay de qué, amigo Enrique: y le perdonaría á usted todas las faltas de cultura del mundo con mil amores, si usted aceptase en cambio el orden sobrenatural y como verdadera y divina la única religión revelada.

—Pues precisamente eso es lo que se me resiste. Poco me costaría fingir, como hacen muchos otros jóvenes que usted conoce y que siendo completamente incrédulos, más mucho más incrédulos que yo, y sobre todo más perdidos, unos por no disgustar á sus madres, otros para que no se malogre el ventajoso é iniciado casamiento con alguna rica devota, y otros, en

fin, porque la hipocresía es su natural elemento, aparentan una fe que no tienen y unas costumbres religiosas, que son verdaderos sacrilegios. Yo no soy así: mi divisa es ó todo ó nada. O católico, teórico y práctico á la vez, á machamartillo y sin mal entendidos respetos humanos, como lo es usted, ó racionalista, franco y convencido, como lo soy yo.

—Pero, al menos dígame usted qué grados mide su racionalismo. ¿Es usted materialista?

—No señor: esa doctrina me parece sumamente grosera. Tantas cosas existen hasta en el mismo orden físico-químico-material, que ni se ven, ni se palpan, ni se sienten, sino que hay que suponerlas y adivinarlas, casi incorpóreas é inmateriales casi, so pena de no poder dar un paso en ciencias naturales, que admito de buen grado la existencia de los espíritus, sobre todo la existencia del Criador, que para mí resplandece en la creación, y la existencia de mi alma, que palpita en mi pensamiento, y que después de una serie de transmigraciones, más ó menos larga, volverá al foco inextinguible de donde partió.

—¿Profesa usted acaso el espiritismo?

—Tampoco, no señor: Allan Kardec me parece bufo. Soy teísta y he leído mucho á Flamarión, con el cual estoy de acuerdo en mu-

chas cosas. Advierto á usted, sin embargo, que no soy sectario de nadie, ni de nada; que no soy espíritu cerrado con prejuicios irreformables; antes por el contrario, amo la ciencia y leo cuanto cae en mis manos.

—Menos mal. Si cree usted en Dios criador y estudia usted imparcialmente las obras, cuya lectura yo facilitaré á usted poco á poco, usted creerá como yo creo y, con la gracia divina, llegará usted á ser un excelente católico.

*
* *

Todo fué inútil para convertir á aquel espíritu reflexivo y brillante: lecturas detenidas de las obras apologeticas más hondas, conferencias con eminentes teólogos, discusiones de buena fe, en serio unas veces y medio en broma otras, prácticas benéficas á las que se prestaba por bondad natural con sumo gusto, magníficas funciones religiosas á las que asistía por curiosidad y de cuerpo presente, etc., todo fué completamente ineficaz para que un rayo de fe penetrase en aquella inteligencia extraviada por la lectura de esa inundación de obras pseudo-científicas, que predicán naturalismo é impiedad en todas sus páginas.

Enrique era, sin embargo, hijo excelente en

toda la acepción de la palabra, idolatraba á su padre, anciano achacoso y menos feliz de lo que pudiera suponérsele, dada su fortuna grande y elevada posición social. Pero el padre de Enrique, aunque sin la brillante instrucción y educación esmerada del hijo, era todavía más frío, más indiferente y hasta, si se quiere, más incrédulo práctico que Enrique. Había consagrado su vida entera á el alma del negocio, sin que le quedara un minuto libre para dedicarlo al negocio del alma: corazones metalizados y *naturalmente* (no cristianamente) honrados, que se complacen en ser benéficos, á la manera como lo son las sociedades modernas, tanto como en hacer dinero.

Pero, sin previo aviso y de repente, la muerte se presentó en el palacio del capitalista, aplicando su guadaña al cuello del amo. La consternación de la familia fué general y todos pensaron en los médicos del cuerpo. Unicamente á Enrique se le ocurrió, que si había otra vida y así él como su padre se equivocaban, sería una impiedad (filial se entiende) dejar morir al autor de sus días, al padre de sus entrañas, sin tener al lado un médico del alma. Y como el mozo no conocía, ni siquiera de vista, á sacerdote alguno, tomó la pluma y escribió á cierto católico, amigo suyo, las siguientes líneas, dictadas por la

piedad filial y por el instinto anímico, pues como dice Tertuliano, el alma es naturalmente cristiana.

«Querido amigo:

«Mi padre se muere y únicamente usted puede traer á la cabecera del moribundo, que aún conserva clara su inteligencia, el sacerdote que en esta casa se necesita.

»Se lo agradecerá á usted en el alma su afectísimo

Enrique.»

Momentos después entraba en la suntuosa casa del enfermo, con el católico susodicho, un Padre Jesuíta, célebre y experto en esta clase de negocios casi de ultratumba.

Al verle, la familia se quedó estupefacta, y como es de cajón en tales casos y casas, aguzaron todos el ingenio para dar al moribundo la puñalada de modo y manera que no lo matasen. Pero la fórmula no parecía y, atropellando por todo, Enrique tomó del brazo al Padre Jesuíta y lo introdujo en la alcoba del moribundo.

*
* *

¡Qué de angustias y sudores para que aquel pobre enfermo y rico propietario se convencie-

se de la urgente necesidad de prepararse para el viaje eterno!

¡Y de cuán distinta manera ven las cosas los hombres de negocios en vida que al borde del sepulcro! Por lo común, al calor de la palabra evangélica, la indiferencia más glacial se derrite, del alma se apodera la incertidumbre, el desconcierto, el temor horripilante de la cuenta que hay que liquidar, y los incrédulos más valientes se amilanan y entregan en manos del sacerdote, que á bien morir les ayuda. Tal sucedió con el padre de Enrique, el cual apenas se quedó solo con el Jesuíta, hizo como pudo el balance de su vida pasada, se confesó y se dispuso á recibir los últimos sacramentos. Entró su Divina Majestad en la casa con la pompa que el caso requería, hecho altamente edificante para la ciudad; recibió después la Extrema-Unción; y, cuando luchaba ya con las ansias de la muerte, al ver á Enrique, atribulado y lloroso, junto á su cabecera, el moribundo le tomó la mano, le atrajo dulcemente hacia su pecho, aplicó los labios al oído del mozo, y le dijo:

—Hijo mío, un solo favor te pide tu padre al marcharse de este mundo: que te confieses con el P. X*** y seas buen cristiano.

Enrique se estremeció de piés á cabeza, y en alas de la piedad filial descendió la fe cristiana

á su inteligencia, apoderándose de su corazón la gracia divina.

Lo que no pudieron hacer durante muchos meses las lecturas escogidas y las controversias mejor enderezadas, lo hizo en un momento el amor filial, y Enrique es hoy día modelo de jóvenes piadosos y de ingenios católicos, apostólicos, romanos, de los que creen y practican á la vez. ¡Dios sea loado!





MILAGROS DE LA CARIDAD.

Si la guerra no es el estado natural del hombre, como sostenía Hobbes, el egoísmo al menos es tendencia humana tan instintiva como poderosa. De aquí la competencia vital, ó lucha por la existencia, según los darwinistas, esto es, que la vida del hombre sea batalla incesante sobre la tierra, según Job. Lo cual no empece para que, en medio del rudo combate que sostiene el hombre consigo mismo y con sus prójimos, la caridad inflame á veces su corazón y el natural enemigo, por modo sobrenatural, se convierta en amigo y hasta en hermano.

Crucifica entonces sus instintos belicosos; se vence á sí mismo (que es la más difícil de las

victorias); renuncia á su patria, familia, patrimonio, comodidades, porvenir y afecciones; viste tosco sayal, cruza los mares, enarbola la Cruz en países remotos, riega con su sangre playas inhospitalarias, y diariamente conquista para Cristo y para la civilización tribus y pueblos salvajes.

Milagros de la caridad presenciarnos también continuamente en medio de la cultura que nos rodea. El infante expósito, el niño abandonado, el joven huérfano, la viuda desamparada, el pobre enfermo, el trabajador menesteroso, el extranjero peregrino, el patriota inválido, el loco, el anciano, el desvalido de toda clase arrójanse en brazos de la Caridad, y esta matrona de cien pechos á todos acoge y sustenta á todos con el néctar de sus entrañas. Y es que la Caridad, semejante á divino aliento, calienta, restaura y vivifica cuanto toca.

Nunca, sin embargo, tiempos mejores para que de todos sean visibles y hasta palpables los milagros de la caridad, que los tristes días que atravesamos¹. Treinta y cinco son ya las provincias y millares los pueblos españoles, sobre los cuales se oye el chasquido aterrador del látigo indiano. Instintivamente el vivo huye del muer-

¹ Agosto de 1885.

to, el sano del enfermo, el alegre del triste; y, no obstante, en medio de esa desolación general y por encima de los lúgubres gemidos de muerte, se oyen voces consoladoras, angelicales, semidivinas, que inspirándose en el amor de Dios, que es todo caridad, y del prójimo por Dios, acuden presurosas al socorro de los apestados.

Los Obispos, curas párrocos, simples clérigos, Hermanas de la Caridad, médicos, practicantes, autoridades civiles y municipales, todos, con excepciones rarísimas, todos están dando un espectáculo sublime, que llena de consuelo á los humanos y de regocijo á los ángeles. Hablen por mí el Obispo de Cartagena y Murcia, que no contento con haber asistido personalmente á sus diocesanos enfermos, repartiendo entre ellos consuelos espirituales y bienes temporales á manos llenas, manda vender su patrimonio para repartirlo entre los coléricos necesitados; el Obispo de Segorbe, que ha sabido sacar riquezas de su pobreza característica para distribuir las entre los menesterosos y no ha perdonado fatiga para recorrer y visitar, roto y cubierto de polvo como soldado en campaña, los míseros pueblos de su diócesis; el Obispo de Cuenca, el de Tortosa, el de Teruel y todos en suma, cuantos han visto sus diócesis invadidas por el cólera, que á porfía vienen dándonos ejemplos sublimes

de abnegación y de caridad. Hablen esas angélicas Hermanas, que con la sonrisa en los labios, se disputan los puestos de mayor peligro, se ofrecen hasta para regentar farmacias en Aranjuez y desempeñan junto al lecho de los enfermos los más repugnantes oficios, marchando intrépidas y gozosas á ocupar las vacantes que frecuentemente deja en sus filas la epidemia. Hablen, en suma, todos cuantos, sacerdotes ó seculares, autoridades ó súbditos, sabios ó profanos en el arte difícil de curar, exponen y hasta dan su vida por la de sus hermanos, en cumplimiento de sus deberes sacratísimos de caridad; y dígasenos después de quién reciben la serenidad y aliento necesarios para realizar tales prodigios.

No de la filantropía, puro amor natural del hombre por el hombre, que nunca puede sobreponerse al poderoso y natural instinto de la conservación; tampoco del pundonor, que no cabe en aquellos que sin obligación alguna vuelan al socorro de sus hermanos; mucho menos del qué dirán, miramiento que se arrostra siempre que hay interés grande en menospreciarlo; ni, en una palabra, de consideración alguna humana, fáciles todas de eludir y cuyas recompensas son siempre miserables y dudosas. Tales milagros son y no pueden menos de ser exclusivamente hijos del fuego santo de la caridad, que con la gracia

divina inflama en circunstancias extraordinarias el corazón de los cristianos, para que recíprocamente se amen y socorran.

Sople, pues, ráfaga poderosa de caridad sobre los pueblos apestados y el cadáver no quedará insepulto, ni expuesto á convertirse en pasto de aves de rapiña; ni el enfermo desatendido, ni en peligro de perecer por falta de medicinas y cuidados; ni el pobre abandonado á sus propios miserables recursos y en ocasión próxima de morir de hambre; ni nadie, en suma, sin los caritativos auxilios que necesite.

Si alguno hubiere, por desgracia, en el cual se sobrepone la carne al espíritu hasta el punto de que la caridad sea ahogada por el miedo, recuerde el heróico ejemplo que nos dió en su día con los *agotes* ó leprosos el Serafín de Asís. Nada más repugnante que un leproso, hombre en aquellos tiempos maldito y tratado peor que fiera dañina. El mísero leproso no podía entrar en poblado ni penetrar en las casas del Señor, cuyas puertas no se han cerrado nunca para nadie, ni aproximarse al viandante, ni guarecerse bajo otro techado que el miserable tugurio ó lazareto dispuesto *ad hoc* en despoblado, ni tener comercio alguno con los demás hombres. De aquí que la lepra fuese poco menos que incurable y quedase vinculada en ciertas desventura-

das familias. En los caminos de Palestina, desde Jafa á Rama, y desde Betania á Jericó, he tropezado con familias enteras de leprosos que, á respetable distancia, enseñándonos sus manos y caras comidas y deformes por las llagas de la lepra, nos pedían *bajxis* (limosna) por medio de agudos y desconsoladores lamentos. No he presenciado en mi vida espectáculo más repugnante. Pues bien, en vez de huir como entonces hacía todo el mundo, San Francisco de Asís se aproximaba á los leprosos, compartía con ellos sus alimentos y vestidos, lavaba y curaba sus llagas, los abrazaba sin necesidad y con amor heroico y (¡pásmense los meticulosos y aprensivos!) hasta..... besaba y lamía esas mismas llagas, cuyo solo recuerdo revuelve el estómago á nosotros los mundanos.

Y sin embargo, entre un leproso y un colérico no hay comparación posible. Muchos médicos sostienen, además, que el cólera morbo asiático, aunque epidémico, no es contagioso. Setenta y siete personas hubo empleadas durante los meses últimos en el cementerio general de Valencia, y aunque han pasado por sus manos más de cinco mil cadáveres, ni uno solo de los setenta y siete ha estado enfermo.

¡Loado sea Dios que ha permitido y permite estos milagros de la caridad!



ORIGEN Y CAUSA

DE LOS SACRILEGIOS FRECUENTES

CONTRISTAN dolorosamente el ánimo de las personas piadosas, y hasta repugnan á los más escépticos, las noticias de continuos y horrendos sacrilegios que encontramos en los periódicos. En dos iglesias de Valencia, la del Colegio del Patriarca y la capilla de Santo Domingo; en Madrid, en Fraga, en Peñíscola, y probablemente en otras poblaciones, de poco tiempo á esta parte¹ han sido villanamente ultrajados y pisoteados el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento augusto del altar. Quedándose entre nosotros, convirtiéndose en nuestro propio alimen-

¹ Abril de 1887.

to, el Redentor del mundo nos dió la más grande prueba de amor que puede concebirse, y algunos miserables redimidos, en vez de acercarse al banquete eucarístico temblando de amor y de respeto, fingen creencias y devoción que no tienen, y con sonrisa satánica se llegan á la Sagrada Mesa para apoderarse del manjar de los ángeles y tener después el gusto diabólico de arrastrarlo por el suelo, escupirle y pisotearle. ¡Sacrilegio horrendo, villanía incomparable, que llena de santa indignación el pecho de toda persona bien nacida y amontona nubes de males sobre las cabezas de los sacrílegos!

Pero ¿de dónde tan negro daño? ¿Por qué se repiten con frecuencia en nuestros tristes días esas profanaciones villanas? ¿A qué se debe que muchos de los profanadores sean soldados? En mi sentir, lisa y llanamente á la prensa impía, á esas hojas de los librepensadores ó anticlericales que, con el título de *El Motín*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *La Revolución*, etc., invaden el arroyo y la plaza pública, como lluvia de fuego caen sobre los talleres y cuarteles, y poco á poco van infiltrando, con la lectura diaria, en el corazón del obrero y del soldado el veneno anti-religioso, la rabia satánica contra Cristo, su Iglesia, los Sacramentos, los ministros del altar y el culto católico. ¡Ah! El clericalismo es el enemi-

go, y sólo el clericalismo. Bien alardean de ser enemigos sistemáticos de toda religión positiva y de todo culto; pero sólo el Catolicismo estorba; únicamente hay que aplastar al infame, como decía el zorro Voltaire, y ese infame adorado es Jesucristo Nuestro Señor.

A fin de lograr tan execrable propósito, las hojas anticlericales no se paran en barras. Contra los clericales todo es lícito: la murmuración, la burla, el escarnio, la injuria, la mentira y hasta la calumnia. Todo, absolutamente todo, incluso lo más vil, todo es lícito, con tal de que conduzca al fin que se proponen. No soy yo quien gratuitamente les atribuye tan innoble conducta. Ellos mismos lo confiesan. Abrid por su página 223 el libro de León Taxil, titulado *Confessions d'un ex librepenseur*, ese hombre que tanto daño hizo á la Religión con sus periódicos, folletos, libros, ligas y librerías anticlericales, providencialmente convertido hace pocos años á la verdadera fe, y ved cómo empieza el capítulo VIII:

«El primer principio, dice, de todo el que combate á la Iglesia por medio de la pluma ó de la palabra es este: Toda arma es buena contra la Religión y sus ministros. El clericalismo es un enemigo del cual hay que deshacerse, no importa por qué medios. Dios es el mal, y por

consiguiente, todo lo que hace que los hombres vuelvan la espalda á Dios es esencialmente bueno, y por lo tanto no puede haber maldad irreligiosa. Hé aquí por qué la mentira, de índole á propósito para perjudicar á la Religión y á los curas, es perfectamente lícita.»

Voltaire, mejor que nadie, se ha servido de esta arma pérfida, y se puede decir que ha elevado la mentira á la categoría de institución.

Es el primero que formuló cínicamente esta abominable teoría.

Hé aquí sus palabras textuales:

«La mentira sólo es vicio cuando causa mal; cuando hace bien es muy grande virtud. Sed, pues, más virtuosos que nunca. Preciso es mentir como un diablo, no tímidamente, tampoco en cierto momento, sino atrevidamente y siempre. Mentid, amigos míos, mentid.»

Los francmasones y librepensadores, discípulos aprovechados del villano Voltaire, ponen en práctica su consejo, mienten, calumnian sin cesar á la Iglesia y á sus ministros, y á todo el que tiene el valor de confesar públicamente á Jesucristo; llenan sus periódicos y folletos de mentiras y calumnias las más infames; comulgan con ruedas de molino al pobre jornalero y al soldado incauto, y de aquí su odio concentrado á la Religión y sus ministros, y sobre todo

al misterio de amor, á Jesús Sacramentado, principio y término de toda piedad.

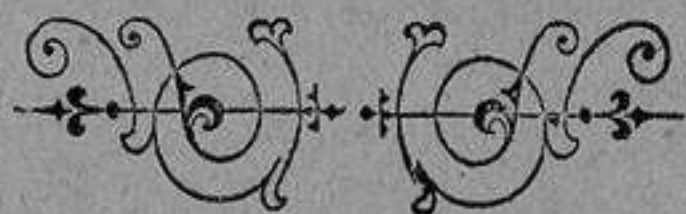
Nadie, por otra parte, pone limitaciones ni cortapisas á esa propaganda inmunda. Los gobiernos de todas las naciones y partidos, parece que se complazcan, al menos indirectamente, en que vivan y se divulguen esas hojas asquerosas; y por fuerza los sacrilegios irán en aumento hasta que Jesucristo Nuestro Señor descargue su airada mano sobre los sacrílegos, los tolerantes, los indiferentes, y sobre los mismos católicos que no procuran, por cuantos medios están en su mano, desagraviarle y contener el general desbordamiento.

FIN.

ÍNDICE.

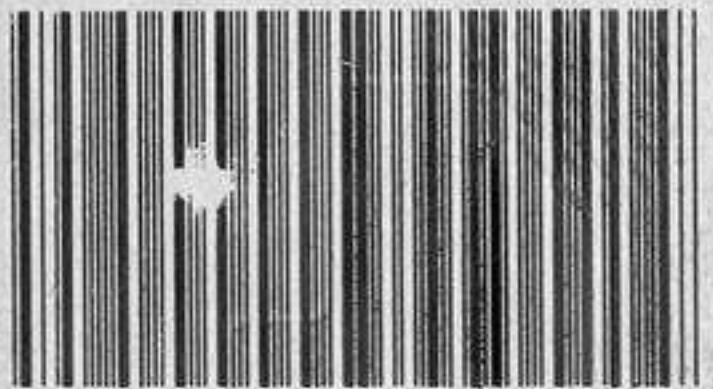
	<u>Pág.</u>
Al que leyere	3
Dos clases de limosna.	7
La quietud del espíritu.	17
El tío Marisanta.	25
Santa María de la Planta.	35
El zapatero remendón.	39
La Caridad.	45
La Joya de Rodenas.. . . .	53
Somos ceniza ,	61
Propina para el pobre.	67
La tía Marimamo.	71
La Purísima de Juánez.	77
Las malas lecturas.	87
Lujo y miseria.	109
Nuestra Señora de Moncayo.	115
Visita ejemplar al Santísimo Sacramento.	123
El dique de cañas.	129
A fuerza de trabajo.	137
Pero... qué han hecho los frailes.	145
La muerte del rico... cristiano.	155
La Cruz del socavón.	167
Paño bendito.. . . .	173
Castigo terrible de un blasfemo.	177

	<u>Pág.</u>
El sacerdote católico y sus verdugos.	181
Noche-buena.	193
La honradez natural no basta.	203
La bendición de los términos.	209
Lágrimas de remordimiento.	217
El Santo Viático.	225
Restituciones de ultratumba.	239
La humildad amansa las fieras.	245
¡Dos lágrimas!	251
El siglo de la Inmaculada.	257
Quien á hierro mata á hierro muere.	263
Palabras proféticas de Santa Teresa de Jesús.	269
Historia de un ochavo moruno.	277
La piedad filial y la fe.	285
Milagros de la caridad.	293
Origen y causa de los sacrilegios frecuentes.	299



C83

Biblioteca  Valenciana



31000005624013

Biblioteca Valenciana

M. POLO Y
PEYROLON

PABINAS
EDIFICANTES

VALENCIA
1891

Biblioteca Valenciana



C.V.

14818